

# La baba dialéctica

(Breve manual de la condición humana)

*Cuentos, ensayos, citas y poesías*

## **Horacio de Zuasnabar**

*a mi hija Soledad Eugenia*

*a mis nietas Sofía y Maite*

*“Si os ofrezco mi carne no es porque piense que no hay carnicería como ésta,  
sino porque soy un convencido que será bueno para todos, incluso para mí”.*

Haro de Bouzúa, frente a los leones

# La baba dialéctica

## (Breve manual de la condición humana)

### Introducción

La baba dialéctica es como una misteriosa Caja de Pandora que encierra y a la vez protege diversos elementos que componen la misteriosa complejidad de la condición humana, hasta el momento en que como en el caso de este *Breve manual de la condición humana*, nos decidimos a extraer el contenido de sus páginas. Con ese subtítulo, presenta Horacio de Zuasnabar su nueva obra literaria; mezcla, compendio y sucesión de cuentos, ensayo, citas y poesías; fragmentos de episodios, reflexiones (tanto propias como ajenas), mitos desvirtuados, exaltación de otros mitos, e innumerables conclusiones acerca de la vida, la muerte, el amor, la política, la sociedad, la nostalgia y el deseo.

Ese que llamamos *fragmentado* universo de Zuasnabar, se nos presenta en una sucesión sin solución de continuidad de ficciones, experiencias vividas, deseos incumplidos y amores contrariados que hasta parecen acercar a nuestro olfato el olor al cianuro de oro con el que los identifica García Márquez.

Y es así, que a medida que nos sumergimos en ese parafernático universo, se nos presenta la singular oportunidad de recordar a algunos grandes pensadores de la humanidad en un contexto en el que “*todo tiene que ver con todo*”, y ese todo representa un especial resumen de la vida misma. Podemos además sentarnos a meditar en los lugares de descanso que nos presentan los intrincados pasadizos del alma, acerca de la trascendencia de los afectos, contemplar la significativa personalidad de personajes de otras épocas y al mismo tiempo recorrer los actuales caminos que nos abre en el hirsuto bosque de la vida, mostrando la profanación de los viejos mitos a través del acceso a nuevas experiencias.

El sexo es confesado abiertamente, pero es más probable que se muestre más evidente en las escenas imaginadas, que las relatadas a partir de la experiencia concreta. No obstante, todas sus alusiones nos dejan un sabor inconfundible, más que a sexo en sí, a un glamoroso estado

de excitación al cual el hombre es conducido más por su fantasía y romanticismo, que por el mero gusto físico.

En este compendio de pequeños cuentos filosóficos se entremezclan poemas tan diáfanos y trascendentes como aquel que dice entre sus versos: "... obedecí y me marché escondiéndote dos lágrimas: / una por vos: la que saboree tan dulce, / otra por mí, amarga, porque a veces es muy amarga la sensatez." Tampoco son ajenos a la obra los comentarios políticos y sociales especialmente referidos a los problemas que aquejan a la mayoría de los argentinos. Estos están tratados con un innegable sentido de la solidaridad social así como de la defensa de la democracia, de la deselitización de la cultura y del necesario y definitivo desapego al modelo de corrupción política que sobrellevamos desde hace décadas. En ese sentido, como un implacable inquisidor buceando en el alma de sus potenciales candidatos a la hoguera, Zuasnabar se atreve a desgarrar la máscara hipócrita de quienes detentan el poder en beneficio propio.

Con respecto a sus apreciaciones sobre Jorge Luis Borges, sus irónicas conclusiones acerca de la personalidad del escritor son autoevidentemente materia opinable, no obstante revelan un laborioso esfuerzo por ingresar en el mundo íntimo y desconocido de uno de los exponentes más caracterizados de la literatura universal.

En definitiva, La baba dialéctica constituye un compendio variado, entretenido e inquietante, que oscila constantemente entre la realidad de la anécdota personal, la fantasía de una mente sin limitaciones, y la doctrina de aquello que resulta más beneficioso para nuestro mundo interior.

Carlos Cambiaso Picasso

### **Penetración (elogio de la extra vagancia)**

*Mencionemos a Paco García Marquina*

Yo siempre fui consciente de que mi literatura tenía que valer por sí misma, ella sola, despojada, papel y tinta, abecedario y gramática, ella sola ante el mundo. Si no era así para mí no valía, no era buena, verdadera literatura, no era, en definitiva, mi literatura, mi estilo, la inmortalidad que ya me asiste.

Pero también fui consciente de que yo no tenía por qué sólo hacer literatura. Por el contrario, siempre me gustó mucho hacer también otras cosas, tantas como pudiera y quisiera. Al respecto, con el tiempo he conocido que la vida del escritor es el paratexto de su obra, que la biografía de un autor es, para sus lectores, parte de la obra. Y desde entonces me he esmerado en dar a conocer de mí lo que me parecía más adecuado para acompañar positivamente a mi –como es claro, ya por sí sola– alta obra, sólo por divertirme más.

Como es obvio, podría yo haber disimulado mis mensajes paratextuales tras cualquiera de mis personajes y la gente igualmente hubiera comentado lo bien que retrata Zuasnabar las neurosis y el ego *medios* de los literatos, pero he preferido hacerlo en apellido propio, porque no me pareció honorable hablar en otros, bajezas tan íntimas y propias: soy muy orgulloso.

Entonces, con el aval moral que me otorga lo escrito hasta ahora, estoy empezando a creer que, si me queda tiempo, iré sintiéndome más y más libre en el aspecto de fondo, en el contenido de mis escritos. Esto me induce también a pensar, que necesariamente, seré más

libre en el aspecto formal, de estilo, para poder darle adecuada exteriorización a esos nuevos pensamientos que, al parecer, serán más libertinos, como en este libro.

Los profesores de Lengua y Literatura, los críticos y toda la legión de mis queridos colegas los escritores –en general, todos autores menores– son mis médicos, en este caso, forenses que hacen el estudio de mis células literarias, mi autopsia y, en el mejor de los casos, mi biopsia; hacen el diagnóstico, determinándome orígenes, génesis y consecuencias, y terminan recomendando que se me ingiera o se me deje de lado: por lo que les tengo sincero y merecido terror.

Sin embargo, suelto amarras y en este libro escribo hasta lo que no quiero escribir. Si alguna vez no lo hiciera así, mi vida literaria no tendría tanta gracia como mi vida privada. Y eso me es inadmisibile toda vez que valoro tanto o más la primera que la segunda.

Por una vez censuro la autocensura y desprecio la minuciosa corrección posterior a la suelta de ideas, tanto sean halcones o palomas.

Por una vez, me arrojo a la tenebrosa arena de los críticos y hago sordos oídos al público del circo; entre mi satisfecha liberación y mis despiadadas carcajadas veo cómo las fieras, y la otra pobre gente en general, pisan el palito y me devoran.

Por una vez, entro en todos ustedes con todo mi salvajismo, mientras ustedes creen que sucede lo contrario. Y agradezcan que no les formule otras analogías.

Por una vez, dejaré que saboreen lo que les es imposible concebir.

Que Dios no los libre de mí y que, por siempre, les aproveche.

\*\*\*

*“Entre gente buena el roce engendra cariño, entre los que no, odio”.* Anónimo

*“Uno se puede hacer el burro pero sin llegar a rebuznar”*. Popular

*“A veces me hago el muerto pa’ver quién me viene a llorar”*. Inodoro Pereyra

\*\*\*

**Novísimas consideraciones sobre cierta afortunada definición en la memoria del  
biógrafo de D. Isidoro De Lorenzo**

Isidoro De Lorenzo definió, en el siglo pasado y para un diccionario de frases, el que, de ninguna manera (que se sepa de certera fuente) mandó a elaborar la Academia de Letras, el significado de ‘baba dialéctica’.

El texto, un manuscrito descubierto hace sólo horas en cierto tragaluz de nuestra Biblioteca Nacional, –y como sabemos, dicho sea de paso– actualmente en restauración, lo que ha hecho posible el hallazgo, expresa lo que a continuación se transcribe textualmente:

"Baba dialéctica: dícese del defecto (o cierta rara necesidad humana) de hablar en abundancia con sentido dudoso o inexistente".

De Lorenzo, sobre quien mucho hablaron los críticos de la época y el cual animó más de algunas polémicas literarias –con el éxito que perdura y le respalda–, no quiso dejar de analizar, en separata, su breve definición. No vienen en este momento a mí las razones que pudieron llevarle a abundar sobre algo tan inequívocamente conceptualizado como es su



excepcional definición, la que está interesando curiosamente a nuestra –penosamente escasa– colectividad filológica pero, es un hecho, que se explayó: consta que el manuscrito no es apócrifo y que tampoco se halla adulterado. De Lorenzo se extendió de la siguiente manera:

"La baba dialéctica es congénita en muchos. La derraman asiduamente, con intención o sin ella, pero con energía. Creo que la ofrecen con el convencimiento de estar dando cierto bien. A veces –asimismo– lo hacen sólo deportivamente.

Pocos son los no babeantes. Otros, de los que desconozco su número, tragan su baba (o –acaso lo que no es lo mismo– se la hacen tragar).

Esta baba ha sido frecuentemente comparada con el término ‘verborragia’, equiparándolos, haciendo de la frase que analizo y del mencionado sustantivo, sinónimos (hecho por cierto no real, confusionista). Remito a aquellos interesados en ‘verborragias’ al Diccionario Kaprt, publicado en Rotterdam en 1776, el cual, posee magníficas definiciones (El anciano Sr. Goñi, bibliotecario en la Avenida de los Héroes de Oroño, N° 314, de nuestra ciudad, permitirá en todo caso su consulta refiriéndole que se ha llegado de parte mía).

Baba dialéctica es el hecho/consecuencia del factor existencialista del Hombre. Procura una gama de metas, pertenecientes todas a un mismo fin, a saber: intenta tender comunicaciones interpersonales y, en casos singulares, contactos persona/masas (siendo la inversa menos frecuente, aunque posible), persigue asimismo autocomunicación en los individuos y –préstese debida atención–, el autoconvencimiento, íntimo, de cada ser. La baba dialéctica no disimula su intención de convencer –dar a conocer, informar y hacer aceptar–, pero aquí es imprescindible puntualizar que no son pocas las ocasiones en que esta meta, llamémosla de adoctrinamiento (en cualquiera de sus grados y tendencias), está profusamente entremezclada con aquella otra, ya enunciada, del autoconvencimiento. En mi opinión, el hecho es normal, ya que si la b. d. llega a inundar, penetrando en el /los interlocutor/es, el babeante aceptará la falacia de creer que si otros creen, él posiblemente pueda creer en sí mismo (lo cual, obviamente, es lo primero

que procura alcanzar, ya sea solapada y vergonzosamente, para vencer el corriente, frecuente, nihilismo humano).

Otra de sus metas es la de ‘matar el tiempo’ (por enunciarlo con velocidad). El hombre normal, en apariencia, no está suficientemente capacitado para vivir su vida. Puedo aventurarme al respecto e insinuar –con posible ligereza y evidente insolencia– que, simultáneamente, el hombre no está efectiva, honestamente interesado en su vida. La acepta con la displicencia que obliga el desconocimiento perpetuo de su origen y devenir. Es esta meta, y no otra, la razón de ser de las b. d. filosóficas y religiosas, que tanto procuran hacer llevadero el tiempo como dar luz, sobrevivencia –renacimiento– a la hora de la inexorable Muerte.

Otra meta, más fútil y despreocupada (por decirlo con sarcasmo, que me agrada como la ironía, para referirme a aspectos que son más o menos irritativos) es la b. d. orientada al egocentrismo narcisista y a la demagogia socio-política. Los políticos se babosean, desde sus estrados y sobre sus votantes, con incólume constancia e inequívocos propósitos: Los poderes y la Gloria.

En otro orden, los señores, señoras, niños y niñas, cualquiera sea su estrato humano, comparten, regalan, hasta prestan casi graciosamente, sus babas dialécticas sobre no importa el tema objeto de sus baboseos (aquí se explica entonces el párrafo anterior, donde considero posible el uso deportivo de la b. d.).

Las metas que he enunciado son sólo aquellas pocas que en estos momentos transitaron el camino de mis pensamientos, razón por la cual no admito se consideren las únicas. Muy lejos de esa idea, estoy abierto a aquellos que, a tiempo considerando mi edad, me arrimen otras posibles sugerentes metas, que me regocijarían tanto como a un singular pirata, un singular tesoro humano.

Deseo finalizar ya este entretenimiento, por el día de hoy. Además de mi cansancio y lo avanzado de la noche, mi fiel Fermina está ya aquí, a la izquierda de mi escritorio, con mi habitual taza de manzanilla y bromuro.

Entonces, tan sólo unos últimos párrafos para comentar el objetivo absoluto a que se aboca la b. d.: vistos algunos de sus modos, cualidades y usos –que le atribuimos como innatos– el fin supremo de la b. d. del Hombre –obviando plazos y grados de conciencia individuales– es la extinción de nuestra especie (por especie entiéndase Humanidad).

Soy sensible a reconocer que mis palabras puedan considerarse –en una primera visión– sensacionalista y sin fundamentos satisfactorios, pero ello es tan sólo la defensa natural ante el miedo, que siempre bloquea a la Verdad.

Tal vez, en otro siglo, alguien dirá que el mundo comenzó sin la raza humana y, en cierto día, continuará sin ella. Estas palabras no son mías, son del futuro. Es por ello, porque todo debe decirse a su tiempo, que no quiero me las adjudiquen jamás. Un plagio sería (aunque por cierto muy singular), y eso riñe con mi carácter.

Finalizo, antes que el bromuro me lleve a descansar de éste, un día más, insistiendo: la baba dialéctica tiene sus metas y su fin. El fin es el Fin Mismo".

La frase premonitoria de D. Isidoro De Lorenzo ya ha sido pronunciada –en los mismos términos– por Haro de Bouzúa, entre otros. Así pues, observamos que algo se está cumpliendo de sus apreciaciones. Pero no debemos olvidar que durante los últimos años de D. Isidoro, éste estuvo bajo atenciones psiquiátricas, por lo que podemos –deberíamos– ser más positivos, optimistas, con respecto a nuestro futuro, aunque nos atemorice el estado actual de las cosas. Debemos asimismo –con respeto pero con firmeza– considerar que lo suyo también fue, en singular manera, su propia baba dialéctica. Sin embargo, cierto es que De Lorenzo jamás aseveró ser una excepción, por lo que, en ese caso, sus proposiciones mantendrían veracidad y vigencia.

\*\*\*

*“Cuando no se piensa lo que se dice, es cuando se dice lo que se piensa”*. Jacinto

Benavente

*“No hay mayor señal de ignorancia que creer imposible lo inexplicable”*. S. Bilard

### **La baba dialéctica dedicada a mi hija**

A Sole yo le regalé para sus quince, dedicado a ella, el embrión de *La Baba Dialéctica* que acababa de conformar de entre lo escrito, a sabiendas de que era densa, en esencia quizás triste, pero era mi esencia: no tenía nada mejor que regalarle. Después, con su madre, le compramos su caballo de salto, Chicharrón, que –obviamente– le dio más alegrías y penas que mi ensayo. No sé si Sole ha leído o no *La Baba...*; nunca le pedí que la leyera, entonces tampoco le he preguntado qué le parecía. Tampoco me ha hecho saber, tácita o expresamente, ni una ni otra cosa, nada. Siento que somos profundamente respetuosos. Si alguna vez la comentamos, será como cuando un padre y su hija se compran pororó y, completamente en paz, en cómodo mutuo bienestar, se comentan una película.

\*\*\*

## **Un mundo aparte, vitacrático**

La humanidad progresó, quizá ininterrumpidamente (no tiene mucha importancia si lo hizo de continuo o a los saltos: es irse por las ramas, perderse de nuevo en la baba dialéctica) en sus ideas sobre los derechos de cada uno, es decir sobre los derechos humanos, del hombre en general, del niño, de la mujer, de los homosexuales, de los enfermos terminales (derecho a morir con dignidad e incluso, a suicidarse), pero la humanidad cada tanto pega abruptos retrocesos en la consecución de esas ideas, de esos derechos que, a través de los milenios, se han decantado como innegables, imposibles de relativizar por “circunstancias especiales”, coyunturales.

Ya nadie duda de que sea una aberración matar pueblos enteros por los caprichos de un dictador, por ejemplo, ni la esclavitud (cualquiera sea su manifestación: la de los esclavos de la antigüedad, o la de los nuevos esclavos del neoliberalismo salvaje). Pero también dentro de este progreso la humanidad ha comprobado que los mejores ideales para crear un mundo mejor han sido manipulados para volver a hacerlos tan malos o peores que antes. Las ideas de Cristo fueron usadas por la Iglesia y sus aliados de turno para matar en cruzadas y colonizaciones ‘evangelizadoras’. Las ideas de Marx para crear el estado totalitario y asesino de Stalin. Y las ideas liberales, de la sociedad abierta, por ejemplo de Popper, para desarrollar el capitalismo salvaje de la actualidad.

Yo creo que lo único ideal que nunca podrá ser cuestionado son los derechos humanos. Apenas unos pocos postulados a los que, únicamente, se debe abocar la ciudadanía global para que ellos se cumplan, requiriendo de los dirigentes de cada grupo social su cumplimiento

cabal, ejecutivo. Exigiéndoles que todos ellos creen las instituciones planetarias capaces de hacer respetar estos derechos inalienables de cada individuo que conforma la humanidad.

Yo creo que ese sería un punto de inflexión: ser respetados.

Proponer siempre ha parecido totalitario: proponer que la gente se comporte así o asá. Pero este proponer, controlar y hacer cumplir que a la gente (a cada uno y a todos, en todo el mundo) se les respeten sus derechos elementales, fundamentales para cualquier otra posibilidad, que no comprometa los derechos de sus semejantes, es muy fácil, excepto para los que ansían el sufrimiento ajeno. Y estos son neutralizables si la gente no se distrae con las pelotudeces que aquellos le echan para comer, mejor dicho, para cagarse de hambre y angustia hasta morir.

\*\*\*

*“Muchas veces las cosas no se le dan al que las merece más, sino al que sabe pedir las con insistencia”.* Schopenhauer

*“Todo acto de bondad es una demostración de poderío”.* Miguel de Unamuno

\*\*\*

## **El cepo filoso**

El juez Carlos Del Masso, de la ciudad de Catamarca , un hombre de bien, ocultó la historia del muerto Juan Ascará esperando ver qué hacer con ella. Pero la muerte lo sorprendió también a él, en su bufete, y sus documentos y anotaciones se desperdigaron entre muchos curiosos, comenzando por mí, quien haré pública la historia del invento de Ascará, aclarando que lo haré porque a mí me ocupa el mismo interés que al extinto Del Masso, con la particularidad de que en sentidos opuestos. Yo sí quiero saber qué ocurre cuando pasa a ser del dominio público la invención de un nuevo instrumento de tortura, con el que –a diferencia de todos los conocidos hasta cuando se lea esto– el condenado es quien elige el momento de su muerte, es quien se mata a sí mismo, es su propio torturador y verdugo.

Este es un instrumento sádico como ninguno hasta ahora. Y yo me pregunto si las gentes, los gobiernos, conocieran este instrumento, lo construirían y usarían. ¿Algún estado aplicaría la pena de muerte oficialmente con el cepo filoso? Me horrorizan todas las posibilidades de la publicación de esta declaración pero mi alma de escritor me impulsa y me fuerza a dar a conocer cómo es el cepo filoso, para quien no lo haya imaginado ya con sólo escuchar cómo lo he denominado.

Pero sigamos, desde el comienzo, desde que el puestero Juan Ascará se enemistara de su vecino, otro chacarero, de nombre Alberto Vives, siendo todavía niños. Sus allegados y demás vecinos opinaban que se habían distanciado por cuestión de liderazgos en la escuela rural, a la que ambos concurrían casi cuando se les daba la gana. Los fines de semana y feriados coincidían con toda la gente de la zona en el club del pueblo, donde sus odios se exaltaban con palabras y gestos amenazadores, ya de mal agüero.

Así, con esas rabias, crecieron sin mirarse ni hablarse, ofuscándose ambos si se cruzaban cerca, ni qué decir, si sus pies tropezaban.

Pasaron los años y para desgracia de Vives los dos siguieron siendo vecinos. Y con poca diferencia de tiempo, que sonó a competición, ambos contrajeron formales nupcias con dos mujeres de dos pueblos vecinos. Esas mujeres eran las que, desde el comienzo de la relación con los campesinos, a solas o en público escuchaban los insultos y amenazas que por lo alto o por lo bajo pronunciaba cada uno del otro. Pero cada una era muy distinta de la otra.

Gloria Pezutto de Vives, hija de El Tano, era más bien fea pero también realmente atractiva y algo provocadora –por su confianza– entre los lugareños. Entonces ya se pueden imaginar lo celoso que era Vives, quien ostentadamente declamaba que sería hombre muerto el que se le acercara a Gloria, su mujer. El pobre suspicaz a cada rato tenía que poner en vereda a su mujer, no tanto a los hombres, o nunca, aunque él mirara a todos con desconfianza, desafiante.

Anabel Gigena de Ascará, criolla, era bastante bonita pero, como buena criolla, parca, de pocas palabras, casi huraña. Por esto es que Ascará sacaba a relucir su peor machismo avergonzándola en público, alegando su falta de trato y en consecuencia su seguridad de que Anabel le fue, le era y le sería siempre fiel. Pues, nada de eso.

A diario, Anabel iba en bicicleta hasta el pueblo, que quedaba en dirección opuesta a la del vecino odiado por Ascará. Su marido se quedaba tranquilo sabiendo que su mujer no pasaría cerca de la casa de su enemigo Vives. Sin embargo, cronometradamente Vives salía con anterioridad a Anabel en dirección también contraria a la casa de su odiado vecino. O sea, Ascará veía que Vives salía antes y con dirección opuesta, seguramente –pensaba Ascará– rumbo a casa de su hermana. Y luego despedía a Anabel con rumbo contrario, hacia el pueblo donde estaría con otras señoras.

Todo iba aparentemente bien si no fuera porque Vives abría un alambrado preparado para ser estirado o apartado y a campo traviesa alcanzaba, dando un rodeo, a Anabel, a una



legua aún del pueblo. Allí se escondían entre los árboles y se hacían, veloz pero vehementemente, el amor. Luego ambos partían con rumbos contrarios: Anabel proseguía su camino al pueblo y Vives rumbeaba a una cantina campestre donde se bebía dos ginebras al hilo y volvía a su casa para contarle mentiras a Gloria, quien con su enorme ego casi no le prestaba atención. Paradójicamente, Gloria le hablaba de las insinuaciones que imaginariamente había recibido. En estos casos Vives se transformaba artificialmente en un energúmeno engrandecido por sus fechorías sexuales con la mujer de Ascará y las dos ginebras. Sin embargo, todo asunto tiene su desenlace, y éste no es una excepción.

Como Dios mandó, un día Ascará se percató de los encuentros de su mujer y su peor enemigo, hasta los pudo ver juntos en el bosquecito. Un calor enorme lo invadió y, silenciosamente, se fue del lugar, eso sí, jurando que la venganza no tendría nunca comparación con ninguna de las vulgares venganzas que pululaban en los juzgados.

Pese a su odio, Ascará disimuló en los días siguientes, comportándose como siempre pero permaneciendo en el galpón muchas más horas que de costumbre, alegando que estaba construyendo una nueva herramienta agrícola. Entonces, Anabel y Vives, aprovecharon todo el tiempo que pudieron, para seguir revolcándose en la hierba a pleno sol.

Un buen día, o malo, según se mire, sabiendo que en los pueblos cercanos no encontraría lo que buscaba, Ascará marchó a la ciudad de su zona. Su propósito era tan fuerte que el sólo imaginarlo le despreocupaba de la visión de su mujer encontrándose –día libre– con su amante con plena libertad, con él ausente de lugares y tiempos. El despechado preguntó por casas de repuestos usados y nuevos. Mala cosa, había una sola.

Caminó con ansiosa rapidez hasta la dirección indicada. Encontró una vieja puerta rodeada de electrodomésticos usados y también partes sueltas de ellos. Todo semigrasiento.

Entró y esperó su turno; iban rápido. Nerviosamente sacó el papel con las medidas de los diámetros necesarios. Lo llamaron:

– ¿Treinta y seis?

– Yo, buenas tardes...

– Muy buenas. ¿Qué es lo que está buscando?

– Mire... tienen que tener el diámetro suficiente para que se puedan mover pero no salirse...

¡Pero qué digo! Disculpe, iré al grano. Necesito ruedas de metal con estos diámetros internos, de adentro, uno por cada medida, aproximadamente...

– Sí, entiendo lo que me pide: ruedas de coches de bebé o equivalentes... No las tengo completas... Pero mire usted, justamente el año pasado nos entraron de una guardería cochecitos de bebé y también de muñecas que tenemos en el galpón porque nadie los quiere.

– A menos que sean de regalo...

– Exacto, pero yo espero... lo que pasa es que son de hierro y están muy oxidadas. Y ya no tienen gomas las ruedas ¡No le puedo ofrecer a usted esas ruedas! ¿Por qué no se llega hasta la ciudad de...?

– Perdón, seguramente no me servirán pero no quiero irme sin comprobarlo. ¿Puedo verlas?

– ¡Cómo no! ¡Encantado! Pero yo ya le dije con lo que se encontrará.

Ascará se serenó un poco y se dijo, mientras entraba al galpón:

– En una de esas a la primera las tengo...

Y así fue. Encontró magulladas y oxidadas ruedas con los diámetros que figuraban en el papel: los de los cuellos de su mujer, el de su ahora ya archiodiado vecino Vives, y los de su esposa Gloria y sus dos niños, Andrés de cuatro y Gabriel de dos años. Volvió satisfecho y escondiendo su compra porque no la podría explicar (no podría, menos aún, decir para qué fines eran).

En su galpón, Ascará se dedicó a la fabricación del instrumento con el que eliminaría a una familia entera más su propia mujer.

Quitó los rayos de las ruedas y todo lo que le sobraba a cada una como para que quedasen sólo círculos de una chapa de hierro con un agujero central, cuyos márgenes eran afilables.

Con esmero, por su resentimiento, Ascará afiló todos los círculos interiores tal como si fueran navajas de afeitar. Cuidó el detalle de que los círculos internos afilados fueran amplios, bien holgados respecto a los cuellos que los iban a utilizar, no tanto como para que pudieran pasar la cabeza pero no mucho menos. Sus reos deberían tener cierta libertad de movimiento de sus cuellos y cabezas, sin ser todavía heridos por el collar de hierro filoso.

Con su sierra para metales, Ascará cortó las ruedas por el medio, logrando semicírculos afilados, pero abiertos: mientras nadie los cierre y trabe alrededor de otro u otra desgraciado que puede reaccionar de cualquier manera: desde quedarse quieto todo el tiempo posible para alargar su vida hasta gritar como un marrano, moviéndose para todos lados, refregando la carótida contra el borde afilado y muriendo entre convulsiones, cada vez más espaciadas, en un tiempo que se acaba a borbotones de sangre.

Por otra parte, Ascará seleccionó, de la madera almacenada en el galpón, la mejor viga para fabricar un típico cepo gauchesco, un madero con los agujeros necesarios para las manos y la cabeza del torturado, dividido longitudinalmente en dos, con la posibilidad de dejar fijamente juntas ambas partes, ya con el reo encepado. A este cepo de Ascará, con simples tornillos se le podía intercambiar las ruedas de diferente diámetro (según el de turno). Las ruedas de bordes de hierro filoso se encajaban en los agujeros del cepo gaucho de madera convirtiéndolo en un cepo filoso, donde cada infeliz elegiría cuándo matarse o se desesperaría y gritaría y se movería degollándose con bastante rapidez y, agonizando, a veces, por largo

tiempo, con los ojos desorbitados. Más o menos esto era lo que esperaba Ascará mientras realizaba su plan.

Al apresamiento de las víctimas Ascará lo consumó en una sola mañana. En una zona rural todos conocen de todos ciertas obligaciones, rituales, costumbres en general. A Gloria, Andrés y Gabriel, la mujer y los hijos de Vives, los dominó a punta de revólver, que apoyó en la sien de la madre, camino a la guardería. Y los encerró en el acoplado techado para el ganado que guardaba en el galpón. Allí ya se encontraba, toda golpeada, Anabel, su mujer, amante del nunca tan odiado. Por el momento Anabel ni le insinuó a Gloria su relación con el marido. Hasta que Ascará, también a punta de revólver, introdujo a Vives en el acoplado por donde se podía ver, a través de sus tablones de madera, el exterior, mejor dicho, el interior de todo el galpón. Por esas rendijas los encerrados podían ver a Ascará terminando el cepo e imaginarse su propósito. El despechado pensaba y hablaba a los gritos las mismas horribles posibilidades que imaginaban los cautivos, a excepción del menor, que lloraba incansablemente sin entender mucho su futuro. Comenzaron a los gritos que sabían nadie podía escuchar, por la lejanía entre uno y otro puesto. Continuaron con insultos que el vengativo Ascará contestaba enseñándoles de cerca los semicírculos afilados y riendo como un enloquecido. Vives, aún sin buscar explicaciones de Anabel, quien ahora yacía con los ojos extraviados y la boca abierta, increpó por el encierro duramente a Ascará, insistiendo en que no tenía derecho ni razón para semejante secuestro. Ascará le contestaba con risotadas, hasta que Vives se calló al escuchar a su amante:

– Lo sabe todo– le dijo Anabel a Vives, quien se quedó mudo, mientras las dos mujeres, que se escuchaban, de inmediato se agarraban de los pelos en una lucha sin sentido.

– ¡Quietas!, ¡silencio!– vociferó Ascará apuntándolos con el revólver a través de las rendijas del acoplado. Todos se callaron y los cubrió una ola de terror.

Ya era mediodía y para esa hora Ascará tenía previsto acabar todo. Pero por esas excepcionales casualidades (causalidades) que no parecen creíbles, el juez Del Masso, acompañado por su secretario, que oficiaba también de chofer, había decidido visitar a los dos vecinos ese mismo día con la intención de reconciliarlos. Ya en el pueblo se percibía un nivel de agresividad entre los dos puesteros que presagiaba una desgracia a corto plazo.

Justo cuando Ascará estaba por mostrarle a sus apresados cómo funcionaba el cepo filoso con un cordero se escuchó el rugir de un auto. Todos escucharon una bocina y a continuación se oyó desde la casa, casi a gritos: – ¡Buenas tardes! ¿Señor Ascará, está por aquí? –. Al principio Ascará se quedó quieto entre el barullo que hacían todos los otros tratando de atraer la atención de los recién llegados, quienes al escucharlos se dirigieron hacia el galpón. Luego de estar un minuto paralizado, Ascará, se desesperó sin saber qué hacer. Agarró su revólver y revisó el cargador lleno de balas sin usar. Apuntó a los del acoplado:

–Quédense quietos –les susurró–Voy a ver cómo arreglo a quien haya llegado. ¡Ustedes no deben morir a balazos sino en el cepo filoso! ¿Quién mierda habrá venido?

Se estaba haciendo esta pregunta camino al portón de entrada al galpón cuando el juez Del Masso y su ayudante entraban por él. Entonces, cuando Ascará vio a los dos oficiales de justicia, en especial a Del Masso, la desesperación se le hizo exasperación descontrolada y disparó con muy mala puntería al juez y a Cardozo –así se llamaba el ayudante–quien con destreza desenvainó una pistola y le dio dos tiros a Ascará, en el pecho, y éste cayó definitivamente muerto.

Del Masso, al escuchar de los implicados lo sucedido se interesó más que nada en el novedoso instrumento de tormento y muerte autoprovocados. Como un rayo le pasó la idea de darlo a conocer y ver qué pasaba. Pero de inmediato se recompuso y tomó la firme decisión de que nadie más que los presentes conociera sobre la invención del cepo filoso. Antes de

cerrar el galpón le dijo a Cardozo que lo preservara sin curiosos: “Lugar sujeto al secreto del sumario”. Colgó un cartel en el portón y lo cerró con cadenas y candado. Afuera, Del Masso logró un pacto de silencio con todos los presentes, incluidos los niños, cuya responsabilidad recayó naturalmente en Gloria, la madre. En los días siguientes se ocupó él mismo, siempre con la colaboración de Cardozo, de hacer desaparecer toda prueba o indicio de cómo era el monstruoso invento.

Por supuesto que Del Masso pensó que alguien, algún día, explicaría cómo era el cepo filoso, término que, en primer lugar, Del Masso les pidió que desterraran de sus cabezas. Pero se equivocó. El terror los amilanó para siempre y efectivamente se prohibieron mencionar el nombre de “eso”.

Gloria se separó de Vives y vivió en el pueblo de al lado hasta que murió, junto con los niños, en la fatídica ‘curva del ferrocarril’, mal señalizada, donde los arrolló un tren sin vagones. Y el otro testigo, Vives, intentó una convivencia con Anabel, que al poco tiempo se les hizo insoportable por las culpas que acarreaban. Se peleaban de continuo hasta que en un mal día, ambos borrachos, discutieron a las trompadas mutuas y Vives puso fin tomando su escopeta de dos caños, y volándole la cabeza a Anabel. Luego, se puso los caños en la boca y apretó el segundo gatillo, el del otro caño del arma.

Como buen ayudante, el oficial de justicia, Cardozo guardó con celo en su fuero íntimo la existencia del invento. Murió a los tres años por muerte súbita debida al stress acumulado por éste y otros casos.

Bueno, ya he presentado la síntesis de lo que Del Masso explicó, casi en clave, dentro del sumario secreto que escribió, y ofrezco hasta bosquejos que conservo del cepo filoso. Ahora, entre otros documentos, doy a conocer este en el pueblo y en los grandes medios de comunicación de las ciudades para ver qué pasa. Me juego por que nadie, entre tantos

instrumentos sádicos que ya existen, se interesará por éste, y el cepo filoso sólo habrá sido un mal recuerdo, un cuento malo.

\*\*\*

### **Imagen engañosa**

–Lo que valgo lo valgo desnudo– le dijo el mendigo enamorado a su dama, con su rico marido por testigo, lo que no dejó de ser una sugerencia a la señora y, curiosamente, también para el señor.

Es un gozo infantil  
y del primer adolecer  
el gozo casi senil  
por los dedos de los pies  
de mi joven mujer.

\*\*\*

### **Imagen para la piadosa mentira**

*a Diana*

Quizá sea en el coche de ella donde se me extraviaron mis anteojos de ver de cerca. Y

entonces me es irremediable no pensar que los puede hallar alguno de sus hijos, quienes no saben nada de mí. – ¿Y estos anteojos, mami?– me imagino que dice uno de ellos, el chico o las chicas. Y la veo a ella exaltarse al volante, ponerse roja y contestar: – ¡Ah, pueden ser de Mauro!–y mirando de nuevo al camino, morderse el labio inferior. Y él o ella o todos preguntarle: –Mami, ¿a vos te gusta Mauro?–.Y ella sonriendo decir: –Es muy guapo y simpático, pero no pasa nada.

\*\*\*

### **Mis vicios**

*(Ensayo sobre los límites entre lo público y lo privado)*

*para don Mauro Uría*

No recuerdo mis vicios de bebé ni los de mis dos o tres años.

Al menos en este momento no recuerdo mis vicios –si es que los he tenido– anteriores a los pecaminosamente sexuales, los que son conscientemente mantenidos.

Aquellos consistían –claro está– en la caricia y en el masaje a mí mismo, en mi pene y en testículos, y en mi área circundante, entre las piernas, en el bajo vientre, en el estómago, el pecho, el cuello, la cara, mi pelo, mi nuca, mis hombros, mis brazos.



Recorriendo cada parte muy suavemente, casi sin tocarme, poniéndome de agrado la piel de gallina, como masajeándolas o apretándolas entre mis dedos –alguna vez lo ensayé con mi boca– produciéndome, de pasión, mucho calor porque, por supuesto, ya imaginaba que todas esas partes recorridas pertenecían tanto a mí como a una, o unas, figuradas mujeres, existentes o imaginadas, perfectamente capaces de satisfacer este inicial vicio consciente y vital –quizá por eso– pecaminoso.

Con el mencionado vicio debuté y lo sigo manteniendo.

No es mi intención –por lo que no lo haré– referirme ahora a mis vicios de carácter, manías, prejuicios y otras porquerías de índole muy mediocre: las pequeñas y oscuras bajezas de la condición humana. Sólo intentaré continuar el detalle de mis vicios de índole exteriorizada: sexo, tabaco, alcohol, mujeres, y creo que un poco más. Y desde ya expreso mi más enérgico repudio a la inclusión de las mujeres en un listado de vicios. Para aquellos que no llegasen a comprender: lo vicioso no necesariamente está en ellas sino exclusivamente en mí, siendo ellas un mero instrumento inocente y autónomo de mis cristianas perversiones. Independientemente déjenme decir que no hay nada que yo ame más que a la igual. Y luego, a la literatura.

Tuve que esperar hasta los trece años para hacer el amor. De todas maneras, con anterioridad, tuve exquisitas relaciones sexuales, sin consumir, con primorosas primas, en primer y segundo grado –y en cierta medida, mis propias hermanas–, muy prestas como yo, y otros varoncitos, igualmente primos, a jugar al doctor.

Es inolvidable la vez que una tía, que se jactaba de que moriría virgen (y lo hizo), nos descubrió a una de mis primas y a mí dentro de un enorme armario del “cuarto de planchar” de nuestra enorme-llena de sexuales posibilidades (cuasinfantiles) vieja casa mansión, hoy de

nuevo tan añorada como imposible. El recuerdo me recorrió muy veloz, sin posibilidades de comas, mucho menos de puntos. Sepan disculparme.

Mi prima se encontraba totalmente desnuda, tendría unos doce años como máximo. Yo estaba totalmente vestido cuando mi tía abrió la puerta del armario y, entre cajas y ropa colgada, quedamos, desde una exquisita total oscuridad, expuestos a los rayos del sol que, a través de las enormes ventanas, entraban del jardín, sorteando las ramas, hojas y flores blancas del jazmín.

–Salgan de ahí. ¡Vestite! – Mi tía, furibunda vaya uno a saber por qué, luego me miró y me dijo: –Se lo voy a decir a tu padre. Así lo hizo y mi padre me llevó a hablar del asunto al primer patio, me hizo sentar en la hamaca de madera y, sentándose en el asiento de enfrente, me dijo: –Mirá Horacito (¿Maurito?), eso está bien con todas las chicas, excepto con tus hermanas y primas. Y nada más. Principalmente me importó que no me pegara porque percibí, a través de la persiana metálica de una de las puertas a los dormitorios, a mi tía. Le hubiera sacado la lengua, pero entonces sí, quizás, incluso entre los dos, me hubieran dado de lo lindo. Aunque tampoco sabría por qué, ya que mis abuelos, los padres de mi papá y mi tía, eran primos hermanos. Y entonces hoy, ahora mismo por primera vez, me pregunto ¿Desde qué edad ‘jugarían’?

Para descargo ante quienes sólo me adjudiquen una obsesión sexual, en primer lugar, aclaro que comencé el detalle de mis vicios por el más asqueroso, quiero decir, por el sexual, sólo porque fue el primer vicio que recuerdo patente en mí.

En contraposición, ahora también recuerdo, o hago lugar, a un vicio que tuve y ya no tengo más. Fue idealizar a mi hija, para bien y para mal. Y por muchos kilómetros que, excepto y paradójicamente por ella, me alejé por otros motivos, aparente y dolorosamente más fuertes que mi necesidad de estar, si no viviendo con ella tras divorciarme de su madre, al

menos cerca, en la misma ciudad. Pero yo me fui intentando encontrarle una solución al todo de mi existencia, invocando de continuo la protección de mi hija. En ese estado pasé viciosamente muchos años, tratando a mi hija un mes por año en condiciones vacacionales, no cotidianas. Luego –por fin– pudimos convivir en esta ciudad, querernos e independizarnos, uno del otro, sabiendo que al fin nos ateníamos a la realidad.

Ahora es ella la que se ha alejado miles de kilómetros de nuestra tierra natal. Ha hecho eso justo cuando yo he vuelto. Parecería que todos toman distancia de todos; no parece, es evidente por distintas razones, todas manifestadas como atendibles, incluso por el debido simple respeto a las decisiones personales. Amén de las motivadas por las condiciones socioeconómicas.

Pero volvamos a lo nuestro: mis vicios.

El segundo vicio que recuerdo y que también he perdido impasible ante circunstancias muy a menudo extremadamente inestables, cercanas a la muerte mental y física por razones diversas y muy extensas para entrar en detalles sin que nos vayamos de nuevo por las ramas del hermosamente frondoso árbol de mi vida, fue el comenzar a escribir viciosamente sucesos y emociones que me acontecían. Así, mi primer escrito se remonta a cuando yo tenía doce años y se me moría Tato, mi abuelo, mi mejor amigo y, encima abuelo. En este sentido detallo cómo era mi abuelo porque yo sabía que, cuando uno crecía, olvidaba ciertos detalles que constituían, y constituyen, las insalvables partes del punto luminoso –mi buena estrella, si se quiere– que tengo para vivir hasta que muera, y así entonces, fusionarme de nuevo, ya para siempre, con él.

Poco antes de que Tato muriera de un –ahora entiendo– considerado ataque al corazón, yo le hice una fotografía posando en la ventana del baño que daba al segundo patio, al de las parras y el aljibe, y me quedé con un preciadísimo tesoro. Cuando Tato murió, yo me quedé

solo en la habitación que compartíamos y entonces encontré la solución en sustituir aquel insustituible afecto por la compañía de su foto (ahora mismo también me doy cuenta de que, muchos años más tarde, repetiría la situación pero con la foto de mi hija).

Con aquella foto de mi abuelo se me pegó el vicio de darle besos cada noche, después de charlar tranquilizadamente un rato y colocarla entre mi cama y la pared, de pie en el suelo, apoyada contra el zócalo para acompañarnos y protegernos uno al otro sin importar que mediara entre nosotros el cielo y la tierra.

Por las mañanas, levantaba la foto y me la guardaba en el bolsillo trasero del pantalón que me pusiera, cuestión de estar, la foto y yo, siempre juntos. Pero una mañana, después de muchas mañanas y muchas noches de vicioso rito, me olvidé de levantarla. Y al volver a casa, desesperado, fui a buscarla, pero no la encontré. Mi angustia fue tremenda, de las que no he superado nunca pese a tener después, angustias impresionantes. Tirándome sobre la cama, busqué con mi mano justo en el lugar donde meticulosamente la había dejado pero no estaba. Entonces moví despacito la mano para los dos lados para no hacerla caer. Pero tampoco la encontré. Entonces, a toda velocidad, estallándome el corazón, me giré y me colgué del otro lado de la cama, con la cabeza para abajo buscando con mis ojos la foto por debajo de la cama y comprobé que no estaba otra vez. Sin embargo, y pese a estar totalmente atribulado, me levanté de un salto y, antes de largarme a llorar, aparté la cama para ver que efectivamente no estaba. No sé cuándo y cómo, después, le pregunté a una de las muchachas, quien, con toda naturalidad me contestó, intentando continuar con sus labores, que “la había tirado a la basura porque estaba toda ajada y en el suelo”. Mis gritos desesperados que continuaron –estimo– deben ser uno de mis hitos personales, y familiares, más sonados.

\*\*\*

*“Tengamos una sola finalidad: cumplir con grandeza nuestra humilde tarea. No se hace en este mundo todo cuanto se sueña hacer. Los más grandes, los mejores solo contribuyen a la obra con una piedra y han soñado todo un edificio”.* Víctor Hugo

*“Saca el barro de adentro de la vasija pues es su interior el que tiene valor”.* Kun-Fu

\*\*\*

### **Ignorada heroicidad durante el diluvio**

Nadó arrastrando a su hijo hasta la costa, lo encaramó a salvo sobre las rocas donde golpeaban furiosas olas con una sonrisa amplia de satisfacción y amor y el mar se lo tragó para devolverlo muerto, dejando al niño mirando con lágrimas, también de amor, los despojos de su padre.

Hasta que las aguas se lo llevaron a él mismo, ¡niño!

\*\*\*

### **Soluciones argentinas**

La alta traición a la Patria, cometida especialmente desde 1976, está probada y reconocida, tanto por los dirigentes como por la mayoría (¿totalidad?) de los ciudadanos. Sin embargo, el cuerpo dirigente responsable del desmadre continúa perpetrando injusticias sin ceder un ápice de poder real. Y los cacerolazos se van desgastando (cuando no son utilizados) para beneficio de la dirigencia y en desmedro de las posibilidades de la ciudadanía que puede caer exhausta en la anárquica violencia entre sí, sin rumbo ni razón. Los debates periodísticos entre aparentes autoridades intelectuales han cubierto ya, si no todas, una gama muy atendible de posibles soluciones para la Argentina, incluso lo han hecho gobiernos extranjeros, entre ellos, hasta el mismo Vaticano.

Al mismo tiempo se habla de la imperiosa necesidad de cambiar la “cultura organizacional”, la mentalidad cívica, de los argentinos para que nos dejemos de cobijar ‘esa vieja manera de hacer política’ y pasemos a ser buenos y sanos nacionalistas, en el buen sentido de la palabra: nosotros, compatriotas, los otros, seres humanos. Ahora bien, estimo que podemos lograr ambas cosas sólo si es el mismo pueblo el que elige democráticamente, en referéndum o en votaciones, respondiendo un cuestionario que he recopilado de los foros mencionados, entre otras preguntas que no he tenido tiempo de apuntar:

¿Procuramos el cambio pero permitiendo la impunidad de los culpables de alta traición?  
¿Sí o no? ¿Votamos una lista con los mayores delincuentes y los proscribimos en las próximas elecciones? ¿Sí o no? ¿Los perdonamos, los encarcelamos o (incluso: se oye por todos lados) los matamos? ¿Sí o no? ¿Pagamos o no la deuda externa que ellos nos endilgaron? ¿Sí o no? ¿Aunque vayan renunciando?: ¿les confiscamos lo que se robaron? ¿Sí o no?

Creo que estas decisiones no se deberían, de nuevo, ‘cocinar’ –si queremos alcanzar el país que decimos querer alcanzar– en un set televisivo, ni en Olivos, ni en ningún contubernio entre, de una u otra manera, poderosos, sino en las simples y bellas urnas, en sufragios libres,

universales y secretos, es decir, con lo único que superará esos contubernios: con el pueblo unido y actuando ‘en directo’, hasta enderezarnos cerca de estándares humanos normales, ya no más ‘chanta-argentinos’.

En lo personal, creo que sólo así tendremos el tan mentado punto de inflexión que nos aparte de este rumbo de tanta idiotez y criminalidad: asumiendo primero nosotros las responsabilidades y actuando en consecuencia. Contádoselo luego, orgullosos, a nuestros hijos y nietos, nuestros y de la Nueva Argentina, la que –justo nosotros– en democracia, al fin habremos logrado.

\*\*\*

Se murió Camilo José Cela y, para espanto de él, solo escucho que el mundo no perdió nada. Yo siempre sostuve que don Camilo no era inteligente, más bien, realmente, bruto. Por cultura, también sostengo siempre que no se debe hablar mal de los muertos, rebelándome, sin saber por qué. Como sea, mi intención no es ensañarme sino sólo pensar, por ejemplo, si Cela fue más merecedor que Borges del Nobel (que Cela sí se llevó a la tumba, ¡pobre Jorge!). A Borges le sobraron palabras cruelmente provocadoras y le faltó ‘el libro’. A Cela le sobraron las palabras soberanamente crueles y le alcanzó un libro, *La familia de Pascual Duarte*, cruel relato sobre un asesino, incluso de su familia, que es un *best seller* escolar español (¿Cómo puede ser?).

El paratexto que Cela se fabricó fue aún más odioso que el que fabricara, bigotes y orgías mediante, Dalí. Cela odiaba al prójimo, Borges no: a ninguno, aunque fuese peronista. Dalí tampoco (siempre hablando de gente común, no de íntimos) y la diferencia se les notó. Y parece que ahora, muerto Cela, lo tendrá que pagar. ¡Vaya paradoja! Borges lo pagó en vida y cerró el tango. Dalí nunca lo pagará, por catalán. Cela, por gallego bruto –casi argentino– lo pagará siempre, cada vez más, hasta ser un maldito Nobel, porque en vida nadie se le atrevió (y seguramente ese es el mérito que Cela querrá hacer valer en el juicio final) a desafiarle.

Sólo me apena Paco Marquina, querido amigo –naturalmente, mejor poeta que Cela– y Toya Velazco, sufridos amigos de Cela, los que siempre evitaron presentarme a don Camilo por preservarme.

\*\*\*

### **Ante la prueba de Dios**

Dios de pacotilla

nos veremos las caras

en el Juicio Final.

Dios de traiciones

a las buenas intenciones

merecido escarmiento

mal entretenido



hasta el arrepentimiento.

Palabra, ¡oh, señor!

no te quepa duda

condenado quedas a aprender.

¡Por traste!

¡por traste!

debe ser,

y te perdonaré

piadoso señor

seas siervo

olvidado de mí

¡chupate este amén!

Los genios

ante la mediocridad.

Sensibles,

amores de nadie

infieles

suicidas

de la nada dioses

del todo uno.

Yo te saludo

de gloria amén.

La poesía  
cuando es sentida  
no necesita  
de la rima.

\*\*\*

### **Apología melancólica**

Todavía es demasiado,  
la cama yace fría.  
Todavía es demasiado  
el cabello respirado.  
Todavía el desierto  
toda la vida.  
Demasiado todavía,  
tarde y no amanece.

\*\*\*

### **El beneficio de la duda**

En la localidad de Chaliú, donde no parece que uno se encuentre a dos mil metros sobre el nivel del mar, dentro de la Catamarca más recóndita, existe un caserío de gentes homogéneamente indígenas, salvadas de la miseria eterna por antiguos misioneros de capa y espada (esta en forma de cruz).

Transcurrieron muchos años desde aquellas epopeyas en que los demonios fueron expulsados de las mentes y de los cuerpos de los aborígenes hasta que escucharon radio, comieron algunas conservas y recibieron más que dominicalmente los sermones del padrecito.

El padrecito era un cura joven, de arraigada familia porteña aunque muy venida a menos. Bastante ya sin cuidado lo tenía ese detalle al padrecito, que trabajaba duro tratando de reparar los desastres de sus antecesores mientras se ocupaba del cuidado de los restos de su familia, cuya historia no era aceptablemente creíble ni para escribir una novela fuerte. Se trataba por una parte de su madre, afectada –si cabe la expresión– de un cáncer intestinal que le producía terribles dolores y olores. La señora era viuda desde hacía un buen tiempo, desde que el padre del padrecito, un ingeniero, se arrojó muy voluntariosamente del piso veinticuatro de un edificio de Libertador. Por otro lado –literal, ya que lo tenía del otro lado de la habitación, en otra cama– estaba su hermano mayor, aún vivo cuando ya había pasado holgadamente la edad media en que mueren los subnormales absolutos. Y por último, el padrecito cobijaba bajo su techo a una indiecita que supo hacer las veces de sirvienta, sin que este rasgo colonial ensuciara el honor del sacerdote porque la muchacha siempre fue como de la familia, especialmente desde que un peón que la cortejaba le amputó un brazo en difícil pero no malintencionado suceso con una sierra de mano eléctrica. Para todos la desgracia ocurrió cuando los muchachos se correteaban entre sí como hacen los aborígenes enamorados y la monstruosa máquina se les entremetió inoportuna y estúpidamente.

– ¿Cómo se reza, padrecito?– hacía ya tiempo que preguntaba una de las más ancianas mujeres del pueblo.

– ¿Cómo se reza, padrecito? Yo creo en nuestro buen Dios, en su hijo encarnado, mi Jesús, en su santa madre y en el santo espíritu, padrecito, pero soy tan ignorante que no sé si cuando rezo no los ofendo con mis pobres palabras, no sé si escuchan a una vieja tan torpe que les ama tanto pero no sabe expresarse, que necesita tanto de ellos y no sabe cómo pedirles milagros, ni siquiera bendición.

– ¿Cómo se reza, padrecito?

– Hija mía, apreciada anciana de nuestro rebaño: a nuestro Señor no le hacen falta las buenas expresiones, ni las palabras aduladoras. A Él le basta y sobra la buena intención, la sinceridad que pones más en los pensamientos que en las difíciles palabras. A nuestro Señor le podemos hablar tan sólo con nuestro pensamiento, arrodillados al borde de la cama, por ejemplo, con las manos juntas en acto de fe, con la cabeza baja en acto de humildad, y no necesariamente con palabras. Sólo el sentimiento de devoción y el pensamiento orientado por la fe, absoluta, de que serás escuchada aún sin palabras. Porque Dios es todopoderoso, está en todos lados, dentro de ti misma. Tú eres Él mismo y siempre, si eres sincera en tus pensamientos y buena en tus intenciones, se acordará de ti. Aun, te insisto, hija, sin que pronuncies palabra alguna.

Así acostumbraba serenar a la anciana el padrecito, pero ella regresaba periódicamente con idéntica pregunta: – ¿Cómo se reza, padrecito? –. Y al padrecito no le faltaron veces en que se hizo a sí mismo la misma interrogación. Era un buen cura. Sus convicciones eran fuertes, los momentos de duda intrascendentes porque de ellos salía aún más afianzado en su fe. Era un buen creyente que quizás sólo no se explicaba cómo Dios no se ocupaba un poco más de su situación. Los recursos escaseaban, y entonces debía hacer notables esfuerzos para

mantener digna su iglesia y su hogar. Estaba en boca de todos la mala fortuna del padrecito. Su triste espectáculo familiar, su casa semiderruida y su iglesia ya un tanto deprimente. La gente simple del pueblo no podía explicarse cómo Dios no atendía más generosamente, más piadosamente, las necesidades de su tan buen padrecito.

Y todo seguía de mal en peor.

Hasta que un día en que el padrecito estaba arrodillado, rezando al borde de su cama, se incorporó sin detener sus oraciones, fue hasta la ventana, se asomó, puso su vista en el centro del cielo y dijo: –Te estoy hablando a ti, el malamente parido por la más infiel entre todas las que mente humana y divina puede imaginar; esa desvirgada divinamente por todo poro que posee excepto sus vírgenes oídos que nunca fueron maculados por plegaria desesperada; esa fulana María que gozaba divinamente pero nunca con José, pseudomarido eunuco o masturbador empedernido, imbécil voyeur, masoquista y auto castrado, y vaya uno a saber qué otra divina asquerosidad. Te estoy hablando a ti, milagrero repudiado por todos, que moriste como debías morir, brujo demagogo. Te estoy hablando desde hace una vida por la vida y por las alegrías que no concedes porque debes desconocer. ¡Te estoy hablando a ti, infame!

Luego el padrecito volvió al pie de su cama y continuó, como siempre lo había hecho, con las mismas plegarias de cada mañana, de cada noche, de cada misa, como si momentos antes no hubiera sucedido nada. Y se fue a dormir.

A la mañana siguiente, al recordar su blasfemia, se dijo: – Quizás fue mi mayor acto de fe.

Desde ese día todo empezó a cambiar. Su madre finalmente murió. Durante algunos meses su mentalmente perdido hermano se balanceó sobre sí mismo, negándose a ingerir comida; murió un día ante la tumba de su madre, de melancolía. La muchacha manca contrajo

matrimonio y partió hacia San Miguel de Tucumán. El padrecito empezó a ser asistido por una sana mujer adulta. Y su quinta se llenó en primavera de flores y de frutos en el estío. El pueblo prosperó y la iglesia fue restaurada.

Todos notaron que vivían tiempos de bonanza y que el padrecito se recuperaba. Y recuperaba su buen espíritu. Todos pensaron que el Señor, al fin, se había acordado de ellos, incluso de su padrecito.

Y la vieja mujer que tantas veces le preguntara “¿Cómo se reza, padrecito?”, dejó de hacerlo. No cabía ya duda de que el padrecito siempre la había orientado correctamente en sus plegarias.

\*\*\*

### **La comunión total**

La comunión de cuerpos es sincera, realmente fascinante, muy animal. Muy bestia, muy todo.

La comunión de cuerpos y almas ya es otra cosa, es más, es mucho más. Es casi inexplicable. Es la comunión de los sexos, total, abismalmente, más la comunión del sentimiento, de las necesidades y deseos del espíritu más antiguo, más profundo, más denso.

Y la comunión de cuerpos, almas y razón es... ¡Qué es esto, mi Dios! ¡Qué es la comunión conjunta! ¿Me oyen? (¿Me oigo? ¿Me escuchas tú, que sos la que importa?) ¿Qué es la comunión conjunta del cuerpo, el alma y la razón?

– Tranquilizate, por favor ¿querés?

– Bueno...

– Ahora vení ¿querés?

– Bueno...

– ¿Te sentís bien?

– Sí, ¿y vos?

– Ahora también.

– Entonces, ya está ¿entendés?

– ¿Y vos?

– Claro, tontín.

– Te amo.

Nos amamos.

\*\*\*

### **La historia de Jules**

Hoy me siento apenado de no haber conocido personalmente a Jules. Sólo lo vi una vez en la reunión anual del Pen-Club. En reducido grupo de conocidos me fue referida su historia, que inspiró en mí un extraño sentimiento de curiosidad. Los hechos posteriores me han hecho meditar largamente sobre él y sobre aquella curiosidad mía. En la reunión no me fue

presentado, sólo señalado a distancia y contado el principio de lo que hoy les relataré fiel y enteramente (si alguien es capaz de tal tarea).

Como sucede a menudo en estos casos, amigos de amigos de Jules me relataron aquella vez la situación de este hombre joven que sin embargo mostraba notables signos de consternación y abatimiento.

Supe que Jules fue un hombre sano y fuerte, en mente y cuerpo, que había perdido a su mujer, junto con un bebé, en un parto desafortunado. De esta manera, había quedado viviendo en su casa de las afueras de la ciudad con su primogénita, Solange. A los tres años de la pérdida familiar, ambos tenían recuperada la paz (un cierto grado de felicidad).

Solange, con sus cinco años, no demostraba añorar a su madre. Tal vez porque había encontrado en su padre un aplicado cariño tan bien logrado, que compensaba, en buena forma, la ausencia. Durante sus horas de trabajo, Jules dejaba a Solange con María, una adolescente quien con sus escasos diecisiete años se esmeraba indescritiblemente en el cuidado de la pequeña.

En casa, –todo según se me ha referido– Jules gozaba de acomodarse en su ancho sillón de pana verde y llenarse de la compañía de su hija. Así, pasaba muchas horas maravillándose de los adelantos de su pequeña y contestando e interrogándole dulce y correctamente sobre las crecientes necesidades de Solange.

En esos tres años Jules no había necesitado de mujer alguna. Realmente, las tareas de la casa le atraían tanto o más que su trabajo de biólogo. Siendo tan joven aún fácilmente podría decirse que aprendía (sobre la vida) con Solange.

Sus amistades, generalmente matrimonios amigos desde antes de su viudez lo querían entrañablemente. Las esposas de sus amigos encontraban en él un (pacífico) ejemplo para sus maridos, quienes aceptaban con agrado su amistad.



Muchas fueron las opiniones que he escuchado sobre Jules. Siempre en estos casos nacen algunas que otras críticas. Pero ese no fue el caso de Jules. Especialmente debido al momento en que se me comentaron los sucesos, sobre el inicio del juicio por abuso y asesinato de la pequeña Solange.

Jules había vivido tres años antes de la terrible pérdida de su mujer y su segundo hijo. Y se había rehecho de manera elogiabile.

Luego, en aquella reunión lo observé sumamente consternado por el asesinato de su hija Solange. Aún así me conmovieron algunos de sus rasgos que demostraban una entereza excepcional. Tal vez, esto último me llevó a asistir a las sesiones públicas del juicio.

Desde la primera sesión era notable el desánimo del abogado defensor. Los hechos eran sumamente claros y la niñera de Solange era testigo presencial del crimen. Además, durante un chequeo de fotos que le encomendó la policía había reconocido sin titubeos al asesino.

Desde la primera sesión ocupé un lugar en la fila posterior a la de Jules, a su derecha, atrás de su abogado y el fiscal.

Nunca hasta ahora me interrogué a mí mismo el porqué de esa ubicación. Algo me unía a Jules, tal vez en el sentimiento de justicia que anhelábamos todos. En mi caso, hoy debo reconocer que más que el sentimiento de justicia, yo albergaba el de venganza.

Desde el principio odié profundamente al asesino y, tal vez, por tener una hija de la misma edad de la que hoy tendría Solange, me identifiqué con Jules.

Se abrió el juicio con las palabras del Juez, enumerando los cargos sobre el acusado. Este ocupaba el primer banco, al lado de su defensor en la otra hilera de asientos. Pensé que estaba bien así, lejos nuestro. Repugnaba menos.

Jules estuvo, en esta primera sesión, sumamente nervioso y cerca de derramar lágrimas.

Las siguientes sesiones, semanales, Jules fue recuperando una serenidad extraña. Lo noté relajado, como lejano. Tal vez esté cansado, recuerdo haber pensado. O tal vez sólo aguardando la sentencia, reflexioné.

Para las sesiones Jules se vestía generalmente igual: traje celeste, camisa blanca y en ciertas ocasiones corbata azul.

Entre sus papeles tenía entremezcladas fotos de Solange.

En la cuarta sesión declaró la niñera. Llorando e insultando al acusado. Luego conteniéndose, relatando fielmente lo que había ocurrido y finalizó nuevamente con un ataque de histeria gritando que matasen al culpable en aquel mismo momento. Durante toda la declaración Jules se mantuvo estático con sus ojos fijos al frente, y abajo.

En la quinta sesión el defensor hizo una desafortunada defensa.

En la sexta, el acusado, bajo imperativas palabras del fiscal se reconoció culpable.

Fue entonces cuando Jules cambió nuevamente su semblante. Lo noté inquieto y expectante. Recuerdo haber pensado: “Jules es ahora un león al acecho”.

Según las leyes era factible una condena a muerte tanto como a cadena perpetua. Para el día de dictado de sentencia pienso que Jules tuvo en cuenta ambas posibilidades. Y fue preparado.

En la octava sesión el acusado fue condenado a cadena perpetua luego de una buena intervención de su defensor.

Fue entonces cuando Jules se puso de pie, calmado dentro de lo que daban las posibilidades y se ubicó entre el juez y el acusado.

Miró al público y al juez y dijo: – Este hombre se ha reconocido culpable de la muerte de mi hija. La muerte se paga solo con la muerte.

Acto seguido, sacando de su chaqueta un revólver con el que apuntó al culpable, intentó montarlo y disparar. Más rápido fue el policía de guardia que le ordenó a Jules detenerse y, al no bajar Jules su arma, le disparó al cuerpo. Jules cayó muerto, disparando previamente su revólver contra el techo del juzgado.

El Juez ordenó la detención del policía y suspendió el juicio hasta la semana siguiente.

Hasta aquí les he relatado una historia ajena y odiosa. Historia que desde su última sesión he decidido hacer mía.

Recuerdo perfectamente el recorrido que hace, de entrada y salida al juzgado, el asesino. En la próxima sesión no me sentaré en mi lugar de costumbre. Lo haré sobre el borde de la hilera, al paso de la ruta del asesino. Y no cometeré el error de Jules. No hablaré, ni intentaré explicación previa alguna. Escondido en mi impermeable tendré el revólver con el que, a quemarropa, dispararé dos veces sobre el asesino: una por Solange y otra por Jules.

\*\*\*

*“Los tiempos felices en la humanidad son las páginas vacías de la historia”.* Leopoldo von Ranke.

*“Se habla de matar el tiempo, más el tiempo muerto mata las almas”.* Monseñor Gay.

*“Toda sociedad rinde honores a sus conformistas vivos y a sus agitadores muertos”.*

Rossel

\*\*\*

### Otras consideraciones del biógrafo en sus borradores

La baba dialéctica se explica, tentativamente, con la dicotomía que se produce entre el lenguaje –quizás toda la semiótica– y los hechos concretos o del espíritu.

Se encuentra lejos de mi ánimo polemizar sobre definiciones e interrelaciones entre hechos y simbologías. Supondría babosearse dialécticamente una vez más. Desde lejos, es evidente que los hechos mantienen una relación ilógica con sus semióticas, las que los manifiestan. La idea es impresionante y próxima: el titular de este periódico de gran tirada que tengo aquí, a mi lado, reza lo siguiente: “Austria desplaza quinientos cañones de largo alcance”. Acordamos que esta información es rutinaria, en una u otra versión, a través de la Historia de la Humanidad. Sin embargo, por el momento, diferente habría sido si cualquier ciudadano hubiera decidido, a su vez, colocar una serie de morteros, en la azotea de su casa, alegando, por ejemplo, la potencial peligrosidad de uno, o de todos sus vecinos.

Aceptablemente, el correspondiente encabezamiento señalaría: “Presunto desequilibrado intenta disponer unos morteros de cara a sus espantados vecinos. Se encuentra ya bajo atención”. Nuevamente, en efecto, si nos introducimos en imitación de los habitantes de Bizancio, en la discusión referida a que si ambos casos son o no comparables, si la comparación es significativa, o cualquier otra disquisición, hemos también de zambullirnos a considerables profundidades de la b. d. Alimentamos la hoguera bajo nuestros pies. Excepto – depende, con respeto, de quien lo haga y sea la excepción que prueba la regla– si se parte de un supuesto general, totalizando (innovando esta acepción) desde un punto razonable y

diciendo que cualquiera de los dos sucesos son *contra natura*, si aún convenimos que se existe asistidos por el instinto de vida. Lo demás es ópera y, entonces, cabe preguntarse si hay un o algún punto razonable. Es propio de la existencia parcialmente sentimental del hombre, y el cuestionamiento, como cualquier otro, debe ser naturalmente respetado y practicado por quien lo desee, entendiendo e interiorizando, el interesado y sus semejantes, que se es un ser singular, quizás excepcional, dentro de un ámbito –este mundo– con una concepción común, plural, cual es el instinto a la vida de la especie en su conjunto que, como sabemos porque nos lo dijo don Isidoro, es “...la defensa natural ante el miedo, que siempre bloquea a la verdad”. Redunda observar aquí que De Lorenzo se entretuvo en la sinonimia verdad-muerte. Entonces, corresponde categorizar la interrogación como momento recreativo, divertimento sin consecuencias concretas o conceptuales sobre el instinto social.

En una variación sobre el mismo tema, se dice que la sociedad universal –la que interesa– vive cierta/s alienación/es durante determinada/s época/s. A la actual se la califica de totalitaria por unos, y estos son tildados de decadentes por otros. *Mutatis mutandis* así ha sido siempre. Es el sostenido esplendor de la b. d. y yo, por pudor y vergüenza ajena, no entraré en arenas que no son de mi competencia. Soy sólo un biógrafo, quien, unas veces, trabajando, ha tenido la desagradable sensación de ser sólo un basurero y, otras, un afortunado, haciendo notar a los lectores, invadido de estupefacción, que De Lorenzo acuñado, con su baba dialéctica y con Vitacracia, el principio y el destino del ser humano futuro. Yo, he sido un instrumento póstumo suyo.

Debo reconocer que dedico gran parte del tiempo que mis necesidades fisiológicas dejan ocioso en el análisis de la definición del genio y, obviamente, en sus alcances.

Suele suceder que el amanecer me sorprende pensativo.

Que nadie se inquiete por mi salud. Gracias al buen dios y su universo, esos momentos arrebatados al sueño son saboreados por la vida misma. A veces, he sido todo instinto y, en paz, he dejado mover al trebejo Tanatos con total libertad. Así rey, así peón. Es cuando, regocijado en la autocontemplación, comprendo que, además de entender el significado de la b. d., estoy en gracia con el don de saber aplicarla.

La baba dialéctica es una categoría en permanente construcción, con un dinamismo definitivo para desarrollarse de continuo, en todos los sentidos y tan profusamente como lo hace, integralmente, el ser humano que, al fin y al cabo, es su diario (re)creador, sin solución de continuidad y, en modo fundamental, su conductor. Al respecto, en mi opinión, el penoso viceversa no debería ser lo habitual.

Sólo cuando el hombre o la mujer conoce la baba dialéctica propia y ajena puede tener alguna cierta posibilidad de relacionar lógicamente los hechos y lo que se dice o se expresa de una u otra manera de ellos. Si es así, al menos no vive una relación penosamente absurda entre lo que sucede y lo que siente que sucede.

Cabe destacar como cierto y paradójico que no poseemos otra herramienta que no sea la propia baba dialéctica para, precisamente, luchar contra ella. En otras palabras, el peligro real, único que puede correr la b. d. es ella misma. Todo depende del conductor: cada intento puede ser una baba más entre las existentes, o ser el que nos relativice la angustia. La prueba es válida, ya como proeza, ya como uso aficionadamente deportivo de la b. d. Lo dirá el pensador: “la vida es conciencia de naufragio y menester de natación”. Por eso, es menesteroso proclamar la Vitacracia (gran sustantivo introducido por mi prole, todo sea dicho) como, en parte, en lo que le atañe, baba dialéctica capaz de autodestruirse en sus defectos, de crecer en sus aciertos, de perfeccionarse, de darnos verdadera, permanente y creciente satisfacción, alegría, cualquiera sean las circunstancias, hasta las más extremas, en

cualquier sentido. Dado que “...el objetivo absoluto a que se aboca la b .d. (...) –obviando plazos y grados de conciencia individuales– es la extinción de nuestra especie...”, es ella misma, en su desarrollo ‘vitacrático’, en vitacracia, la que puede tender a su fin opuesto, al respeto, ante todo de la vida, dándose la circunstancia aneja de que cualquier hecho, ideal o material, que le atente es desechado, de plano, por aberrante y/o degenerado. Ya con esto habría bastante, una luz. En principio, en los casos mencionados, el gobierno prusiano y el vecino belicoso serían degenerados y/o aberraciones contra natura. Y esta consideración iniciática, podría ser suficiente debido a que todas las siguientes deducciones y decisiones que, a todo nivel, se generasen lo harían desde otro punto, quizás un punto de inflexión en la, hasta hoy, tan abstracta e irretenible felicidad. Este punto es, precisamente, Vitacracia.

Naturalmente (éste párrafo sólo es para los escépticos), el proyecto es utópico. Es que, me temo, es inhumano el orden impuesto o lo soy yo, particularmente, ante él.

Tentado estuve alguna vez de apartar, en forma pasajera, las biografías, y explayarme en un desenfadado baboseo ‘no importa el tema objeto’ del mismo. Así, he derramado baba –por ejemplo y para ser breve–sobre los estados de la hipocresía y, enfáticamente, en el estado actual de la misma, observando, obviamente, su gatopardismo y su permanente institucionalización. Me refiero a las b.d. religiosas y políticas con las cuales, ha habido veces, me he puesto obcecadamente minucioso, llegando ya a babosearme sobre los sucesivos órdenes internacionales, variable geopolítica estratégica y, en tema, sobre los Estados, los dirigentes y los (demás) otros habitantes del mundo, relación pan y circo/hambre y circo. Por último (deseo acabar, me siento autoofendido) hasta he babeado estas dos preguntas primitivas: ¿Es justificada –y en ese caso por qué– la coexistencia del optimismo, la euforia y el triunfalismo de los diri-gentes con el convencido, asumido, escepticismo de todos los demás, incluso el de ellos, privadamente? Y -permítaseme un orgasmo dialéctico si no fuera

por mi edad: ¿Hay –y en ese caso si se da– una real, mutua y compensada interacción entre las b. d. personales, sociales, y las b. d. de los conductores, diri-gentes, sean del planeta, la zona o la célula social? Por no mencionar una que otra digresión, aún más despreciable, que me sé permitir alegre pero inconfesablemente.

De todas maneras, no dejo de ser un curioso en feudos ajenos, no lejanos pero ajenos. Pertenecen a los especialistas, según se trate. Dios se apiade en sus avocaciones. Al fin de cuentas, por mi oficio, soy un genérico –género biográfico, por más señas– y fiel a mi instinto de vida (en todas sus acepciones: procuro ser muy amplio) me reconforta íntima y profundamente referirme, en forma exclusiva, a los instintivos dominios de mi especie, al conocimiento y divulgación de la existencia y las circunstancias de los demás.

Por ello, he estimado procedente acompañar mis apuntes con otros escritos probos, ajenos todos ellos entre sí, que son ejemplos, plagios de plagios, de algunas, solo algunas pocas, babas dialécticas universales, intemporales.

Confieso –no sin sano orgullo– que la tarea ha sido descansada.

Cuando se conoce y se sabe aplicar la b. d., a su vez se sabe, en el oscuro pozo que se nos suele (re)presentar la existencia, distinguir por dónde discurre la vida y por dónde su baba.

Con esta entrega realizo mi inicial contribución al espíritu final que D. Isidoro De Lorenzo preconizó verbalmente, ya incapacitado para escribir, entre quienes lo frecuentaron hasta el mismo umbral de su última verdad. Me refiero tardíamente, como quien arroja compulsiva, apresuradamente, la última semilla antes de la tormenta, al espíritu NOT de Don Isidoro. A su último, solitario espíritu de confianza en las *new optimist tendencies*, nacidas –a veces parcas, a veces bullangueramente– del conocimiento y aplicación amorosa de la baba dialéctica. Y lo hago como quien sabe que, si da un paso más, pisa en falso. Tan sólo la



ofrezco, como el señor de Bouzúa cada vez que el destino lo pone frente a los leones. Y me despido, como es mi costumbre, con palabras no nuestras, arrimadas por una estupenda glosadora:

“De modo que estamos aquí para celebrar los orígenes de la fe y la confianza.

Quiero entregaros los secretos de la constante alquimia que debemos practicar para convertir el cobre en oro, el odio en amor, la destrucción en creación. Para cambiar las crasas noticias cotidianas en inspiración y la desesperación en alegría”.

El biógrafo deseó ya en este punto dejar otras consideraciones a los lectores, modestamente esperanzado en que no hagan con estas lo que De Lorenzo precisamente definió –denunció–. Por el bien de todos.

\*\*\*

*“Deben ir juntos el pensamiento y la acción como brújula que guía y hélice que empuja”.* José Ingenieros

\*\*\*

**¿Qué se propone la dirigencia argentina?**

La República Argentina es una empresa nacional: el estado argentino es una organización con fines de exclusivo lucro para sus ciudadanos.

Por lo tanto, los dirigentes de la Argentina deben procurar beneficios económicos para los argentinos y, si así no lo hacen, la organización –en este caso, el país– debe desemplearlos y hacerlos juzgar por magistrados que, a su vez, deben ser la garantía para el éxito del objetivo principal de la organización, el bien común: la vivienda, el trabajo, la seguridad, la salud, la justicia social, todo lo público y concreto que se logra con dinero.

En esta empresa nacional llamada Argentina nuestros dirigentes casi siempre han traicionado –por comisión u omisión– lo esperado por los dueños absolutos de la organización, los ciudadanos. Lo prueba rápidamente la situación siempre declinante del país.

En esta surrealista coyuntura actual, el periodismo y la justicia muestran y enjuician traiciones mientras que los poderes no terminan de ponerse nuevamente de acuerdo para seguir, como siempre, robando sin sobresaltos, a los ciudadanos.

Si, ya acorralados por las evidencias de sus traiciones, ni el sueldo se rebajan, nosotros, los accionistas de esta empresa, deberíamos tener en cuenta que, entonces, ya también están dispuestos a provocar desde disturbios y toques de queda hasta guerras civiles que ellos dirigirán, como de costumbre, desde siempre confortables *countries* acuartelados, indicándonos en ese caso ya no cómo entregarles el dinero sino cómo matarnos entre nosotros.

Deberíamos tener esto en cuenta, principalmente porque no sería la primera vez que es utilizado este internacional e inmemorial recurso dirigencial.

Entonces, al sobradamente probado cargo de inmutables traidores económicos, estos dirigentes pueden estar queriéndose sumar, en la actualidad, el de aniquilamiento ya no económico sino físico de la patria, de los argentinos.

Es muy probable que estén considerando nuevos genocidios o directamente una guerra civil para nosotros, quienes los toleramos todavía, pese a sus crímenes pasados y presentes y pese a sus intenciones muy contrarias a nuestros deseos de seguir vivos.

La ciudadanía lo sabe, por eso espera.

Los dirigentes también lo saben y esperan. No nos ven todavía con mucho ánimo de matarnos entre nosotros. Por ahora, más bien nos ven con ánimo de ir a matarlos selectivamente a ellos, dejándoles –¡aunque sea por esta vez nomás! – la exclusividad de ser ellos, los dirigentes, los únicos muertos.

Esperan que algo más de desesperación nos haga descontrolar; se nota que algo al respecto están tramando, y medios no les faltan, nosotros les pagamos todo.

Con dirigentes corruptos, la empresa termina de hundirse cuando los miembros dejan de remar para tirotearse entre ellos.

En cambio, la empresa reencauza sus objetivos si simplemente deja de entregar sus aportes –los impuestos– a los delincuentes que se gastan todo en sus fastuosas traiciones.

Como en los países democráticos, si de una vez por todas, los argentinos hiciéramos espontáneamente así, los funcionarios corruptos desaparecerían porque, después de todo, no son ni saben ser más que parásitos.

Parásitos que –todo sea dicho– gesta la misma cultura organizacional argentina: desde chicos, todos muy vivos y coimeros.

\*\*\*

*“Cuánto más grande es el caos, más próxima es la solución”.* Mao Tse-Tong (Zedong)

## El fantasma de mi alma

### *Primera parte*

Soy yo y me están velando. Soy yo, indudablemente el muerto soy yo.

No es que sea exactamente como tantas veces imaginé que yo sería estando muerto, pero soy yo. Nunca me había visto a mí mismo, a no ser a través de un espejo o una foto.

Qué raro me veo ¿tengo la cabeza tan grande, yo que siempre creí que era chica para mi cuerpo? Pero qué estás diciendo, pelotudo; ese sos vos y estás blanco, muerto y te están velando... nadie llora ¿Es que no me quieren? ¡Qué serios que están, niños! También, velando a papá. ¡Qué ojos colorados, María y José! Pero ¿Qué dices, gilipollas? Estás muerto, aquí muerto y tus hijos te están velando ¿Y vuestra madre, chicos? ¿Dónde está mami? ¿M escuchan? ¿No? ¿No me escuchan? ¿Seguro? ¿Quién habla si yo me siento el que soy y lo estoy viendo aquí muerto? ¡Qué asco de color que tienes! ¡Qué asco, Dios santo!... Estoy muerto, Dios mío, estoy muerto; así era la cosa: estoy muerto pero estoy...

– Papi...

– ¿Qué, hijo? ¿Qué querés?

– Me decía que los hombres también tienen derecho a llorar...

### *Ultima parte*

Estoy en el medio de mi cama. Alrededor ustedes. En el umbral, la sirvienta y al pie, mi perra.

Ustedes me acarician con manos calientes y otros no se acercan.

Todos me son ya distintos.

Sólo mi perra es la de costumbre

Ninguno me molesta. Se renuevan las caras y es entretenido: son notables los presentes y los ausentes.

Al cabo, todos se han retirado. Me han dejado en este pequeño lugar.

Entonces me levanto, abro mis ojos, y echo a andar detrás de ustedes.

Sin embargo, intuyo, ya nada será igual.

\*\*\*

### **Maldito sino**

Arduos de tiranías

arribamos a otras cosas.

Hartos de violencia

con cierta razón le llamamos: democracia.

Y de la negra galera del pasado

con magia elucubramos

nuestra partidocracia.

Aquellos señores del demonio

que nos hacían volar

desde el sofá nos vigilan.  
Y parece como si a testaferrós  
le entregamos nuestros designios.  
No exagera aquel  
que, pueblo a pueblo,  
villa a villa  
como el eco de un juglar  
canta las penas  
de las gentes.

\*\*\*

### **Mis vicios**

(continuación)

En un orden ya indeterminable, si es que lo recuerdo un día, por la misma época que yo empezaba mi vicio de escribir, también comencé con otro, el de fumar, de manera menos compulsiva, y menos feliz, que el de escribir.

Entre uno de los recuerdos que perfectamente tengo es el de haberle ‘robado’ del bolsillo del mismo saco que tenía puesto, con el pretexto de estar mimoso, cigarrillos a Tato, mi abuelo. Siempre que me vuelve este recuerdo –lo recuerdo perfectamente–no dejo de preguntarme si no debería sentirme mal por haberme acercado tan hipócritamente a mi abuelo, pero siempre me he tranquilizado, como ahora, recordando también a la perfección que yo era consciente de mi falta, y que esa pregunta que me hago hoy me la hice también en

el primer momento que, siendo un niño, me propuse –y lo hice–abrazar a mi abuelo, con el exclusivo fin de sacarle el paquete de cigarrillos y no por el cariño que mutuamente nos teníamos.

Recuerdo que en aquel entonces comprendí perfectamente que no estaba haciendo bien, así que no tengo nada de qué arrepentirme. Por otra parte, ahora me parece también que Tato se daba cuenta pero que, por alguna razón, lo disimulaba, pienso que de alguna manera me daba libertad para que yo fuera aprendiendo a discernir y creo que lo disfrutaba tanto como yo. Era adorable.

Otras imágenes tabacaleras que conservo son las de nosotros, los chicos –no sé cuáles– en el segundo patio, el de la parra, en otoño haciendo cigarrillos con trituradas hojas secas de la parra y, de papel para envolver, la edición del día anterior del diario que el diariero llevaba todos los días a casa.

Y son imborrables los recuerdos de ademanes con cigarrillos, cajas y encendedores desde los comienzos de mis relaciones sociales con mujeres, desde mi adolescencia, incluidos.

Puedo entender –por cómo de variada es la gente– que se me adjudique, y lo aceptaría, un vicio al que me di, pero que asimismo creo que ya abandoné para siempre: el de viajar. Si, llegado a los escasos veinticuatro años y cargado de densas emociones por experiencias propias o ajenas pero muy cercanas y sin saber mucho qué hacer conmigo mismo, decidí un día, zarpar del puerto de Buenos Aires rumbo al Viejo Mundo, dejando en el muelle, del que me fui alejando tan lentamente que el sufrimiento fue indescriptible, a un reguero de familiares y novia y, fundamentalmente, a mi hija de tres años, con un pañuelito en la mano, en los brazos de mi madre. Y mi novia que se adentró en la escollera, al lento paso del trasatlántico para retrasar la distancia que nos sobrevenía. Desde que zarpé en el “Guglielmo Marconi” viajé viciosamente por Europa, Asia, África del norte y América.

Trabajaba y amaba en un sitio hasta que sentía la necesidad de volver a viajar. Y emprendía un nuevo viaje hasta un nuevo lugar al que más me llevaban las circunstancias que algún planeamiento. Me dejaba llevar y ahí es que viajaba “de aquí para allá”. Fue fascinante y tremendo a la misma vez. Sufrí especialmente la nostalgia y la culpa y gocé fundamentalmente comprobando que, libre de cualquier impedimento, igualmente no corrompía principios que, en aquella época, aún tenía cuestionados. Con honestidad debo reconocer que estoy muy orgulloso, por los frutos de ese vicio, de mí mismo. Parafraseando a Neruda yo también puedo decir “Confieso que he vivido”.

Fue dicho que, con una chica, debuté a los trece años. Y no quiero dejar pasar por alto este hito. Y no creo que a ustedes les gustara si yo lo omitiese.

En efecto, los hechos se sucedieron en la misma vieja casa.

A casa dio en llegar una jovencita de dieciséis años de nombre Graciela y encontrar trabajo de asistenta.

No entiendo cómo, mis padres y, en especial, mi tía solterona no se opusieron que una agraciada y tímida cayera entre las manos de todos mis hermanos, primos y yo mismo a la larga o a la corta.

Graciela y yo enseguida entramos en conversación. Ella también debutó conmigo. Empecé a frecuentar, muy a escondidas, su dormitorio, que se encontraba aún más allá de la cocina, el segundo patio, la despensa y el cuarto de planchar. Su dormitorio, el de las muchachas, tenía una enorme ventana, casi desde el altísimo techo hasta abajo, donde la gruesísima pared ofrecía un espléndido lugar para sentarse a mirar hacia el jardín, a través del denso jazmín y, más allá, cómo la lluvia y el viento golpeaban el naranjo y el toronjuelo, mientras mi perra boxer, Bonnie, pedía refugio con sus ojitos inteligentes y tiernos, tristes y alegres.



Graciela y yo aprendimos juntos los primeros, y bastante rudimentarios, conocimientos carnales de pareja. Podríamos haberlos profundizado si no hubiera sido porque mi hermana, la mayor, de quince, empezó a desconfiar y, una vez que me vio entrar a casa, entró detrás sin que yo me percatara. La casa era –es– enorme, pero a mi hermana –con un objetivo ya plenamente fijado– lo que le importaba era que yo estaba en la casa, me había visto entrar, por lo tanto, en algún lugar yo tendría que estar. Nunca entendí cómo ella se imaginó que yo iría directa y subrepticamente a meterme en la habitación de Graciela, pero así hice, quizás porque ya lo hacía a diario. Quizás, ahora que pienso, a los trece fue mi primera experiencia marital, yo comía, me bañaba, hacía el amor con Graciela y después no me iba al trabajo, pero sí a la escuela, que es similar. Volvía, saludaba a todos, a los viejos, a la tía, charlaba, jugaba y me peleaba con mis hermanos, hacía los deberes y cogía con Graciela. Después de todo, de tantos dolores que por aquel entonces empezaba a tener, no estaba mal.

Al parecer, mi hermana mayor desplegó una operación rastrillo en toda la casa: fue desplazándose de lado a lado, de habitación en habitación. Con tal de no dejar de comprobar que yo estaba más que en la habitación focal de su rastrillaje, en la de Graciela. De esta fraterna operación fui notificado *a posteriori* por mi hermano mayor y dos amigos, quienes, estudiando en el comedor diario se percataron, por su manera de desplazarse y mirar, que andaba tras de mí. Lo terminaron de comprobar cuando mi hermana empezó a golpear la puerta de Graciela al mismo tiempo que gritaba: –¡Salí, Horacio! ¡Ya sé que estás ahí!

No salí. Salí mucho después, cuando mi hermana se había ido.

Cuando mis padres volvieron, yo mantuve un silencio que se me hizo muy denso. Me imagino que a Graciela le ocurrió otro tanto. Esperábamos la explosión. Pero no llegó. No sé si mi hermana les dijo directamente a nuestros comunes padres acerca de sus perspicaces observaciones y conclusiones pero no me cabe la menor duda de que nuestra relación se

transformó en un secreto a voces. Sin pruebas, me atrevo a pensar que mis padres toleraron algo que sabían o que no querían saber. Hasta que un día que yo llegué a casa más enfático de lo conveniente y, en la cocina, con mi madre presente, cometí el error de agrandarme y preguntarle a mi, en cierta manera, adolescente concubina: – Graci ¿vos te casarías conmigo? A ella se le iluminaron sus preciosos ojos aindiados. Y a mi madre se le entrecerraron, pero igualmente la pude ver; algo cambiaría. A los pocos días, Graciela marchaba de casa, no sin antes escribir en una pared del cuarto que nos vio nacer, un gran “Horacio y Graciela” que perduró muchísimos años; como veinte, al menos, fue respetado.

\*\*\*

### **Análisis político desde el motel**

*a Almafuerte y a Ch. Bucovsky*

El che Guevara fue un asmático,  
un niñoato, un resentido,  
Stalin fue una bestia,  
un gemelo hermano Hitler,  
Fidel otra porquería,  
como Reagan, como Thatcher,  
Videla un monstruo místico,  
como Galtieri, animal étlico,  
y los que les siguen, idiotas,  
ladroncillos de calzones,

violadores de braguitas.

¡Pulpa, pura pulpa

de extraviada mente aparte!

¿Y Jesús?

¡Dios mío!

¿Quién diablos fue Jesús?

¿Y Mahoma?

¡Alá sabe sobre sus misterios!

¿Y Jehová?

¿quién reparte por Palestina

del Innombrable su garrote?

¡Pulpa, pura pulpa,

masa, masa, masa...!

tan alejada del Edén

de vos cuando te tengo

en cuatro patas a mis pies

mientras los *servicios*

nos buscan en trincheras,

que los giles cavaron,

cruzando el portal,

el portal de Belén.

\*\*\*

## ¿Revolución Francesa a la argentina?

Otro presidente argentino se ha ido, dejando más muertos y heridos: físicos, económicos y morales. El plan encomendado a este también era perfecto; lo estaba consumando pero el pueblo, sin guías, sin diri-gentes, con la única bandera argentina, en masa lo echó. Se fue no sin antes provocar la muerte abrupta de algunos que sobrevivían a la hambruna ya impuesta. Se fue y asumieron sucesivamente varios que, al jurar por Dios y la Patria, hicieron –como siempre cada presidente argentino–contundentes promesas de solución para necesidades ciudadanas nunca satisfechas, siempre traicionadas.

Estas circunstancias, esta hora, puede iniciar un punto de inflexión, un corte en el círculo vicioso argentino o ser la ratificación, ya permanente, de la corrupción que mata de cualquier manera.

Como muestra la Historia, el castigo ejemplificador podría ser ese punto de inflexión, mientras que, la impunidad, repetida una vez más –ahora desembozadamente– podría ser la instauración (ya perpetua en el inconsciente colectivo) que de ‘esta vieja forma argentina de hacer política’ no se sale nunca más.

¿En qué consistiría entonces un castigo ejemplar que rectificara nuestro rumbo? Se han escuchado diversas propuestas, entre ellas las que transcribo, por considerarlas democráticas, atendibles: inmediata convocatoria a consultas nacionales donde se decida sobre grandes temas (deuda externa, políticas económicas, etc.) donde se incluyan las siguientes cuestiones:

1° consulta: para saber a quiénes la ciudadanía considera traidores a la Patria (esto es una consulta en la que cada ciudadano confecciona una lista con los nombres de los dirigentes que considera traidores a la Patria, sin límite de cantidad).

2° consulta: para consensuar hasta qué dirigente (del ranking obtenido en la consulta anterior) debe ser efectivamente castigado por traidor a la Patria (así zafarían dirigentes locales votados sólo por sus convecinos).

3° consulta: para determinar si a los que en efecto serán castigados, se los condenará a los 25 años de prisión que manda la ley o si, en cambio, para concretar en masa este punto de inflexión donde termine ‘esa argentina manera corrupta de hacer política’, se los condenará, por esta vez, a la pena capital: a ser colgados en Plaza de Mayo, por ejemplo. O a serles inyectado –al tan observado estilo estadounidense– individuales dosis de veneno intravenoso. Todo televisado.

A favor de esta ‘solución final’ se ha escuchado este insistente –argentinamente inquietante– argumento: “Sólo así la gente y los dirigentes asumiremos que somos nosotros –no otros del pasado ni del futuro– los protagonistas (vitales y mortales) de la real refundación de la Patria. Porque si a los traidores solo los condenamos a reclusión perpetua o, peor aún, a esos 25 años de cárcel que manda la ley ‘actual’, estarán un breve período en prisiones muy seguras, magníficas mansiones como siempre, desde donde seguirán corrompiéndolo todo hasta hacerse nuevamente del poder suficiente para seguir matando y robando, siempre con ese canchero estilo argentino de hacer política: cagándose en todo y en todos”.

\*\*\*

*“Si quiere entender a una persona no escuche lo que dice sino lo que calla”.* Bíblico

*“La filosofía como tal se agotó con y en sus planteamientos básicos, luego es baba”.*

*“Todo vicio trae siempre su consiguiente excusa”.* Publio Siro

\*\*\*

## **Elogio de la lujuria**

### **Mis chicas de la lavandería**

Las lavanderas son dos chicas que trabajan en uno de estos “5’ a sec” –la *loundry, in English*– en donde te lavan la ropa en pocas horas. A estas dos chicas las pusieron allí como anzuelo, ya que son bellas y encantadoras, cada una en su tipo: una, es más rubia o pelirroja, más bajita, quizá algo pecosa, de lindo cuerpo, realmente simpática. Pero la otra es la que me impactó de otra manera, la que envuelve cualquier otra atribución. Ésta es alta, erguida, de cuerpo hermoso, de cara bonita y altiva, aparentemente inteligente, tenaz, quizá algo soberbia:

apetecible. Pero yo soy un respetable vecino a quien su mujer le ha llevado, conjuntamente con la suya, la ropa para hacer lavar por estas dos encantadoras señoritas. Caemos vilmente en las redes del marketing. Quizá Mabel no, pero yo sí, con todo gusto porque quiero ver a las dos lavanderas. Está bien, las pusieron allí, punto. Ahora, si bien ambas lavanderitas están adoctrinadas para relacionarse de manera comercialmente eficaz, deben lograr una simpatía estudiada para solventar cualquier actitud del cliente, sin herirlo, sin alejarlo, pero tampoco deben llegar a ser tan sinceras como si se hubieran conocido en un cumpleaños familiar, o no tanto, bueno, algo así, no tan canalla como la de asumir como actitud personal, la debida postura comercialmente favorable. O uno lo quiere creer, y es imposible. Depende entonces de la 'profundidad' a la que nosotros aspiremos, a una real o a una inalcanzable, que nos deje siempre solos.

Hasta que yo no me hube 'peleado' con Marisa (¡Mabel!) no me había percatado más en las lavanderas que en el hecho de que eran guapas y eficientes, aunque a veces encontraba los botones de los puños de las camisas abrochados, cosa que me fastidiaba un poco y me hacía recordar, que a esa ropa la habíamos llevado a la lavandería, donde estaban esas dos chicas. Al principio, en realidad, yo solo conocía a Bárbara la que está por la tarde, y que es la más rubiecita, tiene tan linda cola y es tan simpática y atenta (no le haría ningún desprecio). Después conocí a Cinthia, mi Cindy en la mente, la morena, tan hermosa y desafiante. La conocí después que Mabel se fuera, una mañana que se puso espléndida. Quedé atontado como muy de vez en cuando. Sí, es una niña de 21 años y yo todo un señor de cuarenta y seis. ¡¿No es fabuloso?! ¿Qué es apresurarse mucho ya que con Mabel todavía no está todo dicho, ni mucho menos? Bien, si, de acuerdo... ¿Pero? Que las emociones, no se controlan, en cierto punto. A Mabel le puede estar pasando igual, y no lo critico. Es natural, en estas circunstancias.

Esta mañana llevé la ropa –exclusivamente mía–ya que Mabel no está. La llevé por la mañana a propósito, para ver a Cinthia. A propósito también me quedé hablando, contemplando de vez en cuando, cada vez que podía, el hermoso cuerpo que se me había hecho sumamente apetecible, en ese grado en el que uno se anda con más cuidado, porque a lo querido se lo mima. Me habrá faltado seguramente equilibrio en la voz, y habré estado inseguro pero estaba cómodo y Cinthia lo sentía y ella me mostraba estar cómoda conmigo. Y yo, en mi enamoramiento, me las ingeníé para dejar de pensar en que me ocurría esto solo porque los dueños del ‘5’ a sec’ acertaron conmigo al colocar a semejante vendedora. Su charla es la de una jovencita, entusiasta y segura: no quiere conocer –al menos por ahora– Europa, quiere conocer Sudáfrica “Porque estoy invitada. Una vez hasta me mandaron los pasajes pero yo no pude ir”. Yo le creo que le mandaron los billetes. Yo, de poder, se los mandaría. Cinthia habla como si se hubiera criado en el seno de una familia bien, o al menos *cheta* (que no es lo mismo, como tampoco es lo mismo bien que bien). Quizás, Cinthia sea aún más joven, pero para mí, eso no obstaculiza que en ella vea a toda una mujer, con lo que implica en este contexto. Más aún si se tiene en cuenta que el ambiente de la lavandería no es una sauna pero sí bastante cálido y húmedo como para que un hombre y una mujer, conversando, puedan imaginarse en otros tipos de ambientes, igualmente húmedos y calientes.

Por la tarde vino Mabel, linda, relajada, simpática, amable, con una ducha fresca de quince días de separación y me encontró igual; me lo dijo. Se tenía que ir a las cinco. La invité a volver cuando se desocupara. Me preguntó si podía ser mañana. Quedamos para mañana después de las seis y media, en casa. Nos despedimos con un beso, en los labios. Quedé muy contento, separé a Cinthia de mis pensamientos. Volví a casa con el bolso que por la tarde me entregó Bárbara. Cené, leí algunas cosas, pensé otras y me dispuse, antes de meterme en la cama (temprano, mañana tengo que dar clases en la Facultad por la mañana, en



el Superior por la tarde y después relajarme, y esperar a Mabel. Y estar bien con ella, que es con quien me siento unido) sacar la ropa lavada y colgar las camisas en perchas para que se arruguen menos, y se planchen entre la otra ropa (Mabel no está).

Sentado en la cama, con la luz del velador, abro el cierre del bolso y me invade el característico olor del perfumador de ropa que usan en la lavandería: me imaginé a Cinthia con un delantal, digamos tipo moza, cubriendo brevemente su desnudez, con un perfumador de ropa y una sonrisa pícaro preguntándome si le pone más.

¡Ah, la libertad invencible de los pensamientos! ¡Cuánta fantasía que nadie conocerá de otro ni otro conocerá de la suya! ¡Y probablemente siendo muy parecidas! Luego quise sacar la ropa de otra bolsa que le habían puesto las lavanderas pero observé que la ropa estaba muy bien acomodada y que si yo la sacaba de cualquier manera se iba a arrugar en vez de mantenerlas planchaditas, como me la habían enviado, tesa una prenda contra otra y habiendo evitado que le escapara una arruga.

A las niñas las tienen de planchadoras a mano, pensé cuando vi las primeras prendas. Me asombré enseguida de lo bien dobladas, para que no se arrugaran, que las habían ido colocando. Cuando levanté una camiseta blanca que tengo para usar de pijama –porque se le hizo un agujero– pensé que Cinthia y Bárbara veían mi intimidad, como antes veían las intimidades de Mabel también. Y me dio mucha vergüenza. Tocaban mis calcetines, mis calzoncillos, mis toallas, mis sábanas. Mis camisas mi saco de corderoy, mis vaqueros, el ‘plumífero’ que me traje de España. ¡Tantas camisas y calzoncillos que lucharon en tantas batallas, vivieron momentos de gloria y otros de miseria! Ellas tocaban toda esa ropa mía que seguramente les llegaría con un olor no tan agradable al del perfumador de ellas. Revisarían los bolsillos de mis camisas y vaqueros buscando encontrar algo que se me haya pasado inadvertido.

Pensé en las manos de las chicas metiéndose dentro de los bolsillos de mis pantalones y sentí como cosquilla. Luego de las primeras prendas observé con mayor atención porque no podía creer que las chicas de la lavandería le doblasen así la ropa “a todo el mundo”.

En la media luz cálida del velador, fui viendo con qué perfección, esmero, amor no estaría mal decir, las chicas me habían puesto la ropa en el bolso.

–Esto no es normal– pensé fascinado ante mi ropa: las camisas con todos sus botones cerrados, doblada con tal perfección que no es posible pensar que sea producto de una acción maquinal. No, ahí había indudablemente un mensaje, mandado voluntariamente o no. ¿Cuál de las dos doblará mi ropa? ¿Cinthia o Bárbara? No es muy difícil enterarse; uno va y les dice: –¡Qué bien doblada la ropa! ¿A quién le tocó?– y queda como un duque y, todavía, no pasa necesariamente como un viejo baboso, si bien todo depende de cómo lo pregunte, sin delatarme.

En el supuesto caso de que sea Bárbara quien me dobló la ropa (cosa muy probable, porque ella estaba por la tarde y la ropa también iba a estarlo por esa tarde) habré confirmado a quien yo creía y estaré más tranquilo. Siempre es lindo que alguien te quiera sin que uno, al saberlo, descontrola su vida. Ahora bien, si me entero de que es Cinthia –mi Cindy– quien me dobla tan primorosamente la ropa, deteniéndose en cada pliego de mis calzoncillos, alisándolos con su manita, o con las dos, y echándole aliento para ablandarla. Si es Cindy, mi Cindy, ruborosa señorita, quien estira y acomoda mis calcetines, quien juega con los botones de mis camisas y vaqueros. Y si es que Mabel viene mañana para recomenzar a vivir conmigo, cada vez que desde ese momento lleve ropa a la lavandería, bajaré los ojos ante Cindy, los pondré alegres ante Bárbara y retomaré la relación *just marketing*. Pero ya no será igual y habré roto la ‘onda’ que creía haber yo alcanzado, al ver la ropa tan prolija y al recibirme siempre sonrientes, concedoras de mis prendas más íntimas, de mi gusto más íntimo, en

contacto con mi piel. Y en sus manos. Cuando contemplaba la ropa sentí sobre ellas las manos de las chicas. Y, de inmediato, me sentí, atribulado, desnudo ante ellas y, en una fracción de segundo, imaginé una gama de posibilidades, desde una orgía hasta indiferencia y repulsión, espanto. Me sentí viejo, no porque tuviera demasiados años, pero sí los demasiados para una joven, toda una mujer ya merecedora de todos los halagos y placeres, de los que está capacitado para ofrecer quien habla pero en principio incapacitado por excesiva diferencia de edad. Y sobre todo, porque Mabel viene mañana a cenar.

\*\*\*

### **Al maestro con cariño**

Borges soñó  
el verso perfecto  
que otros cantaron  
pluscuamperfecto.

*En su laberinto  
sin el hilo de Ariadna  
soltó amarras el ciego.*

Séptimo cielo,

séptimo infierno,  
al Quijote la daga  
le lleva el Otro  
Martín Fierro.

Y la pantera salta,  
salta los espejos,  
y entra en Acevedo  
a Borges pariendo.

Fue perfecto  
–quizá bello–  
no en los hombres  
sino en sus dioses.

Solitario parnaso  
Buenos Aires, Ginebra,  
a medida, a sabiendas  
entre suburbios  
narraron los hechos.

Papel arrugado  
corazón perfectamente doblado  
en el sobre de cuerpo sin ganas

membrete a cualquier lado  
con remitente desesperado  
corre navega vuela  
sin destino buscándote  
buzón traga vidas  
troglodita fuego sexual  
ceniza del alma.

\*\*\*

### **Reflexión divina**

Si Dios fuera bueno se daría a conocer.

Si Dios fuera bueno no andaría ocultándose.

Si Dios fuera visible sería un malvado dictador.

Si Dios reinara entre nosotros sería un vulgar totalitario.

Si Dios se nos mostrara, difícilmente le agradeceríamos ciertos momentos felices porque los momentos infelices no se los podríamos perdonar ¿O usted le agradecería algo a quien también decide sus peores padecimientos: enfermedades, guerras, muerte, pobreza, desengaños, etc.?

Por más que a usted Dios le dé dinero o el mejor orgasmo, entre lo que quiera suponer ¿qué opina de las pruebas a que lo somete? ¿Qué opinar de las injusticias y de los dolores? ¿Qué opinar de las pruebas a que Dios lo somete para hacerlo más bueno y ganarse el cielo? Si Dios se nos mostrara también debería mostrarnos el cielo y el infierno que nos tiene prometido para tranquilizarnos y atemorizarnos de nuevo. Si Dios diera la cara nos tendría que explicar muchas cosas ¿Por qué nunca lo hizo cabalmente (sin necesidad de nuestros actos de fe)?

Si Dios se nos mostrara es bastante posible que lo quisiéramos linchar (aunque mientras tanto por temor lo reverenciáramos).

Dios (o por disposición de él) es cada déspota que nos gobierna, es cada cual que tiraniza nuestras vidas, es todo aquel a quien amamos por las felicidades y odiamos por los dolores, es aquel que dispone de nosotros, es el César, es Hitler, es el líder de la secta satánica, es el gerente, es el cónyuge, es el Otro, es el depositario de lo que no toleramos como propio.

Después de todo, los humanos somos (son) unas criaturas muy graciosas, dejemos todo como está.

\*\*\*

### **De uno de nuestros amigos**

No tenía ideas vagas. Simplemente no tenía ideas. Sin embargo era un hombre, no un animal cualquiera.

Además, todos lo considerábamos sano, física y mentalmente. Pero no tenía siquiera una idea. No tenía noción, noción de nada. No existía el tiempo real ni el relativo. Vivía sin nociones. Vivía pasando, vivía instintivamente, sin conciencia.

Creemos que todos sus actos, no sólo algunos, eran reflejos inconscientes. Sin noción de estar haciéndolo, comía y dormía. Sin noción hasta amaba. Sus palabras –aún coherentes– eran vacías de pensamiento. Sus acciones, vacías de razones.

Pero exteriormente pensamos que no se notaba nada de aquello. El nació sin noción de hacerlo y, sin saberlo, moriría sin noción de morir. Todos los que lo rodeábamos teníamos una fuerte noción de su existencia.

Desde luego nosotros vivíamos esperanzados en representar cierta noción en él. Aunque quienes lo conocíamos bien, aceptábamos generalmente sin discusión su ausencia mental. Es que lo amábamos bien. Era con nosotros sensible y demostrativo, no es fácil expresar que hasta lo considerábamos idealista.

Lo queríamos así, efusivo con sus gustos tanto como con sus disgustos. Lo aceptábamos muy simplemente cuando nos hacía llorar o reír. Nos gustaba su compañía serena o furiosa, diferente.

Queríamos creer que nosotros sí conocíamos sus nociones. Se las explicábamos. Nos escuchaba nostálgicamente y nos asentía o disentía sin noción alguna.

Y así le pasó el tiempo, sin noción. De niños llegamos a jóvenes, luego a adultos y ahora ya somos ancianos.

Ya viejos aún nos gusta, y necesitamos, su compañía. Nosotros apreciamos sus palabras exactas, su afectividad y sinceridad. El no tiene noción alguna de nuestros sentimientos.

Ciertamente, en toda nuestra vida, no se apartó de nosotros porque realmente nunca se nos reunió. Siempre estuvo sin estar. Siempre hizo lo correcto y lo incorrecto sin voluntad concreta.

Cerca de su muerte vislumbramos en él cierto entendimiento personal. Ya tan viejo nos parece que a su muerte comprende que serán dos los que se marcharán: uno, aquel que nunca

estuvo con nosotros, él, en quien no habitó noción alguna, y otro, el que escribe estos párrafos, el que quiso con toda constancia estar entre nosotros.

\*\*\*

### **Cándido**

¡Oh, sonámbulo!

piérdete por el camino

de los necios que ignoran los abismos dispersos,

las agonías desperdigadas entre propios y ajenos.

Inexacto.

Bribón divorciado de la confabulación

que supone presumir diferente:

prueba mudez, solícito.

Olvidadizo que yerra,

vagabundea sobre la circunstancia que calla ocultar,

perecer quebrado, frustrado,

malogrado dentro de la fama,

la gloria y la celebridad cancelada por la nimiedad:

fatuidad de la labia,

que figura el engaño de la legión sumisa,

de la familiaridad aborrecida,

de las costumbres que a diario nos reúnen entre nosotros.



Rectificación quieta del compungido viento cierto  
del inagotable, irrestricto sepulcro nuestro.

Faceta esencia: Principio y Valor.

Enjundia accesoria

(parodia que evoca,

que omite y que encumbra)

el infructuoso, infecundo baldío augurar:

desertor de la poquedad, estéril de prolegómenos

de los miembros entreverados en un éxtasis liviano

de dedos y nervios

en estado capital,

sexo y demás,

demás y sexo,

vértebra y columna,

flaqueza y podredumbre,

olores a cientos

miradas a miles,

palabras y retuerces

encajes y bordillos,

sobacos y besos...

muslos y nalgas atrás.

Y después el todo pero la nada.

Arrumacos y estertores

—aunque empero dificultad de la causa—.

Facilidad para el orgasmo,

dificultad para entonces.

¡Oh!, desierto:

liberarse de las manos masculinas

y las fibras femeninas

y de la comunión del preludio:

introducción sinfónica.

armonía

fallecimiento

impugnación

nadería

exigüidad.

Base:

cimiento, fosa y sepultura.

Tumba ninfómana

lúbrica, lasciva, lujuriosa...

la negación invariable que destruye,

que arruina, que devasta

que pilla la mercancía, el artículo:

la Existencia,

la joya insignificante de la anarquía

que baña

que honra jubilosa la irreflexión inabordable,

inadvertible

(inasible)

del beneficio fútil del crédulo,

del ingenuo,

del cándido infantil,

monstruo humano.

*A Sole*

Hemos sido muy felices

Dependientemente felices

Pues ahora levanta vuelo

Libremente en Soledad

Vuela vuela eternamente

Y regresa de vez en cuando

Simplemente a visitar.

\*\*\*

**El hábitat**

Escuché a una señora decir a otros: –“¿Su casa? ¡Uhhh...! Su casa era un monoambiente, lleno de escritos y de libros. Yo no sé si eran muchos escritos y libros, pero para esa casa, seguro que sí. Eso le puede dar a usted la idea de la importancia relativa de las letras en la vida de ese hombre, y de la mujer que lo acompañaba. Si ese hombre tenía tanto espacio dedicado a sus escritos, en relación al resto de la casa usted ya se puede imaginar cómo sería en todos los

aspectos, hacia el exterior también. Entraba usted y se encontraba con el perchero de pared, de madera y bronce, realmente antiguo, con dos camperas gordas, colgadas de él. De otro costado, una cómoda blanca, con todo lo que hay que tener a mano. De frente, usted se topaba con la biblioteca por la cabeza y con la mesa a la altura del estómago. Luego, si miraba hacia el otro lado, se tropezaba con una gran cama que casi ocupaba la mitad del ambiente. Si volvía la vista al frente, se topaba con más y más libros y escritos, amén de todos los que ahora, usted en el medio del ambiente, en el centro del hogar y sin trastabillar con la gran cama, puede admirar como una montaña que se le está por caer encima. Torrenciales cantidades de carpetas, con el nombre del libro que se encuentra allí, cuadros familiares y de Borges. También una sugestiva estatua en la que las espaldas de una mujer son aferradas por las manos de un hombre. Bárbaro. Usted puede contemplar infinidad de carpetas finitas llenas de más y más escritos y más libros. Si se quiere tomar un respiro, mire adentro del *placard*, pero abajo, donde verá ropas, no arriba, donde, si abre las puertitas, se encuentra con más y más escritos. Pero levante usted los ojos y verá que se puede escapar hacia el alargamiento que hace la habitación transformándose, de biblioteca en cocina: allí no hay libros, o sólo algunos de cocina. Igual si entra al diminuto baño, con calefón eléctrico y tanquecito. Ni piense encontrar un teléfono o un televisor en esa casa. No tienen, van a las cabinas de teléfono, leen los diarios en los bares y, cuando pueden, van al cine. Pero a él le da igual: es su bunker ¿Sabe? Mejor dicho, él vive dentro de su taller literario, aunque el término le queda muy chico”

Al terminar de escuchar a esa señora, yo supe que se refería a mí.

\*\*\*

*“Nunca me tomaron en serio, si no, me hubieran matado”*. H de Z

## El autocontrol argentino

Una de las mayores virtudes, sino la mayor, del ser humano es el autocontrol.

Somos los únicos animales que racionalmente sabemos que, sí o sí, nos vamos a morir y sin embargo no andamos corriendo sin dirección gritando “¡Me voy a morir! ¡Me voy a morir!”, o, peor: “¡No me quiero morir! ¡No me quiero morir!”. Hay gente que se pasa cincuenta años sentada a un escritorio, tratando de no descontrolarse, y lo consigue. Por lo contado de los casos, los que se descontrolan salen en los diarios: “Asesinó a diez compañeros al grito de ‘¡soy el único vivo!’ y se suicidó”, etc.

A la luz de los hechos, los productores agropecuarios han sabido controlarse: los cortes fueron pacíficos y las provocaciones muchas. Y apoyan la decisión de la Presidenta de mandar las retenciones al Congreso.

Ahora el autocontrol sigue a prueba con más actores. Los diputados y senadores afines al Gobierno serán aconsejados –obligados– por este para que ratifiquen las retenciones o propongan modificaciones sólo aparentemente salomónicas que dejen a ambas partes, si no en paz, al menos, no en guerra como hasta ahora.

Diputados y senadores saben, porque han visto manifestaciones en contra por todos lados, que las retenciones son rechazadas de plano por sus votantes. De todas maneras el autocontrol los llevará a traicionar de nuevo –son los mismos del ‘corralito’– a la gente. El autocontrol más lo que haga falta los devolverá al verticalismo, a la obediencia debida y el mismo hará que, en el momento justo, aprueben la nueva medida de mano que le hace el Ejecutivo al mejor sector productivo del país.

Lo rescatable habrá sido la experiencia de algo parecido a una democracia directa, a la suiza, donde cada palabra del Ejecutivo es respondida por la oposición –nos referimos a cierto chacarero–sin protocolo, todo lo contrario, aunque en paz. Esto es muy importante como ejercicio ciudadano de democracia.

Ahora el autocontrol de cada diputado y senador se topará directamente con las morales, conveniencias y otras circunstancias que lo pondrán a prueba cuando voten en contra de la ciudadanía.

Pero no pasará nada. Será el enésimo saqueo del Estado argentino a sus propios ciudadanos y nada hace ver que algo vaya a cambiar. Algún cacerolazo más y la repetición de la ya clásica e infértil “Que se vayan todos”.

El autocontrol de los ciudadanos argentinos se debe a que viven desde chicos entre el saqueo, la trampa, otros crímenes y la muerte, en una gran villa miseria moral con nombre de república.

\*\*\*

**Decadente:** Lo que no se sabe de dónde viene ni a dónde va. Un libro decadente es el que no viene de nada (y/o) ni termina en nada. Una persona decadente es la que no sabe de dónde viene ni a dónde (quiere) ir. ¿Es entonces el existencialismo decadente?

\*\*\*

### **La sátira embestida**

La imagen del vientre joven  
(tenso, caliente y húmedo)  
juntándose con el mío  
que vence la desesperante resistencia  
penetrándolo,  
entre flujos y reflujos empapados  
convulsiva y rítmicamente  
por pocos segundos  
hasta acabar el deseo,  
el encontrarse frente a frente  
la imagen de una mujer joven  
con la de este viejo que soy yo,  
es el final para el comienzo  
de una nueva embestida.

\*\*\*

### **El primer beso que te di**

*al ser Granja de Zuasnabar*

Yo estaba muy ansioso.

El viaje de Rosario a Buenos Aires fue la última etapa de unas ganas de verte y adorarte que crecían a más no poder. Y el trayecto final hasta el aeropuerto, desde el centro hasta Ezeiza, fue el epílogo de una dulce espera.

Allí me coloqué estratégicamente en un punto equidistante a las dos puertas por donde saldrían los pasajeros que arriban a Argentina, vos desde Castro Urdiales, cerca de Bilbao, vía París.

Desde ese punto se podía ver, a través de una ventanilla aduanera, si los pasajeros optaban por una u otra salida. Yo vi que ustedes se inclinaban por la puerta de mi izquierda, por lo que grité, a los que habían ido conmigo a recibirlos, que saldrían por ese lado. Me adelanté a ellos abalanzándome hasta allá y aún más allá de donde la policía permitía, alegando: –Es sólo un segundito.

Pero sé que te hice esperar. Al traspasar ustedes tres la puerta lo primero que dije fue: – ¡Hola, hijita! – y besé a Sole antes que a vos. Pero no te olvides que, en el abrazo que le di, también te incluí.

Luego, incluso, saludé antes a José. Qué querías que hiciera, es el marido de mi hija.

Pero después sí, me concentré todo en vos, puse mis pensamientos, sentimientos y emociones... solo en vos. Te sentí palpar dentro de mamá. Te miré de refilón, en contraluz, y, con un movimiento rápido, te di nuestro primer beso, por encima de las ropas de Sole, iniciando nuestra confabulación, con tu mamá aún entre medio, sí, quien, sólo por el momento, se interpone en nuestras andanzas...

\*\*\*

## **La vida y la muerte**



La vida (la vida de cada uno, por ejemplo la vida del que lee esto) es todo. También es nada (si se piensa en que uno sufre, enferma y al cabo muere).

Entonces, abarcando de extremo a extremo, se puede decir que la vida, ciertamente, es todo lo que hay. Al menos, terrenalmente hablando. La muerte está, después de mucho (o poco) meditar, inexorablemente descontada por segura. De allí la esperanza no terrenal: “la tumba es la cuna de los dioses”.

Siendo tan así, Calderón, por ejemplo, dijo que la vida es sueño y que los sueños, sueños son. Y tenía razón, mirándolo desde esa óptica.

Entre todas las posibilidades que otorga la vida al ser todo –y parafraseando a Calderón– también se dice que la vida es un juego y que los juegos, juegos son, donde a veces se gana y otras veces se pierde, incluyéndose en ‘pierde’, el morir.

En este juego de la vida, en consecuencia, lo que importa es el cuándo de la muerte. Cuando más lejos, cuando más tarde, mejor. En todas sus posibilidades, en la definitiva como en las parciales que se viven en cada derrota cotidiana, hay que procurar ‘no perder’. Se intenta ganar continuamente. Es ciertamente agotador. Pero así es el juego, la vida, lo único que tenemos. Somos conscientes de ello, por eso Ciorán dijo “la humanidad es un defecto de la animalidad” y algún psicólogo dijo que “...hay que tratar de no descontrolar: el autocontrol es la mayor virtud humana”.

Por ejemplo, y resumiendo, ya sabemos que nos vamos a morir. Olvidemos eso: hay que (mientras tanto) comer todos los días. O hacer el amor (¿Por qué no?). O tantas cosas más hasta que no nos preocupe nada, al menos, nada terrenal. Porque asimismo sabemos que no vamos a enterarnos realmente si existe o no algo ‘después’ –celestial o infernal– hasta que no

nos muramos. Por lo que, momentáneamente, podemos dejar de lado el posible juego futuro, sólo cumpliendo, en mayor o menor medida, con los ritos religiosos periódicos. Depende de cada uno. Hay quienes dicen que, para competir, es mejor la conciencia sucia, otros, limpia.

Entonces se dice que la vida es un juego o como un juego. Pero no se lo dice con alocado desenfreno ni siquiera con absoluta alegría. Porque la vida es un juego de reglas establecidas por uno y por otros. Por aquello de “los derechos de uno terminan donde empiezan los de los demás” y tantas ‘convenciones’ más que, en todo juego, hay que respetar. Porque si en los juegos no se respeta el reglamento, las normas consensuadas por todos los participantes, no se estaría jugando. Sería otra cosa a definir. Seguramente muy vital, como los sueños y los juegos, pero no exactamente lo que se entiende por juego, que es el aspecto que ahora estamos tomando entre todos los que le podemos adjudicar a la vida, que –como hemos dicho– es todo, incluido la nada.

Es fácil ¿no? Ya jugué. Le toca a usted.

\*\*\*

*“En mis titubeantes creencias, entiendo que realmente estoy viviendo la vida porque soy infatigable hasta para el desánimo”.* H de Z

\*\*\*

“La mayor tristeza que podría imaginarse es la de llegar a ser incapaz de lujuria”. C.

Chaplin

\*\*\*

Fernando era un tipo de poca suerte.

–Depende–corregiría él–, mujeres he tenido a montones. Cierto es que no puedo tener la más puta idea de cuántas ha tenido el resto de los hombres pero intuyo, que a la mayoría les gano holgada, olímpicamente.

Y se recostó en el sillón hamaca de madera, viejo pero noble como aquél de la casa grande, familiar, en su Rosario natal.

–Qué gillipollas que eres, Fernando– se dijo balanceando suavemente el sillón y comenzando ritualmente a liar un puro de hachís–Qué desdichado, alardeando de tantas mujeres que ya no están por ninguna parte, al menos para vos.

Y los ojos se le pusieron rojos y llenos de lágrimas; respiró hondo y con el movimiento le resbalaron hasta el cuello, que estiró como para sentir las todo a su largo.

–No dejas de ser machista, macho–se sentenció con la primera calada – con cuarenta y cinco años, pichón, cuarenta y cinco tacos.

Se levantó y fue hasta la ventana de su habitación, la penúltima por la izquierda del primer piso del *Palace Hotel*. La abrió y se asomó justo cuando pasaba una espectacular cliente que lo miró inquietantemente.

– Subí, nena, que te lamo toda– le murmuró inaudible, pero ella lo captó y con un hermoso movimiento de melena siguió su marcha. Fernando se quedó viéndole la perfecta

silueta: cabello, espalda, trasero –especialmente– y piernas; embutidos en perfecto traje chaqueta Chanel.

– ¡O la la, baby! ¡Cómo te contorneas! ¿No hubieras venido con papá?– insistió para sí mismo, al tiempo que, al resguardo del marco de la ventana, se empezaba a frotar sus genitales. Terminó el puro y, ya entonado por todas las circunstancias, cerró la ventana, puso una cinta de Cat Stevens en un destartado radiocasete, cogió del cajón de su mesilla de noche un *Man* con fotos eróticas de mujeres y se tiró en la cama.

– No has dejado de pajearte en toda tu vida, Fernandito– se dijo entrándole la risa tonta, algo nerviosa pero que con dos fuertes suspiros tranquilizó. Cerró los ojos y se relajó.

Al rato se desnudó completamente:

– Pero si te vas a tener que volver a vestir, como quien dice –parodió– dentro de medio segundo. No importa, Fernandito, no importa, ya sabes que vale la pena, siempre valió la pena: las pajas son las pajas.

Y le volvieron a rodar las lágrimas y él se preguntó, como tantas veces, siempre, sobre la naturaleza de esas lágrimas.

– Soy un hippie viejo, siempre fui un hippie viejo.

Y las lágrimas ya le cayeron abundantemente, pese a sus ojos cerrados pero, para nada desanimado en su cometido, como si todo fuera parte de una función, comenzó a tocarse suavemente con las yemas de los dedos el pecho y los brazos, hasta ponérsele piel de gallina y moverse como por escalofríos, que hizo a continuación desaparecer con fuertes masajes, desde los pies al cuello. En la cabeza no, porque una de sus mujeres, novia por dos años, antropóloga y bailarina, le había enseñado que a la energía se la corría hacia los pies, hasta salir por ellos, nunca por la cabeza. Y por los pies también le había hecho salir por no reunir – ni demostrar poder hacerlo– los requisitos económicos y de triunfo a que ella aspiraba.

– Me diste un plazo aceptable, lo siento– solo había atinado a decir ruborizado, entre lágrimas como de costumbre, aunque si algo en él apreciaban sus mujeres era su franco y fácil trance de la alegría a la penuria y viceversa, inclusive ambos estados entremezclados.

La *mise en scene* continuaba, y Fernando se empezó a masturbar, pero lo distrajo *Father and son* de Stevens.

– Ay, Pedro, hijo, cómo te irá la vida.

Se incorporó, fue hasta una fina cómoda propiedad del hotel, cogió delicadamente la foto de su hijo y la besó. Mejor dicho *lo* besó porque a él le constaba en sus sentimientos que cada vez que daba un beso, cada vez que acariciaba su mejilla a una foto de su hijo ‘realmente’ le daba un beso, ‘realmente’ frotaba su mejilla contra su hijo.

– Cómo te quiero, Pedro, cuídate, por favor, pero no dejes de vivir ahora y en la hora de mi muerte, que así lo manda Dios: los padres abriéndote camino, hasta en la muerte, mi niño, hasta en la muerte. Dios mío qué susto, Pedrito, qué susto.

Y las lágrimas se le mezclaron con las sonrisas a su hijo. Depositó la foto con tanta devoción como la había levantado, en el mismo lugar y retocó la posición. Siguiendo la música elíptica y ágilmente fue, echando besos a otras fotos de su hijo fijadas en la pared, hasta un mueble biblioteca atestado de libros de donde cogió una pequeña, fina y vieja petaca de whisky, dio dos cortos tragos, la dejó, suspiró por enésima vez y, mirándose al espejo biselado del armario, dijo en voz alta: –Habiendo cumplido con las obligaciones familiares vuelvo a mis quehaceres.

Se volvió a acostar, encendió la luz del velador para ver mejor y abrió la revista en un punto en que ya se abría sola, donde otra espléndida beldad se le ofrecía sólo celulosamente.

–Ya bastante haces, monadita, ya bastante – y retomó su masturbación, hasta correrse.

Luego abrió nuevamente el cajón de la mesilla, reintegró la revista a su lugar y del mismo sacó unos *clinnex* con los que se limpió el semen. Intentó encestar los pañuelos en la papelería pero erró el tiro, por lo que se levantó imitando a quien eso le fastidiaría y los metió adentro.

– No soy Michael Jordan precisamente, en fin... – y aprovechando que ya estaba de pie se fue al baño. Frente al espejo y sus luces, se afeitó estudiándose la cara y, de paso el cuerpo, sus arrugas aún no escandalosas pero notables, sus carnes ya flácidas. Se estudió principalmente los ojos, la mirada, largo rato. También los dientes mientras se los cepillaba con dentífrico y perclorato contra las manchas del café y del tabaco. El perclorato era otro consejo de sus mujeres, otra bailarina, y escritora. Ella luego lo había dejado para irse con un gran escritor, ‘solucionando’ su vida.

– Se te juntó con un gran escritor, no como vos, frustrado tontito, Fernandito, rimas con tontito y con pobrecito –. Esta vez no le cayeron las lágrimas: estaba muy atento mirándose:

– Vives en el *Palace*, chaval, qué te quejas.

Fue entonces hasta el armario, salvando la mesa de la máquina de escribir, rodeada de folios, a la que le dio dos palmaditas.

Abrió el ropero y descolgó el traje de portero con el que trabajaba en la puerta principal del *Hotel Palace* de Madrid:

– Por lo menos, macho, te han dejado vivir en esta habitación, por lo menos. Qué afortunado eres Fernandito, qué afortunado.

Esta vez sí le cayeron las benditas como malditas lágrimas. Se vistió y se fue a trabajar.

\*\*\*

*“Hay grandes hombres que hacen a todos los demás sentirse pequeños. Pero la verdadera grandeza consiste en hacer que todos se sientan grandes”.* Ch. Dickens.

\*\*\*

*“Lo único que la vida nos pide es que, al cabo, nos muramos”.* H. de Z.

### **Vamos, padrino, todavía**

*a José Antonio Mendoza Casacuberta*

Me pongo a escribir por la motivante razón de haberme dado cuenta de que, después de treinta y cinco años de haberle pedido a Dios, encarecida, desesperadamente que no matara a Tato, mi abuelo, recién ahora se me presenta una oportunidad equivalente y es con mi padrino, José Antonio, quien, desde que mi padre muriera, hace casi treinta años, asumió en concreto su compromiso bautismal, siendo un gran padre, contenedor y amigo. Es muy probable que, a su manera, José sea mi siguiente Tato, es decir, el hombre mayor de la familia por quien me he sentido más querido.

Aquella vez de Tato Dios hizo caso omiso y me dejó muy solo aunque fuéramos tantos en casa. Mi dolor fue tan desconsolado que, taxativa, prolijamente, maldije a Dios. Ahora se me presenta una circunstancia similar. Yo puedo rogarle encarecida, incluso de nuevo,

desesperadamente a Dios para que mañana, cuando operen del corazón a José, con sus 81 años auestas, que no me lo mate, que me lo deje un tiempo más, hasta acostumbrarme más a la idea, por ejemplo. Y si mañana lo llegara a matar, yo podría de nuevo patear a Dios hasta agotarme, como lo hice cuando mató a Tato. Pero recién (no sé si porque aquella vez yo tenía 13 años y esta vez tengo 48, pude haber *crecido*), mientras pensaba en las posibilidades relacionadas con cómo me comportaría, qué haría esta vez con Dios, si le pediría, ahora mismo, que salvase terrenalmente un poco más a mi ya salvado eternamente padrino, y mañana –según Él dispusiese–, cómo reaccionaría yo: si a las puteadas o más resignadamente que en la nunca bien superada vez de Tato. Mientras barruntaba qué actitud asumir frente a Dios –cómo tratarlo, decía– de forma muy espontánea e inesperada le agradecí el padrino que me estaba dando hasta ahora, por todo el tiempo concedido, sin mencionarle mañana. Lloré de alegría, no de desconsuelo como aquella vez. Para mí, ya no me importa lo que ningún Dios haga, sólo me importa lo que hago yo.

\*\*\*

*“La reflexión calmada y tranquila desenreda todos los nudos”*. Harold Mac Millan

\*\*\*

### **El escritor y la peluquera**



Querido amigo,

te escribo para reseñarte qué es de mi vida. Espero no preocuparte.

    Mi concepto de lo que es, o era hasta estos días, una peluquera está variando.

    Para mí, antes, una peluquera cortaba fríamente el pelo de mucha gente anónima. Ahora es diferente. Me encuentro viviendo con una peluquera.

    Al principio, Imelda no fue para mí una peluquera. Fue, en todo caso, una chica que me levanté en Torremolinos.

    Hoy, Imelda, sigue siendo –cada vez con más gusto– la nena que me ligué y que ligo cada noche. Es una muchacha, para estos efectos, sensacional, sin nada de peluquera.

    Sin embargo, Ime es peluquera y hoy recibió al técnico de la alarma contra los ladrones y le espetó que tenía el pelo, especialmente las puntas, demasiado largo y desprolijo. A lo que él contestó que, en efecto, ya se lo habían dicho, para preguntarle, acto seguido, cuándo se lo cortaría. Convinieron –no puse atención– un momento dado.

    Luego, yo me vine a escribir y no me enteré muy bien qué sucedía en la casa. La cuestión es que, después de un rato, me levanté y me dirigí al salón, para ver qué pasaba, puesto que no escuchaba voces. Aparecí sonriente, por fortuna, ya que me encontré con que Imelda estaba, sumamente concentrada/compenetrada, cortándole el pelo a un chaval de su edad, más o menos, en el centro del salón y el cliente ataviado, como es de rigor, con su bata plástica, tan típica de las peluquerías modernas, y rodeado, en el suelo, de sus propios pelos. Los que Imelda había seleccionado para su tijera y –tómese debida cuenta– para la bastante buena idea de cabeza que, a mi gusto, le estaba diseñando a su amigo mientras, otros dos más, una pareja, miraba con cierto embobamiento de legos y de goce, el obrar de Imelda y la confianza, cabalmente demostrada, de su amigo, bajo esas tijeras.

La escena, entonces, cambió mi concepto de lo que es una peluquera. Ahora, que le he visto el rostro humano, una peluquera es como un escritor, es como yo: escribe en las cabezas, especialmente en las de sus amigos, sin coartarles la posibilidad de que esas peloideas les crezcan en libertad.

\*\*\*

*“La Iglesia debería figurar en el ranking de empresas y poderes del mundo y como tal, dedicada a la explotación de la fe”.* Juan Manuel de Zuasnabar (p)

\*\*\*

De pequeño,  
empezó todo de pequeño.  
Yo era pequeño.  
Muy pequeño.  
Tan pequeño, que necesito repetir pequeño.  
Era tan pequeño.  
Yo era tan pequeño y  
empezó todo.  
Empezó todo...

Tan de golpe,  
tan,  
tan...

No sé decirlo.

Era tan pequeño.

Yo era tan pequeño, para todo.

Todo era tan,

tan difícil,

tan difícil,

tan...

Que yo,

que yo.

Yo era muy inocente ¿me entienden?

Yo era tan pequeño que

todo era tan grande,

tan lindo,

tan monstruoso,

tan...

Que yo me quedé.

Me quedé como muy impresionado, muy loco, muy

seducido, aterrorizado y...

desolado.

Tan desolado.

Tan, tan desolado

que crecí.

Crecí mucho,

mucho, mucho.

Tanto  
que me hice grande.  
Como todos.  
Por afuera,  
por afuera y  
dentro, tan dentro  
quedé muy chico.  
Muy chico.  
Como vos.  
Como vos  
cuando me ves.  
Cuando me tocás.  
Cuando...  
Cuando no estás.  
Como siempre que  
estás y yo no lo sé.  
¿Ahora estás?  
¿Dónde estás?  
¿Me oís?  
¿Pero me oís de verdad?  
No me oís.  
Porque no estás.  
  
Siempre estoy solo.

Y me hice grande.

Me hice mayor.

Me hice hombre.

Me hice macho.

Me hice la paja.

Tantas veces me hice la paja.

Moriré haciéndome la paja.

Total,

no vas a estar.

No va haber nadie,

no va haber.

No va haber nadie,

no va haber,

en mi entierro.

¿Es que alguien me va a enterrar?

¿Quién?

Que lo diga ahora.

Que no lo diga después,

cuando ya esté muerto.

A ver si no me gusta.

Justo ahí,

en el entierro.

¡Qué cagada de último momento!

Loco,

\*\*\*

### **Esa vieja manera argentina de hacer política**

En un artículo anterior, hice alusión a la necesidad de la participación ciudadana para que a la Argentina arribe, de una vez por todas, la democracia real. Democracia que, por descontado, excluye ‘la vieja forma de hacer política, ésa que hay que desterrar’, según se refieren eufemística y cínicamente los mismos políticos que la han venido practicando hasta hoy.

No está tan equivocado el FMI (si en algo está equivocado en sus claros objetivos) al decir que “la Argentina debe tener algún problema psicológico para no poder superar la hambruna de su pueblo”.

Por un lado, el problema psicológico lo tienen los dirigentes argentinos de cualquier bando, los que nos venían diciendo que en democracia nuestra economía y seguridad general mejorarían, mientras que, en realidad, ellos mismos pronunciaron hasta hoy cada vez más (y lo siguen haciendo) la última y terrible pendiente en la que nos metieron las fuerzas armadas y sus ministros civiles, quienes ahora andan a insolentes abrazos televisados entremezclados con nuestra actual clase dirigente, nuestros democráticos políticos.

Y, por otro lado, la culpa la tenemos nosotros, que los hemos votado. Y a quienes –de no tomar la ciudadanía alguna seria decisión– tendremos que volver a votar, entremezclados, camuflados entre mandados a ‘poner cara de nueva forma de hacer política’.

No estaría mal, al respecto, preguntarle a los políticos en actividad a qué forma de hacer política ellos adscriben hoy y, a continuación, la razón por la cual abandonan la vieja forma que, como políticos de raza que se dicen ser, venían practicando hasta ahora, desde hace décadas. ¿O ellos piensan que nos pueden hacer creer que nunca se enteraron de la existencia de esa ‘vieja forma de hacer política’ justamente mientras la practicaban? ¿O, por casualidad, pertenecen a otra raza que no sea la autóctona, la simplemente argentina? ¿Nos van a decir ahora que no eran de ‘la raza política argentina’ sino rara avis y, además, autistas?

En todo caso, si nunca se enteraron de nada, son muy incompetentes, cosa que, por otro lado, tienen sobradamente demostrado en lo que puntualmente se les ha encomendado: mejorar nuestra calidad de vida. No sólo la de ellos, y menos tan pero tan a expensas nuestras. Hasta los argentinos tenemos un límite. O quizás no: habrá que ver los próximos informes psicológicos del FMI.

Esta dinámica, claro está, nos involucra, porque todos hemos participado de la misma cultura. En Administración se afirma que, para renovar una empresa, a veces es necesario remover a sus directivos, ya que éstos pueden conservar poder formal pero no autoridad para hacer cumplir algo que ellos mismos nunca cumplieron. Esta fue una de las razones que esgrimieron nuestros democráticos políticos para echar a miles de empleados públicos. Y al resto de argentinos soltarles definitivamente la mano al malvender a manos privadas el patrimonio público. No hablemos ya de dónde está la plata de esas ventas y las respectivas coimas correspondientes de esa ‘vieja manera de hacer política’.

Es de desear que, cuando legalmente se indique, votemos de nuevo. El surrealista “basta” vicepresidencial es un excelente hito para que, primero, tomemos debida nota de quién es quién, de su trayectoria y, en su caso, interesándonos en que se haga cargo de ella y, segundo, para no votarlos nunca más, a ninguno de todos los que lucraron o le hicieron la

vista gorda a ‘esa vieja manera de hacer política’, a esa espantosa corrupción moral y económica evidenciada en el trágico contraste entre la situación de la inmensa mayoría de los argentinos con la de ellos, los dirigentes, ofensiva ya hace rato en algunos o todos los aspectos.

Y es que no se puede, desde una crónica élite que ya ha dado constantes e incontestables muestras mafiosas, decir con credibilidad, con autoridad que, de ahora en más, el clan no será más mafioso. Como tampoco se puede decir que se está con el clan para intentar, desde sus entrañas, que haga menos daño (como han dicho senadores, camaristas y otros funcionarios, para conservar sus cargos), y menos entonces si esa mafia hace aún más daño y el individuo en cuestión no hace absolutamente nada, no destapa a nadie, no logra nada republicano y democrático. Por el contrario, sólo goza con los venales de las mieles del poder y de una injusta gloria.

En cierta manera, en la organización argentina, todos hemos participado de esa cultura corrupta. A casi ningún argentino que ha votado a todos estos representantes le resta tampoco mucha autoridad moral. Me incluyo, si me engañaron es porque yo no me ocupé lo mínimo necesario en averiguar a quién le daba mi mandato. O me dio igual, que es peor. Ahora, con la autoincriminación del “basta” vicepresidencial se ha sumado un conflicto organizacional más: el ápice estratégico, los dirigentes, en abierto conflicto de ‘intereses’ (ha leído bien) con la parte operativa, la ciudadanía, sus operarios.

Los dirigentes ya tenían pensado soltarnos la mano mucho antes de asumir el poder: lo tenían, más o menos en forma consciente, planificado culturalmente. Yo me pregunto ¿Qué nos tienen que hacer todavía para que nosotros le soltemos la mano a ellos, que son sólo unos pocos, y a quienes ya le hemos dado casi todo?



Sobran argentinas y argentinos bienintencionados, los tenemos al lado, a montones; todavía creo que son mayoría. Y no creo esto por un estúpido patriotismo, sino porque no tengo constancia de ningún país en el mundo en que los malos sean mayoría. ¿Lo son en Argentina? Como sea la proporción, no deja de ser indudable que es hora de empezar a cambiar, si queremos sobrevivir.

Nuestra participación en la vieja forma corrupta de hacer política sólo se ha limitado (que no es poco, sino todo lo contrario) a votar a probados y claros incompetentes, delincuentes y/o encubridores. Todos lo sabíamos, además lo seguimos corroborando día a día: con sus permanentes internas, divorcios y amiguismos, con nuevos impuestos, con menos salarios, con más deuda externa, y con más lujos y prerrogativas sólo para ellos.

Antes nos decían que íbamos a comer, a educarnos, a ‘sufrir’ un bendito salarizado, a entrar radiantes al primer mundo. Y nos echaron de comer cada vez más miseria. Ahora nos dicen, en plena cara, que quieren dejar de hacer ya ‘esa vieja manera de hacer política’; es decir, nos dicen tan tranquilamente que dejarán de ser corruptos y que, para eso, los mantengamos como nuestros dirigentes. ¿Pero se ha visto mayor desfachatez?: lo dirán las próximas elecciones, cuando los argentinos entren al cuarto oscuro para elegir al gobierno que, seguramente, se merezcan.

\*\*\*

*“Los hombres cuando envejecen no dejan de enamorarse, envejecen cuando dejan de enamorarse”.* G. García Márquez

---

\*\*\*

### Historias de las Naciones Unidas

Bryce está cansado, harto de la "inestabilidad" del mundo. Ve cómo los focos de violencia estallan por todas partes y cómo luego, *a posteriori*, da órdenes a sus "casco azul" para sofocarlos. Está harto de actuar 'después de que'. El Consejo de Seguridad le es absolutamente fiel. Había logrado que antes lo fuera y que en el futuro lo siguiera siendo, aunque cambiasen sus representantes, cualesquiera fueran sus países de origen. Están todos, si no comprados, comprometidos, atados, o todo a la vez; más, mucho más corrompidos, vencidos, desquiciados que sus propios 'representados', la población toda de la tierra, ricos y famélicos.

No muy ocultamente, Bryce cada día alterna con funcionarias, diplomáticas y "cualquier otra puta" –como a él le gusta decir–, se emborracha malamente y no pocas veces toma las principales decisiones en esos momentos.

Lo quiere controlar todo, pero paradójicamente ve, por ejemplo, que no lo está logrando en su propia casa. –Eres un desgraciado–le repite minuciosamente su mujer, a solas como en público, a gritos como con la mirada. Por muy 'diplomático inglés' que había nacido, repetidas veces no se contiene y arremete contra todo lo que a su paso se le presenta. En su residencia rompe vajillas y cristalerías contra las paredes, su mujer y la sumisa sirvienta negra. Con el mundo siente la misma necesidad de romper. Bryce todavía conserva cierta lucidez en su ya bien probada inteligencia y a sí mismo no se oculta que no le quedan

vestigios de moralidad, ni de 'sensibilidad'. –Maricona sensibilidad– piensa cuando un país, un pueblo le implora. Sabe –porque es culto– que los pueblos siempre resisten, que desde siempre se enfrentaron a sus opresores con un coraje que él no conoce ni entiende. Con un coraje que ciertamente no le importa nada porque también sabe que todos los pueblos son nuevamente sojuzgados, liquidados sus líderes o simplemente comprada la traición.

En el tranquilo y elegante despacho del Secretario General de las Naciones Unidas, este hombre planea, ni serena ni elegantemente, sus cosas: 'las jornadas de pacificación', eufemismo que utiliza para denominar las salvajes 'intervenciones' de las fuerzas multinacionales a sus órdenes, una que otra traición a compromisos humanitarios y puntuales –necesarios–asesinatos particularizados, incluido el de su mujer. Bryce sabe que asesinar a su esposa no es más que uno de sus berrinches, un exabrupto casero no a la altura de sus responsabilidades internacionales y esto es, justamente, lo que más le exaspera, tener que ocuparse de *gilipollices*. Por lo que levanta el teléfono y en menos de media hora su residencia es volada por una bomba con mujer y sirvienta incluidas. –Me dio pena por la negra– dice el Secretario a su circunstancial compañera de cama y alcohol– la negra ya fue sirvienta de mi madre antes que mía y lo cierto es que no lo hacía tan mal.

Se levanta de la cama sintiéndose deprimido, piensa que ahora, por toda familia, le queda su hija en África, en abierta confrontación contra el 'orden' que él establece. Aspira dos anchas rayas de cocaína, espera un momento, se despereza como un niño, cierra y abre los ojos varias veces y con rapidez, sacude la cabeza (como lo haría un loco o un payaso), se viste con pulcritud y se va protegido por un espectacular despliegue de seguridad. Se detiene antes de subir al helicóptero, se toca la barbilla, hace un ademán llamando a uno de sus hombres y le dice: –Bob, dos cosas: se me fue la lengua con esa que quedó ahí dentro, así que ya sabes, y

mañana mismo quiero sobre mi mesa un proyecto de reactivación del programa de pacificación de los que lidera mi hija.

\*\*\*

*“Con el puño cerrado no se puede intercambiar un apretón de manos”.* Mahatma

Gandhi

*“Hay que saber cuándo ser menos macho y más hombre”.* H de Z

\*\*\*

### **La mordida**

*al C.E.M.A.R. “Dr. M. H. de Zuasnabar”*

El hombre huía por razones no cuestionables. Si lo encontraban, ciertamente, lo iban a matar, y no rápidamente. Cansado de su propia complicidad con este corrupto, alto dirigente de la ciudad, la provincia y la Nación, (pero perteneciente a la baja calaña de los traidores a la Patria) el pueblo argentino primero lo había sacado a empujones de su trono y ahora, después de despojarlo de poder, lo buscaba ya expresamente para matarlo, porque no hay mayor fanático que un pueblo culposo y converso, reconvertido. Este ahora desesperado dirigente prófugo, harapiento, famélico y sediento, al fin redescubre el amplio río, al que se le inclina

ávido, y bebe hasta saciarse lo suficiente, para recién percatarse de que, casi a su lado, humean aromáticamente unas fabulosas albóndigas de carne, dispuestas entre también sabrosos fideos, los cuales, excediendo el mismo plato, exuberantes, llegan hasta el mismo río.

Bastante saciada su sed, a Herpes Bitter , dirigente en cuestión, le restaba el hambre, ahora exacerbado por las tentadoras albóndigas. Miró alrededor. Silencio. Ningún movimiento que no fuera producto de la natural brisa. Entonces, mal acostumbrado, se arrojó desesperado sobre el plato y, acostado boca abajo, empezó a comerse las albóndigas. La primera de un saque. Las dos o tres siguientes casi en forma análoga a como se había comido los bienes y dineros de todo el pueblo, pese a que lo habían dejado robar y hasta, incluso, matar. Pero, disimuladamente, por daños colaterales, con elegancia.

Pues bien, ahora que lo iban a matar a él, y sin embargo Herpes, (el herpes es una enfermedad muy antiestética) era ajeno a cómo lo perseguían, había saciado su sed y ya estaba, sonriente de nuevo, engullendo una tras otra las albóndigas y maquinando nuevos desmanes. Pero de pronto, toda su situación retrocedió hasta cuando huía ya sin fuerzas, perdido. Después de chupar bastante, de tironear infructuosamente, sintió un terrible dolor, un terrible pinchazo en su estómago, un fuerte tirón desde afuera y un desgarró desde el estómago, hasta la misma boca.

Espantado de dolor, Bitter –por lo amargo, en inglés– enloquecido del todo, agarró con sus manos el resistente fideo y volvió a tironear, recibiendo como respuesta un nuevo tirón que, además de producirle un sufrimiento claudicante, lo arrastró, con la mirada dispersa, hasta adentro del río, nueva Patria cuyo ambiente no propicio para su respiración terminó por matarlo antes de que lo masticaran sus nuevos ciudadanos, que no se cansan de repetir a los pescadores que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

\*\*\*

### **La muerte es un sueño breve como la vida**

– ¿Y tú? ¿De qué te vas a morir?

– Yo de suicidio, porque si no moriría más adelante en accidente no socorrido, con agonía, dolor máximo, y no me interesa.

– ¡Ah qué bien! Yo de pulmonía.

– ¿Ah, sí? ¿Cuándo?

– El 12 de octubre de este año. ¿Y tú?

– Dentro de veintidós años, el 14 de julio...

– ¿Y tu suicidio será muy meditado o impulsivo?

– No sé como llegaré a él, no me dieron los pormenores. Estoy expectante por saber cuáles son.

(Los sádicos le darían ese día a optar entre su vida y la de su amor, y se suicidó, entre otras cosas porque a su amor también le habían dado a optar, entre los dos, habiéndose elegido a sí misma).

## Te declaro mi amor

*a Alejandra*

Esta joven señora muy recientemente separada se me ha presentado con todas.

Parezco exagerado pero creo que puedo decir que, en conclusión, la considero sensacional. Y aquellos defectos que en un principio le pude adjudicar, hoy ya casi no existen, y, los que persisten, ya casi también entran en un hecho espectacularmente normal y apropiado para una mujer completa, quiero decir el que hace a una espectacular, íntegramente considerada, doña Alejandra Lucía.

Que no es poco.

Y esto en un período de tiempo a toda marcha entre ella y yo, que incluimos dentro de las particulares vidas de cada uno, con el resultado de que todo se mezcla. Y así también sale bien. Alejandra, incluyendo de inmediato su vorágine laboral y familiar. Yo, incluyendo desde el inicio rollos propios que ni mi analista puede cuantificar y, menos, cualificar. Supongo que ella también tiene los suyos. Y nos sigue saliendo bien. Es a cada momento más alentador, yo diría sin sentirme cursi ‘humanamente encantador’.

Alejandra tiene dos nenes, de cuatro y seis, igualmente agradables, obviamente, cada uno en su tipo. Encantadores y mimosos. Como yo, al menos en lo mimoso. Más la mimosa Alejandra, un montón de mimos compartidos que, cuando vuelvo a casa y estoy solo, añoro. Sí, los añoro a los tres. Y agradezco no sé a quién –si a alguien se lo agradezco– (¿Y si me lo agradezco directamente a mí?) el tenerlos a los tres cerca aunque estén en otro barrio de esta

populosa urbe llamada con acierto ‘El Gran Rosario’: *rosario* de vías crucis. Por fin vivido y sentido plenamente por primera vez desde que regresé a Argentina. Y esto –también es evidente– ya es mucho, sin ser demasiado.

Ahora a solas me pregunto ¿y si pongo un negocio con Alejandra?, por ejemplo. Y de ahí continúo con otras posibilidades que conduzcan a no alejarme de Alejandra y sus nenes. E imagino escenas familiares. Y me pregunto ¿yo sería capaz de llevar una buena vida, en la mayoría de los aspectos, con ellos tres? Y no me asusta la idea. Por el contrario, la veo con legítimo interés.

¿Me entienden, no?

Entonces yo respiro hondo, y me levanto a ver cómo van los zapallitos que estoy haciendo en la olla *Essen* que de mi última ‘experiencia’ de pareja (¿fracaso?, ¿éxito? no sé) quedó en casa. De eso hace ya ocho meses.

Alejandra es una calentita en la cama, como yo. Es inteligente a su manera, manera que distingo pero que nunca le podría superar en eficiencia práctica, como en la que ella aplica para afrontar las vicisitudes que sufre con su Pyme ante la economía argentina. Vicisitudes que por primera vez yo vivencié.

Y estoy consciente de que todo este sentir por Alejandra es muy prematuro, y esta idea me hace pensar que puede existir en mí un ansia quizás reprimido, pero ansia al fin, de vivir en familia, yo, que siempre he estado medio solo.

Quiero que entiendan que casi no me puedo detener a sopesar los ‘contra’ que posiblemente hubiera si me fuera a vivir con Alejandra, porque prefiero dedicarme a elaborar mentalmente los ‘pro’, los cuales me producen un vértigo ante el cual casi necesito levantarme ahora mismo e ir a ver cómo están los zapallitos, e intentar relajarme, y luego



comerlos. Y después de lavarme los dientes, acostarme en la cama fría, porque no está Alejandra.

\*\*\*

Yo extraño más a  
las personas vivas que a  
mis muertos.

\*\*\*

### **De la nueva literatura inglesa**

Abel era un pordiosero que recogía las colillas que los transeúntes tiraban.

Federico era un millonario que compraba sólo la marca más cara de cigarrillos.

Abel encendía sus colillas con los encendedores descartables que Federico desechaba casi llenos.

Un día, una partida vino fallada pero igualmente fue comercializada.

A Abel, un encendedor le estalló muy cerca de la cara, por lo que cayó, en el acto, muerto.

A Federico le estalló otro, a 100 mm., por lo que debió repetir la cosmética de la mañana.

\*\*\*

“La verdad es que yo necesito compañía para vivir, no para morirme”. H de Z.

\*\*\*

### **En el Caribe *is different***

Helena era una tipa con mucha suerte.

– Marisa, amiguita de tantas fechorías, no te lo quería decir en Madrid para decírtelo aquí, en el Caribe, entre tantos negritos buenorros... –. Y riendo con esa alegría un poco cascada por treinta y cinco intensos años que ambas ya tenían levantó la fina copa de champagne.

– Por favor, Helena, cuéntamelo, venga, no te hagas desear–le replicó libidinosamente su amiga, que siempre había jugado a la ambigüedad.

– Iberia. Vino el director para España y me dan la cuenta de Iberia, por eso hoy estás, como nuestros machos *ibé...rrricos*, follando en Santo Domingo.

– Una vez más...

– Una vez más, no dejemos de follar, pero ¿no te alegras?

– Sí Helena, claro que me alegro, dame un beso–y le adelantó los labios, como una adolescente, apretando los ojos.

– Ya sabes que no me gusta que nos besemos en los morros, me da asco. El director dijo que, de seguir así, también me darán Repsol.

– Siempre supe que harías carrera en tu asqueroso mundillo de la publicidad, enhorabuena, *my friend*–y brindaron para, a continuación, estrellar entre risas las copas cerca de las piernas de un camarero negro, que les rió entre educado y salvaje.

– ¿Te lo quieres tirar para festejar?

– No, Marisa, ahora mismo no, gracias. Yo también siempre supe que harías carrera en tu asqueroso mundillo jurídico, y además usando tu licenciatura. En la Compañía no dejo de ser una comercial.

– Que gana... ¿Cuánto desde ahora?

– Medio kilo.

– No está mal para ser mujer.

– No, la verdad que no, pero me falta algo.

– Un pito bien grande.

– Eso lo tenemos–dijo Helena, avisando la llegada a la mesa de dos lugareños jóvenes mulatos, musculosos y frescos.

– Hola, ¿sois casadas?

– No, pero qué importa eso, ¿sois prejuiciosos?

– No queremos líos con maridos y policías, pero si no los tenéis y, por lo visto, igual coméis en playa tan elegante os aseguramos que quedarán muy satisfechas.

– Qué bien que se vende la criaturita, ¿no crees Helena?

\*\*\*

**Somos diferentes, somos argentinos**

Desde niño soñé  
destruir mi país.  
Imaginé hundirlo  
bajo el mando de los más diestros  
asesinos dirigentes.  
Y lo logré:  
soy el más vivo entre los vivos,  
soy argentino...  
¡Argentino hasta la muerte!

\*\*\*

### **La esencia democrática de la educación**

Especialmente en estos últimos años vemos un recrudecimiento de los ‘conflictos docentes’. Y no es casual, el sector necesariamente sufre, como los demás estamentos de la sociedad argentina, las consecuencias de enormes y veloces cambios sociales, manifestados en una creciente brecha entre una mayoría pobre y miserable y una decreciente minoría insólitamente superopulenta e insolidaria, en un país hasta no hace mucho orgulloso de su clase media y su educación.

Hasta 1976, pese a anarquías y otros males, no se había desarrollado una tan permanente pendiente general, excepto si mencionamos el deseado advenimiento democrático, pero que, desgraciadamente, lejos de mejorar el nivel de vida de todos los argentinos prosiguió, ‘democráticamente’, la pendiente comenzada, o exacerbada, a partir de mediados de los 70.

Y en este sentido, los conflictos docentes, involucran no sólo aspectos salariales sino también la lucha entre la supervivencia de unos modelos de educación y la imposición de otros, u otro, nuevo. No me refiero a tendencias pedagógicas caducas o modernas, sino a tendencias ‘ideológico-administrativas’, en maneras de pensar para qué sirve, para quién es útil, educar o no a las nuevas generaciones.

Sin exagerado interés de adoctrinar, como en otros tiempos, a través de la educación – ahora es más fácil y rentable a través de la televisión–, pareciera que ‘el modelo’ se inclina por no hacer ni dejar educar. Así, los docentes, en su inmensa mayoría productos de una formación moral distinta a la imperante, deben hacer ingentes esfuerzos para cumplir con su vocación, con su cometido de formar alumnos que luego, además de ‘capacitados para el mercado laboral’, sean, realmente, personas.

Los argentinos, con independencia de lo que hagan y digan nuestros dirigentes, debemos, al menos por unos años más, proteger los valores que nuestros docentes aún vivos, como nuestros padres y abuelos en casa, transmiten en forma oral, especialmente los referidos a qué es la democracia real, su funcionamiento y control, sus derechos y obligaciones, los Derechos del Hombre y del Niño y de la Mujer y demás valores clásicos que en otros ámbitos van siendo escasos.

Debemos confiar, contra lo que nos endilgan los dirigentes, en que lo hacemos bien, según nuestro mejor entendimiento e intención. Como siempre lo ha hecho, y lo hace, la ‘clase docente’ argentina. Confiados en que de aquellos viejos valores –partidistas, ideológicos, morales– que luego reconsideramos, hemos extraído lo mejor de nuestras conclusiones para transmitir, fundamentalmente, por vocación de ofrecer la posibilidad de la libertad que da el pensamiento, el razonamiento y el conocimiento, como es el caso docente.

Creo que esta es una de las maneras que aún tenemos para subsistir y cohesionarnos para afrontar con reservas morales la aparentemente inamovible intención de nuestra dirigencia en sumergirnos en la más profunda ‘globalización tercermundista’.

\*\*\*

### **Charla con Penélope**

- Vamos, cuente una miseria, todos las tenemos.
- ¿Le parece? Mire que después se suma a lo confesado en mi novela autobiográfica, *La entrevista*, constituyéndome...
- Lo engrandece.
- ¿A costa de qué? ¿De que la gente, por ejemplo, recuerde algo sumamente ridículo de uno? Mmm... Tengo mis dudas.
- Vamos, cuente. No de todos los trances habrá salido tan airoso como, en definitiva, quiere hacer ver ¿No?
- No, es cierto. Pero de allí, a contarlo.
- Lo público y lo privado ¿No? ¿Acaso es sinónimo de conveniente/inconveniente?
- No sé si sinónimos pero sí encuentro cierta ‘proximidad’ entre ambas dimensiones.

– Sin duda. Y ahora ¿No encuentra también otra relación entre lo público, o conveniente, y lo privado, inconveniente, con el éxito y el fracaso?

– ¿Literario o vital?

– Literario.

– Es posible. Quizá lo políticamente correcto, lo ‘publicable’ no sea lo más exitoso. Pero preservó el resto de mi vida, la privada, la no literaria. Y quizá, entonces, lo literalmente exitoso sería publicar también (¿o sólo?) lo inconveniente...Usted me está sugiriendo que cuente cosas más sensacionalistas, ¿no?

– Depende de lo que entendamos por sensacionalista, creo yo.

– Y yo, Penélope. ¿Usted cree que no lo he pensado?

– Todo el tiempo, por eso se lo digo.

– ¿Y qué quiere que le cuente?

– Una historia de la que no haya salido tan bien parado.

– Bueno, mire, le puedo confesar unos detalles más de Israel, por ejemplo...

– Dígame, manténgase tranquilo, cuente.

– Pero al final del relato todos me van a recordar como el escritor viajero que tiró el sorete por la ventana.

– Ya está, ya lo dijo. Los detalles otro día.

– Penélope ¿Eso es compatible con el premio Nobel?

– Al menos, no es incompatible.

\*\*\*

### **Tres cucarachas**

No puedo sacarme de la cabeza las tres cucarachas. Recuerdo la tarde sofocante de verano. Recuerdo la discusión de mis padres, y la siesta apartada posterior.

Les perdoné que discutieran delante de mí. Le perdoné a mi padre la prostituta que mantenía. Le perdoné a mi madre el sexo por revancha. Les perdoné a ambos los desprecios y los insultos.

Todo pude perdonarlo, menos las tres cucarachas. Recuerdo cuando fui caminando al baño para refrescarme del calor insoportable y vi las tres cucarachas en el suelo.

¿Por qué no cerraron la tela metálica? ¿Por qué dejaron que ellas invadieran mi hogar? Eso es lo que nunca logré perdonar de mis padres.

Roal Tuga

\*\*\*

### **La importancia social de llamarse Zuasnabar**

*para el día de la madre*

El hombre, como tantos, maduro, divorciado, con hija lejos y con una que otra compañera – cama adentro o afuera–, vivía de su renta y de su diaria rutina, en una espaciosa casa, con su madre y una asistenta también entrada en años, pero ambas sanas.

Esa casa era en parte de este hombre, y, en la restante, patrimonio de toda su familia. En familiar acuerdo a que llegaron para no recluir a la madre, en un geriátrico, al coincidir en que, habiendo hijos y nietos y, entre todos, razonables medios económicos, ‘eso’ a la madre, no.



Cada vez que el Bardo –así apodaban al hombre porque siempre armaba *bardo*– volvía de su escritorio, se instalaba para no hacer nada que no fuera soñar, despierto o dormido. El bardo soñaba que vivía la emocionante vida de Horacio de Zuasnabar, el escritor viajero, y que era él el que viajaba a confines de la tierra y del espíritu, amén de escribirlo

Acompañando a su madre frente al televisor, con la cena compartida con Fermina –la correctísima señora asistente, quien opinaba con tanta autoridad como cualquiera de los otros–, el Bardo dejaba respetuosamente ‘resbalar’ sus compañías y se enfrascaba profundamente en su sueño de ser Horacio de Zuasnabar, porque lo admiraba. Había leído toda su obra y las de sus biógrafos más renombrados. Lo conocía a la perfección. Soñaba incluso con otras alternativas que, si fuera Zuasnabar, hubiera asumido ante tal o cual situación. Pero también sentía cierto odio: en algunos momentos lo envidiaba y en otros lo despreciaba. Envidiaba su emocionante vida, sus excitantes gozos y sufrimientos, y lo despreciaba al imaginarle faltas, delitos y culpas, rencores y frustraciones, mentidas felicidades.

Como fuera, el Bardo no vivía como Horacio de Zuasnabar, vivía en cada uno de sus meditados y sentidos libros, y él lo sabía. Si incluso el Bardo no podía revivir las emociones que alguna vez lo hicieron vibrar; ya se había acostumbrado a ellas, como partes de un pasado inexistente.

Y mientras su madre y Fermina se sumergían dentro de un programa de televisión, o dentro de sesudos análisis sobre la actualidad y la historia, él se sumergía en las aventuras vividas por su amado y rechazado héroe.

El bardo no sólo comparaba su vida con la del glamoroso Zuasnabar sino que, también, se atrevía a ubicar a Zuasnabar en ‘su’ situación, en la del Bardo, y en ese preciso momento,

es decir un Zuasnabar con una madre que cuidar y una solícita asistenta. Y del trabajo a casa, a soñar. Y vuelta a empezar, todos los días, Zuasnabar y el bardo, los dos iguales.

A estas alturas, el bardo le llegaba a inquirir, profundamente ensoñado, al mismo Horacio de Zuasnabar, respuestas a sus demandas de sofá. Era cuando su buena madre o Fermina podían estar solicitándole cualquier cosa que el Bardo respondía con distraídos “sí, sí” mientras esperaba respuestas del mismo Horacio. A falta de éstas, el hombre, lejos de amilanarse, más avanzaba en sus elucubraciones y, nuevamente, respondía en lugar del escritor. El Bardo imaginaba muy gráficamente que, perfectamente, Horacio de Zuasnabar podría estar viviendo como él, el Bardo, estaba viviendo. –“Perfectamente– se auto explicaba el Bardo– el *profesor* Horacio de Zuasnabar, el gran escritor viajero, podría estar viviendo, a mi edad, ahora, que es cuando importa, a mi manera: de la casa al escritorio. Y del escritorio de nuevo a mamá y Fermina, y, si pinta, una minita. No está mal, especialmente para él, que vivió todo lo que vivió: es un período que lo enriquece ante sí mismo y los demás, sus lectores”. Y aquí, cuando empezaba a bordear términos calificativos, era cuando el Bardo se cansaba de tantas disquisiciones y entonces sí, cualquier cosa de su madre o Fermina lo devolvía a la realidad. Y charlaba interesadamente con las dos, por el tiempo que se diera. Luego se retiraba a cualquier otro de sus quehaceres pero, tarde o temprano, siempre retornando mentalmente a su principal referente. Y en esos trances el hombre volvía a repetir la historia de siempre: su madre y Fermina llamándolo: “¡Bardo, Bardo...!” y hasta que no le gritan “¡Horacio!”, o “¡Profesor Zuasnabar!” no se despierta.

\*\*\*

*“La vida tiene que ser vivida para adelante, pero sólo puede ser comprendida hacia atrás”.* Kierkegaard

\*\*\*

### **Las Pamelas**

Pame, yo te he visto crecer. Te encontré de vecina cuando recién comenzabas la universidad – con unos dieciocho años– y cuando yo regresaba al país, con más de cuarenta. Tenías novio. Yo ya tenía mujer, quien duró tres años nada más y sin darme hijos, nada menos. Además de quererte como la mujer que eres, yo te quería como a la hija que tengo lejos, con la sutil diferencia de que, entre vos y yo, podíamos coger, realizando el complejo de Edipo, al yo poder ser tu padre, pero sin serlo, gracias a Dios.

Te convertiste en mi amiga y ‘tipeadora’ de mis textos. Amiga cada vez más necesitada, como yo. Y hoy, sueño con vos como mi mujer, dándonos mutuamente los hijos de los padres que los dos –nos hemos confesado– buscamos para los hijos que, por separado, nos deseamos cada uno.

Y hoy te fui a buscar, con tus ojos azules en mis ojos. Te vi venir a abrir la puerta tan hermosa entre las plantas y flores resplandecientes como vos por el sol. Te pregunté si te había gustado cómo había presentado al público mi libro, anoche.

Me contestaste que sí, que todo estuvo muy bien, y te pedí de satisfacción que me abrazaras sin que yo te abrazara a ti, que yo me dejaba que vos me abrazaras, por favor, que me abrazaras. Me dijiste que no, que sólo abrazabas a tu novio y a tu madre. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y me dijiste: –Pero no te enojés...

– Sí –te dije– me enojo, por un rato.

– ¿Por qué? –Encima me preguntaste como si no entendieras ya.

–Porque me duele, me da pena, porque abrazar, solamente abrazar, es humano, Pame.

Y me repetiste cuando ya me estaba dando vuelta para irme: –No te enojés....

– Se me pasa en un rato–te dije, con sinceridad, y me fui sin saludarte, mientras mi pecho inflamado latía a mil. Caminé sin dirección, mareado, y deshecho, sin rumbo fijo. Hasta que me recuperé y te recuperaré tan agradable como siempre.

Yo te quiero, Pame, de eso estoy seguro, y vos lo sabés, de la forma cómo te quiero no lo estoy tanto, por eso siempre te recuerdo que, cuando quieras, lo probamos, lo intentamos aunque no sepamos aún bien cada cosa que, juntos, nos vayamos proponiendo, a nuestra íntima manera. Y entonces, te pregunto: –Decime Pame ¿vos por mí sentís algún tipo de afecto o soy solo un vecino al que tenés que aguantar porque es el que te banca tus estudios con los trabajos que, puntualmente, te paga? Por Dios, acláramelo. Y no te preocupes, no me digas una cosa por otra, que me querés cuando no, yo seguiré respetándote, aunque ya, te aseguro para que te quedes tranquila, pasarás a ser exclusivamente, estrictamente, mi tipeadora, porque sos eficiente y cumplidora, pero ya no vas a ser Pamela.

También hoy, nuevamente, he dejado a una mujer por otra, he roto de nuevo una buena pareja para intentar una nueva. Con el tiempo me voy aceptando la idea de que mi ideal es una relación de uno a unos pocos años más, para luego, curiosear otros ámbitos espirituales, físicos y emocionales.

Por cierto, como siempre, me he asegurado que mi nueva expareja continúe siendo mi amiga y yo su amigo, en todas, por supuesto que en las malas primero. Es también un nuevo empezar a darme a conocer, y a conocer, arduo e interesante trabajo a la vez, que va perdiendo su gracia, a favor de la del sueño de la mujer eterna, en pantuflas, en bombacha arrugada

medio metida en la cola, colgando la ropa, y nuestros pibes con el perro, mientras yo hago el asado.

\*\*\*

### **Peligro**

Hoy consiste en sobrevivir. Antes, consistía en que el día no fuera tan largo. Hoy, la cuenta es regresiva. Antes, era progresiva sin saber que en esto consistía progresar.

\*\*\*

Ni yo mismo, estando a solas me sirvo “para afuera” (en alusión a servir en una copa girando la muñeca hacia fuera del propio cuerpo).

*“En arquitectura: ‘la forma depende de la función’.*

*En administración: la estructura depende de la estrategia”.* H de Z

*“La muerte clausura la palabra aún viva”.* H de Z.

*“El miedo llamó a la puerta. Abrió la confianza. Y no había nadie”* Proverbio chino

*“Donde reina el amor, sobran las leyes”*. Platón

\*\*\*

### **La santa inquisición**

*Las virtudes son no mostrar que ellas mismas son vicisitudes.*

La virtud consiste pues, en no mostrar que las virtudes son vicisitudes, casualidades.

La Santa Inquisición se demoró en comprender mi ocurrencia.

De todas maneras me condenó a muerte. Aquí estoy encerrada esperando que me quemem.

\*\*\*

*“Donde una puerta se cierra, otra se abre”*. Miguel de Cervantes Saavedra

*“El que puede prescindir del ser amado puede prescindir de todo”*. André Maurois

Teniendo tanta familia y recursos, que mi madre esté en un geriátrico para mí es moralmente incomprensible.

Los raros de mis antecesores me criaron peleador, especialmente por las más oprobiosas estupideces y, sin términos medios, por las más sublimes felicidades. Estoy agradecido a ellos, no me dejaron ser un cualquiera.

\*\*\*

### **El altar de la patria**

El coronel estaba terminando su tosco e improvisado discurso alusivo al altar de la patria, ante un centenar de vecinos del pequeño pueblecito polvoriento, eterno y perdido, cuando un paisano de alpargatas y sombrero muy estropeado por el sol, la lluvia y los golpes contra la pierna, gritó cansinamente que, para él, el único altar de la patria posible era su cama, su bendita cama, su catrera por donde pasan tantas de estas *güenazas* chinitas, orillazas, hembras de *verdá*, agregó mirando libidinosamente al mujeraje.

Al coronel se le descompuso su hasta entonces muy dura postura, miró fugazmente al presidente de la comuna, al cura, al policía, a algún otro de los seres que formaban la comitiva y luego, frenéticamente, como poseído, miró hacia arriba, como quien hace el gesto de agacharse para esquivar el paso de un avión caza por encima de su cabeza, extrajo al mismo tiempo su revólver y gritando un “¡Hijo de put...!” trató de pegarle un tiro al gaucho, quien

mentaba con otros su reflexión. El tiro se perdió en el bosque. Los pibitos, después, encontrarían el plomo incrustado en un árbol.

La comitiva escapó, incluso el policía y, en un instante, los lugareños, que siempre habían gozado fama de tranquilos, como cualquiera, al grito de “¡Eh, animal, qué hacés!” lincharon al coronel sin encarnizamiento, como posteriormente aclararon los forenses.

\*\*\*

*“Donde con toda seguridad encontrarás una mano que te ayude será en el extremo de tu propio brazo”.* Napoleón Bonaparte

“No hay animal tan manso que atado no se irrite”. Concepción Arenal

*“Yo tenía un único defecto: ser pedante. Pero ahora lo he superado: soy perfecto”.*

Referido por G. Seligmann

*“En general soy un enciclopedista. En lo único que puedo ser considerado un especialista es en mujeres”.* H. de Z.



*“La literatura (como las otras bellas artes) es una singular percepción del mundo.*

*Cada ser humano tiene su singular percepción del mundo. El abismo radica en plasmarla o no, ser masa pasante o un bucle sobre la infinita planicie.” H. de Z.*

\*\*\*

### **La novela más breve de las sagas más grandes**

*a D. Camilo J. Cela y Sra.*

El niño nació hombre.

De regreso de la guerra a la que todo hombre va, encontró a su familia devastada: el amor de Dios, a veces en forma de ira, le había llevado los espantos que se suceden a las glorias, sin orden humano ni solución de continuidad.

Dudó un instante, por lo que estuvo perplejo.

Luego la ira, luego el llanto.

Pensó incluso en suicidar a Dios.

En cambio, se calmó infinitamente, hasta el horizonte, de donde tomó otra mujer y otra pluma, para volver a parir a través de estas amantes, hijos que fueron a su vez a sus guerras. Y poemas como esta novela que fueron de amantes a las guerras particulares de cada uno de los amigos de este hombre.

Así fue como se salvaron.

\*\*\*

*“Donde hay mucho sentimiento, hay mucho dolor”*. Leonardo da Vinci

*“Tristeza es el corazón que piensa”*. Discepolín

*“Mi peor defecto ha sido no ser un caballero, no haberle sabido ocultar a mis amadas parejas mis sensuales y tórridas infidelidades”*. H. de Z.

*“¿Feliz el que ha llegado a conocer la causa de las cosas?”* Versión H. de Z.

\*\*\*

## **Walkcross**

### **Primera cuadra. Salida**

Cuando doblé la esquina del vértice de cal y pintura (a la cal) descascarada y quedaste fuera de mi vista (con todos los otros) tuve la impresión, o mejor, la sensación por el cosquilleo todo por detrás (hay quienes dicen que eso no es más que certeza); decía que tuve la impresión, la sensación y la certeza de que si daba vuelta a la esquina, y a toda la manzana, ya no te encontraría en el vértice descascarado de mi punto de partida, ya no te encontraría más.

Al partir, estaba yo mirando el rumbo –por el momento muy lineal– y echaba ojeadas para atrás, donde estabas (y donde se apiñaban todos los otros). Poco antes de oír el disparo

que me haría correr (correr es una manera de morir que confunde al juez entre el disparo y el agotamiento), dejé de mirar, con perdón, malditamente hacia atrás, y haciendo con una de mis manos visera, traté de atisbar las cosas que no vería ni me ocurrirían (en mi marcha), ya que las que vería y sentiría me estaban, desde que el tiempo es tiempo, esperando. No necesitaba fantasear nada puesto que yo era la expresión máxima de la fantasía (siempre fui un juguete, pero esta vez lo era mucho más. Tanto que cualquier niño me tomaría como de verdad).

Eché a caminar y a correr cuando palpitaba que me ponía angustiado. Enseguida, te/los perdí de vista y ¿sabes? la siguiente esquina me pareció tan próxima. Era un éxtasis verme acercar a ella. No miento si digo que en cada paso mejoraba el movimiento. ¡Eran pasos voluptuosos! ¡Qué agilidad para un novato!

Enseguida ya no pude escuchar los gritos que no gritaste, ni los de los otros. Pero naturalmente –de alguna manera– retumbaban.

No tuve grandes tropiezos en esta cuadra. Los cadáveres de todos los anteriores voluntariosos fracasados estaban correctamente amontonados fuera del área maratoniana. Me llamaron profundamente la atención los presentes y los ausentes. Respiré hondo y apuré el paso alentado por todos los deudos.

En honor a la verdad –la intuitiva, claro– debo decir que al llegar a esa primera esquina solitaria noté que había ciertamente caminado. En aquel momento, al mirar hacia la esquina descascarada de la que –merece hacerse notar– ya sólo veía un ángulo y a ninguno de ustedes. Me pareció que estaban todos vergonzosamente escondidos. Casi digo en voz alta “¡Cuánto he caminado!” Pero creo no haber llegado a decirlo. Al menos, si lo hice, nadie lo asintió o negó.

El silencio no era absoluto pero sí inmenso.

En un portal de la cuadra presté atención a un llamador con la forma de dos cabezas humanas, una sonriente, otra sollozante, unidas una a otra por la nuca, con un eje libre que dejaba golpear (¿indistinta, libremente?) una u otra cara contra una hoja de parra de bronce ¿qué desagradable, no?

Aunque ese suceso no fue tan preocupante como el de comprobar que en este primer trayecto había gastado más mi zapato derecho que el izquierdo. Por lo que planifiqué gastar más el izquierdo, teniendo, muy en cuenta que el derecho también seguiría en desgaste. Pensé con satisfacción que luego caminaría con los dos pares o, en el peor de los casos, sobre mis propios pies, lo cual no me inquietó. Debido a esto no desvaloricé en nada el sentimiento de estar caminando ágilmente (yo era muy joven). Por el contrario, me indujo a jugar con mi mente, despreocupadamente, lugares comunes. En una zancada dije: –Todo es relativamente perfecto–, en la siguiente: –Todo es perfectamente relativo.

Yo estaba en el ángulo de la primera con la segunda cuadra. Era un ángulo anodino, sin ventanas al exterior, todo se veía hacia adentro, hasta las ilusiones. A las mías, viendo un espectáculo tan pobre, las tragué sin agua, trabajosamente. Atisbé, haciendo viseras con mi otra mano (la otra estaba muy cansada), hacia la segunda cuadra y vi un espejismo: había un manantial que, en vez de dar agua, se chupaba toda la de los termos de los viandantes. Me asusté y, automática, preventivamente, apuré hasta la última gota de saliva de mi boca. Yo no uso termo.

Seguía en esta esquina que no me decía mucho, pese a estar bien señalizada. En otro momento, me dio tanta gracia mirar intermitentemente, como quien juega a las escondidas, la cuadra recién recorrida y la siguiente que me esperaba (la de la ignominiosa fuente).

## **Segunda cuadra**

A dos pasos, nada más, en la segunda cuadra, me senté (compréndase que podía estar cansado) frente al espejo de un local de comercio. Un *pornoshop*. Me vi tal cual estaba en ese momento, ya sabes, llorando casi a carcajadas (no, no había sido nada fácil esa primera cuadra).

Levantándome continué mi destino hasta llegar a un ensanchamiento de la calle. Un ensanchamiento muy grande. Casi irresistible. Me sentí solo. No era extraño: estaba solo. En esta segunda cuadra, los cadáveres, tan pronto como llegaban, levantaban vuelo y desaparecían en el cielo. Todo muy cristiano (—"Musulmán"—me aclaró un jeque que me superó en el camino).

Te recordé a vos, también a los otros. Fue la primera vez que sentí estar muy solo de mí mismo. Comprendí que me había autoabandonado. Y que, o me faltaba uno u otro, o no distinguía mi alma de mi cuerpo.

Fue entonces cuando tuve un exabrupto de pánico (¡Dios, pánico a estas alturas!). Ridículamente pensé que, si volvía atrás, me encontraría a mí mismo en la esquina de los bordes aquellos. Eso sí, me imaginé con una textura seca y frágil, crujiente y quebradiza, a diferencia de vos y de los otros, de carnes y huesos frescos, de hoy, pálidos unos, otros no, todos sudados.

En fin, me sentí solo. Como cuando la soledad no es pura sino asoladora. No sé si influyeron las nuevas dimensiones de la calle, ahora casi plazoleta, cementerio o aeropuerto. Por su parte, la gente no me rozaba necesariamente al pasar.

Racionalmente entendía que en ese momento y lugar yo pertenecía a esa puesta en escena: plazoleta, gente, yo. Al mismo tiempo deduje que todo, incluyéndome, era lejano y ajeno.

La soledad –me dije– no llega nunca de la misma manera. –Tampoco sus efectos– acotó un anciano inmutable entre gran público que le exigía (no nos engañemos; le rogaba) unas palabras de consuelo.

En soledad soy, en cierta manera, todo. Que no es mucho, es sencillamente ser ‘un todo’. O más: sólo un todo.

A mitad de la segunda cuadro me hervía la sangre. Preocupante –dije– se me puede evaporar. Y un galeno que me escuchó, diligentemente me facilitó un termómetro, en evidencia roto. –Es igual–dijo– ¿No lo comprende? Notable, era la primera vez que veía hervir algo sin calentar su recipiente. O sea yo no tenía fiebre. Pero dificultosamente recuerdo que lo mío de ese momento fue un delirio.

– Soy un héroe...

...Soy un mal animal... (¿Por qué un mal animal?).

...Soy un dios... (Pero si no creo en ellos...)

...Soy un inútil–decía yo imperturbablemente entre gentes muy variopintas (altos, enanos, de colores, gordos, magros) que alternativamente me insultaban y me aplaudían.

A esta altura, considerando que ya no era el novato de la primera cuadro, sino un iniciado de la segunda, les repliqué a todos, tapándome los oídos con las manos, y ya casi echando a correr, que yo era otro que ellos (los cobardes). Eso, no más, ya me hacía el héroe. Yo era un mal animal, era un inútil dios (que no un dios inútil). Todos los que me llegaron a escuchar se hicieron los cadáveres y salieron disparados hacia el infinito. Necios...

Mi dolor llegó hasta tanto que ya no era para tanto. Entonces pensé un instante sobre lo paradójico de la relatividad. Y vi que se habían desatado los cordones de mis zapatos. Nuevamente, pensé en lo ya andado. Y, por primera vez (entre tantas primeras veces de toda

vez) me hice las siguientes preguntas: ¿Cuánto faltará? ¿Y si no llego jamás? (al respecto, y con respecto a esto último: ¿Adónde quiero llegar?).

Mi convicción de que hacía bien en seguir permanecía firme. Por lo que hice doble nudo a cada cordón de los zapatos, miré adelante, panorámicamente, y entonces me asaltó el interrogante más traumático:

¿Y si me vuelvo? Pero ya llegaba al ángulo recto formado por la segunda cuadra con la tercera.

Antes de echar una mirada a la tercera cuadra me dije que nadie podía saber qué era más heroico o más cobarde; si seguir o retroceder (tal vez una llegada no sería nada. Tal vez un regreso sería, de alguna manera, honorable).

Doblé la esquina y me encontré con la nueva cuadra.

### **Tercera cuadra**

Tuve hambre, por lo que pregunté a un señor que estaba comiendo un gran sándwich dónde podía procurarme uno igual. Inmediatamente me extendió el suyo dándome efusivamente las gracias. Desconcertado, lo tomé y le dije que no era nada. Me sorprendió mi respuesta, aunque fuera acorde con su expresión de agradecimiento. Entonces, el hombre debió intuir mi desconcierto y me dijo que él era feliz cuando podía dar algo y que por ello daba las gracias. Yo le respondí solicitándole me diera también de beber, pero esta vez me dijo: –No, gracias, no me queda más que para seguir subsistiendo yo mismo, aunque muchísimas gracias, de todas maneras, por pedírmelo. Gracias, muchas gracias. Luego se levantó, entró en un negocio, bajó la cortina y puso el cartel que indicaba "Cerrado por balance".

Me quedaba la sed. A pocos pasos encontré un manantial muy bello en el que los rayos del sol jugaban con las miles de gotitas que el viento llevaba, parecían estrellas diurnas. Bebí

tres largos sorbos de agua fresca y sentí haberme saciado. Por fortuna fueron sólo tres sorbos ya que al levantar la cabeza mis ojos vieron una placa que rezaba: "Más de tres sorbos es robo". Con satisfacción comprobé que ya tenía ambos zapatos iguales. Y seguí mi marcha, a paso moderado pero raspando fuertemente las suelas contra el piso; pensaba que era mejor, de llegar a alguna parte, hacerlo con mis propios pies.

Lo que entretanto me inquietaba era que muchos de los que intentaban mi mismo camino, pero tomando los taxis que siempre habían estado estacionados en paradas para ese fin, no partían. En los interiores de estos coches vi triste y adormecido a más de uno que había partido antes que yo. Sus caras contrastaban con las de los taxistas, tan eufóricas.

– Estúpidos– pensé, con esa jactancia que uno solo se atreve a tener para adentro. Cerrando los ojos imaginé que saltaba por encima de varios taxis y, al abrirlos, comprobé que yo no brincaba sino que los coches se escurrían fluidamente entre mis piernas. Las caras de sus pasajeros eran las de extraviados que, despavoridos, gritaban a los chóferes que no querían volver al comienzo.

En estas cosas estaba cuando perdí la noción de muchos parámetros que me reunían diariamente con la realidad. La esquina siguiente estaba, a mi fatigado modo de ver, a inalcanzable distancia. También la esquina anterior. Y la pared a mi derecha y la calle a mi izquierda eran, asimismo, remotas. Deduje, con dificultad, que, realmente, nada se había alejado sino que yo me había invertido: ya no era para afuera. Era todo hacia mis adentros. Sufrí dolores espirituales como nadie podría creerlo. (O como alguien pudiera creer que sólo él podría vivir tales dolores, jamás otro). Me empezaron a faltar fuerzas y perdí la conciencia de estar caminando, trotando o corriendo (digo corriendo aunque pienso galopando). Con la ilusión de que todo se alejaba, sin puntos de referencia, comencé a andar en zigzag. Fue agotador y desilusionante. Muy pronto también se alejaron el suelo y el cielo. Alejado todo el



exterior –y yo tan para adentro–, la fuerza se hizo irresistible: empecé a resbalarme, a caer para todos lados, a diluirme, desvanecerme, volatilizarme. Era un abismo pequeño, personal pero inmenso, donde se confundía mi andar –rápido o lento– con la caída libre hacia todas direcciones. Dije: – ¡Al fin!– sin entender por qué, pero perdiendo, paulatinamente, el pánico. Ya liberado de voluntad de lucha me entregué a mí acontecer.

Mi mente se expandía; era como una pesadilla efervescente recién caída al agua.

Así, sin conciencia, llegué al vértice de la tercera cuadra con la cuarta. Una pancarta indicaba: "Recta Final". Antes de encararla quise mirar, por última vez, la tercera etapa pero, cada vez que lo intentaba me cegaba, y recobraba mi vista tan rápido como miraba de nuevo hacia adelante.

#### **Cuarta cuadra. Meta**

Para recorrer este último tramo, aunque entero, yo era una brisa que estaba ante un espectáculo dantesco: un día espléndido, el sol doraba los trigales. Y había tormentas de truenos y relámpagos. Era un día manso, quieto, con un temporal de nieve. El sol hacía transparente el cielo y las galaxias se veían en la noche más cerrada. Todo se reunía y yo, que era una brisa, todo lo alcanzaba, todo lo gozaba. Eché a volar entre mariposas y granizo. Me miré los pies descalzos. Y mi cuerpo desnudo. Volaba y volaba entre risa y llanto. Rodaba por la nieve y me quedaba en la arena muy quieto bronceándome al sol. Tomaba agua y frescos frutos que aparecían espontáneamente en mis manos ahuecadas como inagotable vasija.

Pensé en qué feliz estaba y cuánto había sufrido. Me paré con los dos pies juntos, bien erguido, extendí mis brazos hacia los costados, abrí mis manos, palmas hacia arriba y ordené a la felicidad ubicarse en una (me preguntó en cuál y le respondí que me daba absolutamente igual), y a la infelicidad en la otra (no preguntó nada), con el obvio fin de saber si se

balanceaban o cuál tenía más peso. Empecé a girar como un trompo y no pude dilucidar nada (¿había algo que dilucidar?). En ese momento, se acercó un anciano y me pidió el carnet. Yo no sabía de qué se trataba. Intenté disculparme pero, antes de hacerlo, me dijo que no hacía falta y que dejara ya de girar y siguiera el camino. Lo hice, sin saber cuál era el camino. Seguramente no lo equivoqué, ya que el señor me miró complaciente y me saludó suavemente con el movimiento de una mano.

Entonces, todo desapareció: el sol, los relámpagos, las mariposas y el granizo. Me incomodaron (como incomodan los nuevos) unos flamantes y lustrosos zapatos que, a poco de seguir mi marcha, se amoldaron perfectamente.

A mi alrededor había mucha gente que opinaba de manera diametralmente opuesta; algunos querían quedarse (hubo una falsificación de carnet) y otros gemían por seguir e irse. Esos hechos me resultaban indiferentes. Más aún cuando divisé la esquina de cal descascarada. Allí estabas con los otros, tal cual te había dejado, a mi entender, infinitamente antes.

Había llegado.

Me tomaste de la mano y paseamos entre todo lo que mi mente recuperaba.

Ya satisfecho, me senté junto a vos contra el ángulo estropeado y, cuando quise entretenerme descascarándolo aún más, me dijiste que eso no se hacía, que no era propio. Te levantaste y, extendiéndome tu mano, me invitaste a ponerme también de pie. Así lo hice mientras me sugerías dar otra vuelta, esta vez juntos. Te avisé sobre el problema del desgaste del calzado y vos me mostraste los dos pares de borceguíes marca *Walkcross*, cosa que me tranquilizó nerviosamente.

Respiramos largo y profundamente, como lo hace un buceador antes de sumergirse.

Y nos pusimos en marcha.

No sé cuántas veces, solo, con vos, con otros, di vueltas. Pero supera holgadamente la infinidad. Aún hoy lo sigo haciendo, impenitentemente.

\*\*\*

*“Encontrando el bien de nuestros semejantes, encontramos el nuestro”*. Platón

*“La envidia es una declaración de inferioridad”*. Napoleón Bonaparte

*“La mejor manera de librarse de la tentación es caer en ella”*. Oscar Wilde

*“Nada grava tan fijamente en nuestra memoria alguna cosa como el deseo de olvidarla”*.

Montaigne

*“Si quieres aprender, enseña”*. Cicerón

\*\*\*

**Extractum**

“...así Dante entró a la Muerte y lo que halló le pareció más que dantesco: la Muerte incluía sin remisión al Cielo, al Infierno y a cualquier ámbito alternativo, y consistía en un insoportable dolor perpetuo, con momentos de casi imperceptible aminoración del tormento, dentro del inaguantable martirio, para que los muertos, aún gritando de espanto, midiesen cómo aún más les había y les iba a doler, en infinitas, eternas oleadas de más y más, vejatorio, escandaloso dolor.

Aullando todos los muertos, infinitos muertos revueltos, revoloteando en el aire de la nada, vio Dante y, antes de ninguna otra cosa ya imposible, se puso de dolor a gritar como un loco...”

\*\*\*

Cuando logro tenerme infinita piedad es cuando recién puedo sentirme infinitamente orgulloso de mí mismo. La piedad y el orgullo sólo los puedo sentir juntos cuando se refieren a mí mismo.

*“Muchas personas se pierden las pequeñas alegrías mientras aguardan la gran felicidad.”*

Pearl S. Buck

*“Lo importante no es lo que hicieron de nosotros sino lo que nosotros hacemos con eso que hicieron de nosotros”.* Jean Paul Sartre

*“Feliz el que reconoce a tiempo que sus deseos no van de acuerdo con sus facultades”.*

Johann W. Goethe

*“No hay mayor pobreza que la soledad”.* Madre Teresa de Calcuta

*“Si discutes mucho para probar tu sabiduría, pronto probarás tu ignorancia”.* Saadi

*“El suicida es el más valiente de los cobardes”.* Dicho popular

*“La brillantez intelectual no está reñida con que las ideas expuestas sean absolutamente falsas”.* Betty Ruiz

Clasificados:

*“Ofrezco mente inquieta a cambio de culo inquieto”.* H. de Z.

\*\*\*

**Humano, demasiado humano**

El señor entró en el restaurante con su violín en la mano derecha y su portafolio en la izquierda. Se sentó en una de las mesas grandes del centro del salón y pidió al camarero: – Un bistec sólo por favor.

Sacó de la caja negra el violín y del portafolios una fina batuta y un desordenado conjunto de partituras manuscritas. Dejó todo sobre la mesa, excepto la batuta, con la cual ejecutó varios compases en el aire, en tanto que, con los dedos de su otra mano, desprendía otras tantas variadas notas del violín, ante el asombro y las sonrisas de los presentes.

Cuando llegó el bistec lo miró con ojos ávidos y mientras apartaba sus pertenencias, haciéndole lugar, lo olfateó de tal manera que el camarero no pudo menos que dejar escapar una breve risita, luego carraspeó, acomodó de nuevo su comportamiento y preguntó al señor si deseaba beber algo.

– Un plato con leche–escuchó responder, y algo confundido pidió a su compañero de atrás de la barra un vaso con leche.

– Si ha de traerme la leche en un vaso traiga también un plato hondo, y que la leche esté tibia, que es como siempre la he bebido– acotó el señor. Y el camarero, aún risueño y mucho más confundido, vio cómo su excéntrico cliente apartaba los cubiertos y, tomando el bistec con sus manos, lo comía con ruidosa fruición.

Los parroquianos, en tanto, no disimulaban sus risas ni su desagrado, pero el señor no les hacía caso y, sin detener su alimentación, observaba a cada uno brevemente, con miradas rápidas.

El camarero había llegado con el vaso con leche y el plato e inmediatamente se retiró, a comentar con su jefe, la singular situación.

Sin dejar de dar bocados a su bistec, el señor vertió la leche tibia en el plato y al momento sorbía de él, ruidosamente. Una pareja, de la mesa contigua, se retiró apresuradamente. Todos habían detenido su comida y lo observaban con aspecto de no dar crédito a sí mismos. Hubo alguien que requirió del camarero orden en la mesa del señor. Otro pidió hablar inmediatamente con el *mâitre*, el jefe, el encargado, cualquier autoridad. Otro solicitó el libro de quejas.

El camarero consultó a su jefe, quien, ajustando y acomodándose la corbata y la chaqueta, se dirigió a la mesa del señor.

El señor siguió con sus ojos la llegada del jefe y, apurando el bocado que recién había desgarrado de su bistec, lo tragó y se quedó inmóvil, con la mirada en los zapatos del jefe, que estaba ya a su lado, de pie y sin saber qué decir. Inmediatamente el señor levantó la cabeza, lo miró un instante a la cara y gruñó mientras le temblaban los labios y se le veían los dientes, luego, sin dejar de mirar al jefe, se llevó a la boca el resto del bistec y lo engulló casi sin masticar. El jefe, atónito, se retiró detrás de la barra, sin haber pronunciado palabra alguna. El señor miró alrededor suyo, gruñendo nuevamente. Luego levantó su vista hacia el techo, estirando pronunciadamente el cuello. Entonces ladró dos veces. Al momento, el jefe, desencajado, le gritó que no se comportara más como un animal ya que, en caso contrario, como tal lo echaría de su respetable restaurante.

Ante los gritos, el señor irguió su espalda, y moviendo de un lado a otro su cabeza, miró con atención al jefe. En ese momento no pestañeó. Parecía meditar. También acechar. A continuación se removió en su silla, como reubicándose más confortablemente, y lamió el plato donde le habían servido el bistec. Olfateó la leche, pero la apartó sin beber.

El señor retomó el violín y, con notable delicadeza, comenzó a tocar una sobrecogedora melodía, durante la cual los parroquianos escucharon más y más embelesados el violín del

señor. El jefe, relajándose, se recostó contra la pared. Un camarero finalmente se sentó en la barra. De tanto en tanto la gente intercambiaba miradas menos interrogativas y más conmovidas, por la exquisita sensación que les producía la música del señor. Nadie hacía ruido. Nadie, tampoco, reclamaba de ninguna manera la atención de la casa. El señor, que mientras tocaba parecía dormir, apoyada su mejilla al violín, había creado un encanto como mágico en el lugar.

Era ya más de la una de esa madrugada y el señor seguía desprendiendo de su violín acordes entrañables. El jefe se sobresaltó al ver entrar a un conocido inspector municipal, quien seguro lo increparía por no haber cerrado a medianoche.

– Yo comprendo que usted me multe–susurró el jefe.

– Y esto porque el señor vuelve a sus andanzas–agregó el inspector mientras sacaba la porra de su cintura.

Entonces, y apenas perceptiblemente, se descompuso aquella perfecta música.

A dos pasos del señor, y con la porra golpeando la palma de la mano, el inspector lo miraba con un no disimulado cansancio.

– ¡A casa! ¡Vuelva a casa! ¡A dormir!– gritó muy desagradablemente el inspector.

El señor, abrazando fuertemente violín y arco, le ladró dos veces, limpia y cortamente. El inspector levantó su porra y dio medio paso adelante. Comenzaron a temblar los labios del señor quien, de un salto, se puso de pie y abrió enorme su boca.

– Ya verá usted– amenazó el inspector que retrocedió sin dar la espalda al señor, hasta el teléfono, con el que pidió ayuda policial.

Todos los clientes (que habían dejado de serlo para ser incrédulos espectadores) se habían ya retirado a la llegada del inspector y "¿Quién es?" preguntaron camareros y jefe. Ignorándolos, el inspector rondaba –a cierta distancia– alrededor del señor, quien empezaba



ya a gruñir sostenidamente. Pese a ello, guardó cuidadosamente el violín en su caja y las partituras en el portafolio.

– Es él–dijo un policía al otro, mientras entraba al restaurante.

– ¡Vuelve! ¿Dónde estás? ¡Vuelve conmigo!– se escuchaba entretanto, afuera, lejana, la angustiada voz de una mujer.

– La señora está afuera, buscándolo...tal vez sea mejor traerla– insinuó un policía al otro. Pero el otro se negó. –Vamos–le dijo al señor, al tiempo que le tomaba suavemente de un brazo. De inmediato el señor dio un ágil salto sobre el policía, desfigurándole nariz y boca de un preciso mordisco. Seguidamente el señor le quiso morder el cuello y el policía, aterrorizado y gritando de dolor, se escabulló primero tirándose al suelo y luego arrastrándose tan rápido como pudo lejos del señor.

– ¡Dios mío, mira lo que has hecho!– se lamentó la señora mientras entraba al restaurante.

El jefe, con voz quebrada, telefoneó al hospital, requiriendo esta vez una ambulancia mientras, el policía restante desenfundaba su pistola y tomaba distancia del señor.

La señora acarició el todo sudado pelo del señor, mientras le alineaba la ropa. El señor besaba (lamía) el cuello y la cara de la señora. Se detuvo –se inquietó nuevamente– con el tronar de la sirena de la ambulancia. Dos enfermeros se llevaron al policía malherido. Ya idos, y pese a la presencia del policía restante, el señor recuperó serenidad. Denotaba cansancio en forma de melancólica tristeza. Muy humano. Sin prestar atención a nada ni a nadie, incluido el policía, se interesó nuevamente por su violín. Le quitó su caja y recommenzó, como antes, a tocar, cada vez provocando mayor éxtasis.

– Usted ha descuidado al señor, señora, y esto, como ve, se ha vuelto intolerable– dijo el policía sobreponiéndose a las notas, a cada una de las notas del violín del señor.

– Esto no ha sido más que un triste accidente. Mañana pasaré por la comisaría, a declarar—explicaba a todos la señora, mientras incorporaba al señor y lo hacía caminar hacia la salida. El señor continuaba tocando su violín.

– Salvaje— le increpó el policía, revólver en mano.

El señor se detuvo, dejó de tocar y bajó los brazos, miró interrogativamente a la señora, al jefe, a los camareros y, por último, al policía. El señor sacudió la cabeza, como quien aparta malos pensamientos (y como los animales sacuden sus pulgas). Ladró e inmediatamente sonrió con gentil gesto.

El señor miró sus dos manos: una sostenía el Stradivarius, y la otra su arco. Acomodó nuevamente contra su mejilla el instrumento, recomenzó sus entrañables melodías, y caminó lentamente hacia el policía.

El policía aguardó hasta que el señor estuvo a uno o dos pasos, y disparó en pleno estómago del señor, quien, sorprendido, cayó sobre sus rodillas. Sin dejar de tocar ladró durante minutos que parecieron infinitos. Esta vez, su música acompañaba armoniosamente sus ladridos, de tal suerte que no era posible distinguirlos de las notas.

El segundo tiro fue en la frente, por lo que el señor cayó definitivamente muerto.

La señora se recostó contra el señor.

– Sucedería en cualquier momento, querido. Lo sabías tan bien como yo— le dijo muy quedamente mientras lamía la sangre que le brotaba.

\*\*\*

*“Señor nouveau pauvre, con savoir faire y savoir vivre sueña con joven dama, nouveau riche, con savoir faire y savoir vivre”.* H. de Z.

*“Si bebes para olvidar escribe el testamento antes de comenzar”*. Popular

*“El que siembra vientos recoge tempestades”*. Popular

*“Todavía es demasiado tarde”*. H. de Z.

*“La acción positiva comienza con el rechazo del pensamiento negativo”*. Refrán Popular

*“Libertad es poder hacer uso de todas mis facultades para conocerme a mí mismo y después de haber adquirido ese conocimiento tener el valor de presentarme a los demás tal cual soy sin negarme a mí mismo jamás”*. María Julia Boussy de Zuasnabar

*The shadow of your smile*

Hay quienes que, cuando se sienten rechazados tienden a huir cogiendo maletas o, sin siquiera eso, márchanse al hotel de al lado como a las antípodas, según puedan y/o quieran.

Otros, ante el atentado del rechazo se sienten más motivados para quedarse e insistir en no ser rechazados invocando para ello la fina persuasión o los gruesos golpes, según, también puedan y/o quieran.

Indudablemente yo, Horacio de Zuasnabar, pertenezco a la primera estirpe señalada: le escapo hasta a mi sombra cuando creo que me están tratando desagradablemente. No le escapo a la luz que posibilita mi sombra sino a la sombra misma. Es decir, le escapo a las ideas que los otros tienen de mí, no a ellos mismos, a quienes, en la mayoría de los casos, quiero mucho.

\*\*\*

*“La contabilidad es muy importante. La podemos hallar a la misma altura que las religiones y las ideologías políticas. Sirve, por ejemplo, para demostrar la existencia de Dios, calculando la supremacía de la resta del Bien menos el Mal. Además, si este resultado no fuera a gusto de la gente, tiene la capacidad de adaptarlo a sus exigencias”.* H. de Z.

*“He concluido que, en definitiva, fundamentalmente, lo que a mí me gusta hacer es pensar, también escribir, pero me alcanza con pensar. Por lo que necesito poco, pocas cosas. Sólo mi cerebro, casi. Y, si este de alguna manera se me estropea o cambia, ya veré qué necesidades desde allí tengo”. H. de Z.*

*“Soy de los que gustan que se les refute cuando no dicen la verdad y de refutar a los otros cuando se apartan de ella, considerando un bien mayor el ser refutado porque es más ventajoso verse libre de un mal que librar a otro de él”. Sócrates*

*“Montesco o no Montesco, ¡tú eres tú!*

*En cambio un nombre ¿qué es? Ni pie ni mano ni brazo ni semblante. ni cosa alguna que al hombre pertenezca”. W. Shakespeare*

\*\*\*

### **El mundo según Romina**

Romina era la interna del agregado militar en su país, en la capital de la segunda potencia mundial. Su país de origen era la primera fuerza terrestre.

No tenía aún veinte años. Delgada, de bellos rasgos semitas tenía carácter romántico. Su ama le permitía dos salidas semanales: la tarde del sábado y el domingo.

Romina –aún fantasiosa– era eficiente y limpia. Su ama, conforme con su dedicación, acostumbraba elogiarla comparando su eficacia con la de su marido en la alta diplomacia. Lo que aparentemente ignoraba Romina eran las tareas de espionaje de sus patronos. Estos, periódicamente, deslizaban los mejores secretos de su país al servicio secreto del país donde habitaban.

Fue un sábado de primavera calurosa cuando Romina prefirió quedarse en casa. Aturdirse en una ruidosa discoteca y encontrarse con la mañana del domingo en quién sabe qué cama esta vez no la sedujo para nada.

Sus patronos se alegraron serenamente, porque no confiaban dejar deshabitada su casa. Partieron entonces a una finca, propiedad de connacionales importantes. Para ellos, el hecho era aceptablemente positivo: un merecido descanso y con la no despreciable probabilidad de escuchar informes que serían pagados a muy buen precio.

Romina quedó sola. Se sentía dueña de casa y esto la gratificaba. Por la noche se recostó en la cama de sus amos. Y, antes de dormirse, miró la estantería que disimulaba la caja fuerte, tantas veces hurgada por sus manos.

A medianoche se despertó, sobresaltada por ruidos. Caminó silenciosamente hacia el escritorio principal y vio, desde la penumbra, un hombre joven con papeles del despacho. Pese al miedo Romina pudo decirse a sí misma que el hombre no era nada feo. Volvió sobre sus pasos, hasta la cocina y cogió una cuchilla. En sus manos le pareció enorme y brutal. Se miraron cara a cara. Romina levantó la cuchilla. El muchacho le preguntó quedamente quién era. Desconcertada, contestó con singular orgullo que era Romina, la sirvienta de esa casa. Hubo un silencio, para Romina, infinito. Primero le tembló la mano. Luego los ojos y la boca. Entonces, suspiró profundamente y bajó el arma.

Romina había encontrado su príncipe azul, Raúl.

Desde ese día se vieron secretamente. Romina le abría la caja fuerte y él, le contaba sus aventuras de espía.

De él, Romina buscaba su amor inestable y comprometido.

Ambos eran connacionales y conocían el espionaje de Melson y su mujer, los amos de Romina. Raúl estaba destinado al contraespionaje. Se hacía eficientemente de las informaciones que el matrimonio Melson conocía del país al cual servían.

A Romina le fascinaban los secretos y traiciones de los Melson y de Raúl, todos sus connacionales. Le fascinaba encontrarse en el centro de la acción, conociendo propósitos y hechos de unos y otros.

Sin embargo, pese al común lugar de nacimiento, Romina se autoexcluía a la hora de pensar en su raza.

Su país de religión era cada vez más fuerte. Era el orgullo más íntimo de Romina. El mismo año en que cumplió sus quince años su pueblo religioso había abandonado el Mediterráneo. Se habían adentrado en lo más recóndito de los Andes. Lejos de cualquier otra especie humana.

Los Melson seguían haciendo su vida habitual. También Romina y Raúl. Aunque todos, sin reconocerlo, día a día estaban más tensos. Excepto Romina.

Como cada día de invierno, Romina sirvió el café, en la sala de estar, después de la cena.

Poco después de beberlo los Melson murieron.

Romina dejó todo como estaba y se encerró en su habitación, dejando la ventana con el cerrojo abierto.

Más tarde, aterido de frío, Raúl abrió la ventana y se reunió con el calor del ambiente y de Romina.

Durante la madrugada, mientras Raúl dormía, Romina fue hasta la cocina, buscó aquella cuchilla y lo mató de dos puñaladas.

Luego se vistió y partió. No era tiempo ya de permanecer en esa casa, y menos, en esa zona.

El avión de línea –uno de los últimos– partió para las montañas, una hora más tarde, con Romina. Indudablemente el cálculo había sido perfecto.

Al llegar a destino, Romina fue recibida por el jefe de la operación. La saludaron con respeto y emoción. Pese a su corta edad su participación había sido decisiva. Recién en los refugios atómicos de alta montaña, Romina lloró.

Luego descansó. Por la mañana, detalló su persistente falsificación de información, que exasperaron tanto a los superiores de los Melson como a los de Raúl. Desesperación y confusión tales que provocaron la declaración de guerra total: una vez apretados dos botones se generó la reacción atómica en cadena.

El mundo se vació de civilización, excepto de aquellos, que en las altas montañas, se cobijaban de los años de contaminación.

Romina murió mucho tiempo antes de que su pueblo bajara definitivamente hasta el nivel del mar.

Desde ese entonces el mundo tuvo una sola civilización, una raza y una religión. Pero por sobre todo se cumplió la palabra de Dios: el Pueblo Elegido en la Tierra Prometida.

\*\*\*

*“¿El otro es siempre un enemigo?”*



*“Dios nos ha dado inteligencia y sentimientos para nublarla”*. Clarita Boussy

*“La educación de un hombre comienza cien años antes de su nacimiento”*. Napoleón  
Bonaparte

*“La tumba de los hombres es la cuna de sus dioses”*. Nietzsche.

\*\*\*

### **Genealogía de la inmortalidad**

Cuando decidí llegar a la cúspide de mi carrera fue cuando consideré que ya estaba preparado para alcanzarla. Me había capacitado, consciente e inconsciente, voluntaria y casualmente, toda mi vida hasta y para ese momento.

Mi infancia fue cruel y sufrida, detalles monumentales que nunca nadie llegó a atender me forjaron como un *enfant terrible*. Ser rebelde con pocos años conduce al desarrollo de la inteligencia y obliga a permanecer alerta, empuja a la incesante vigilia de los sentidos: en mí, he corroborado que las personas perseguidas –en cualquier forma–necesitan crear más facultades de defensa y ataque que las otras.

A mis pensamientos infantiles y de adolescencia los recuerdo nítidos. Siempre lo hice. Creo que desde aquel entonces fui el que hoy soy: me *hice* y permanecí sin variantes. Por lo tanto, en mis actos, no podría haber existido otro modo de evolución y desquite. Mis padres me persiguieron malignamente con consejos absurdos, grotescos, que ellos consideraban ‘morales’. Pero yo los odiaba por igual a esas ‘recomendaciones’ y a mis padres mismos. De tal malicia, intencionada o no, de mis progenitores no era posible otro resultado que un hijo ‘correspondiente’.

De joven, me conmocionó leer a Nietzsche, especialmente cuando se refiere a los judíos, pueblo que siendo por siempre perseguido aumentó notablemente su inteligencia y habilidades: si no lo hacía, moría. Desde entonces, Nietzsche –combinado con Maquiavelo– es un espejo doble, frente y al lado mío, que me abarca y determina cuando dice que los oprimidos crean, con su necesariamente exacerbada inteligencia, nuevas ‘morales’ para derrocar a sus opresores. Ciertamente, morales nacidas del odio, con ansias de venganza, también totalitarias. Sí, lucidez –creo yo y otros– no me falta.

En consecuencia, así fue y sigue siendo mi conducta. En todo caso, si no nací bien dotado, la necesidad se ocupó de ello: los antiguos y continuos ataques sufridos me educaron en la observación y el desciframiento de los pensamientos y las reacciones ajenas. También me enseñaron las virtudes de la inspiración y la voluntad conjuntas. Aprendí en carne propia que para no ser arrollado hay que ser talentoso y que el talento no es sólo la inteligencia en su estado puro sin aplicación ni es solo la voluntad –tesonería animal– sino la conjunción simultánea de ambos atributos, los cuales, por separado, dejan de ser virtudes.

Además, naturalmente, aquellas agresiones borraron en mí sentimentalismos nefastos como el romanticismo y la fe en los hombres y mujeres ‘de buena voluntad’.

La ausencia de amigos (mis compañeros de clases y labores fueron sólo competidores de mutuo odio contenido) y la obnubilada fe en Dios de mi madre hicieron que me aferrara a esa misma obsesión, a mi manera y para mis fines. Aunque realmente nunca acepté la existencia de algo tan inasible –‘incontrolable’ por mí– como un Dios (o muchos, para el caso da igual). Esto me sirvió para hacerme a mí mismo, en solitario, paso a paso. Mis ‘conversaciones’ con Dios nunca han sido más que mis preguntas íntimas contestadas por mis propias respuestas, adecuadas libremente a cada necesidad.

Me fui haciendo fuerte en mí mismo y en nadie más. Aprendí a darme lugar entre amigos útiles y separarme de los que no lo eran, siempre en forma cortés, considerada, incluso cuando mi paciencia se agotaba: no era ni es conveniente crearse enemigos, aunque se los pierda por el camino, ya que este tiene vueltas, recodos y atajos, y en ellos, la experiencia mortal ajena muestra que alguien entonces acecha.

Sin embargo en un principio fui drástico en mis actitudes: dejaba entrever mis pensamientos. Fue en la época de seminarista, la que no estaba exactamente en mis planes, antes pensé asesorar empresas. Entré por despecho, cuando me rechazó una santulona de mi parroquia. De todas maneras, todos confundieron mi decisión con una profundísima y ortodoxa fe. Con el tiempo fui desbraveciendo mis modales, aligerando mis palabras hasta hablar bastante diciendo lo insuficiente. El determinismo anterior, aunque despertaba cierto y rápido respeto, no mucho más tarde podría producir inconvenientes. Y los enemigos no siempre son los estúpidos.

Con los años, logré que mi aplomo me destacara. Mi temple, mi permanente ánimo conciliador, ni remotamente dejaba vislumbrar mis infinitas ansias interiores. Mi tacto me divertía con naturalidad, sin esfuerzos. Había asentado firmemente en el temprano aprendizaje de *El Príncipe*: es que la diplomacia no es más que parte necesaria, y casi suficiente de la

misma cosa, el *medio*. Que “el fin justifica los medios” es mi premisa más recurrida desde que recuerdo el uso de ‘mi’ razón.

Quiero expresarle que, luego de las experiencias de mis tiempos drásticos, algo dolorosas, pero muy educativas y –lo que es crucial– sin consecuencias contrarias a mis objetivos, he aplicado sistemáticamente una sana hipocresía. Nunca tan bien empleada.

Con notables resultados desde aquel entonces parroquial en que la niña se burló de mis intenciones, hasta la actualidad, en la que satisfago ése como casi todos mis deseos con la ‘bondad’ nietzscheana de un verdadero rey, he escalado posiciones sin exteriorizar verídicas prisas pero sí pausas inexistentes. Vale decir, he sostenido un progresivo poder, acompañado de un creciente respeto. Y es que, hoy por hoy, las vidas –individuales como hasta la de pueblos y estados– las hago así como las ‘deshago’.

Desestimo las luchas y las discusiones directas, las he orientado tangenciales a un punto que no es fácilmente cuestionable entre la gente: Dios (no en vano le he dedicado tan exhaustivo examen). Actuando así, los enfrentamientos se me han presentado sencillos: no soy yo quien lucha por ningún aspecto o poder sino que, por el contrario, es Alguien a quien ninguno de mis contrincantes quiere –aunque pudiera– enfrentar: el ‘Todopoderoso’ es decir yo, pero a través de Él. Es realmente cómico, estúpido, quizá por eso, por con quién creen que lidian, es absolutamente efectivo. Me tienen pavor, por lo que de Él ven en mí. Más imbecilidad no me es concebible. Si se me exigiera un poco más, ya se me haría irresistible, a través de la carcajada.

Reconozco que he necesitado mistificarme de continuo. A veces me sucede no discernir entre mis razonamientos controlados con aquellos que son de neto corte delirante. No me preocupa el hecho, ya que tanto paso por Dios que no faltan los que aseguran que es Dios

quien pasa dentro de mí hacia ellos y, encima, me lo agradecen, es que sus místicas obviamente desesperadas no les permiten tomar para sí mismos tan directa ‘responsabilidad’.

Entre los candidatos, ciertamente he llegado más lejos que todos debido a mi inalterable ambición, de poco usual, bien fingida humildad. En otras palabras, en tanto ellos se conformaron, algunos a regañadientes, en ser mandos medios, más o menos jerarquizados por la manada, yo siempre aspiré y procuré la subjefatura del rebaño. La jefatura nunca la pretendí (sobradamente conozco mis posibilidades: me hubieran encerrado, como a otros, por loco). Pero tampoco éste hecho me ha perturbado: ya le he dicho que el jefe es tan ‘esfumado’ que concretamente tiene, por los siglos o mientras yo viva –que ya es harto suficiente– delegadas sus funciones en la subjefatura, es decir en mí.

Mi poder hoy es absoluto. Y la responsabilidad que se me podría atribuir sobre algunos errores es relativa ya que, para todos, no soy más que un portavoz, un ‘mandado’ y, mientras me salga bien, ‘infalible’.

Ciertamente he logrado una posición envidiable.

Hoy sólo me resta una última concreción, sin interés real para mí, pero realmente muy simpática a mi forma de ver. Por eso, del mismo modo deseada en mi más íntimo sentir. Significaría mi última revancha, dentro de todas las que he logrado, a esta vida tan insensata, tan absurda que ‘Dios nos ha dado’ con la suficiente conciencia como para poder ver que es, a medida que más viejos nos hacemos, peor, más dolorosa en enfermedades que terminan matándonos sin siquiera poder intuir un bastante imposible después; injusta, aunque yo lo haya sabido –y con perseverancia hasta la tumba lo sepa– devolver con la misma moneda toda su grotesca ‘realidad’.

Me refiero a mi beatificación y posterior santificación después de mi muerte. El tema está bien encaminado: más que nunca, con lo andado, me tengo fe, habiendo dejado, como he

dejado, ciertos aspectos, personas e instituciones ‘arregladas’. A poco de mi muerte próxima – este cáncer no respeta ni subjefes– se comenzará mi proceso de canonización.

Mi triunfo, mi venganza plena, está ya sobre vosotros, humanoides creídos de humanidad. Por si acaso, por si de algo sirve, ustedes me recordaran y me transmitirán a mí, de generación en generación. De ninguna manera –‘Dios me libre’– yo a ustedes. Me tienen harta. Tanto simular si yo, en un principio, únicamente quería hacer dinero como asesor”.

– En fin, cosa que ha hecho.

– ¿Y fornicar con aquella niña?”

– Bueno, no fue con ésa, pero sí con tantas otras...

– ¡Basta, estoy podrido, realmente podrido!–fue lo último que, extramuros, le escucharon, tomándolo como un milagro, ya que suponían que desconocía su enfermedad.

Por esta considerada ‘visión’, y por otras sabiamente urdidas, no pasaron más de algunos años para su ingreso en el Santoral. Desde entonces, a muchos recién nacidos los afortunan con su mismo nombre.

\*\*\*

*“La capacidad de reír juntos es el amor”.* Françoise Sagan

*“Decir toda la verdad puede ser cinismo”.* Clarita Boussy

\*\*\*

## Amor y pedagogía

*a Sarmiento*

Hoy he dado una clase excelente. Y al respecto pienso que no estaría bien olvidarme en el futuro que he tenido un día universitario tan bien logrado, relajadamente.

Llegué acompañado por la profesora adjunta –yo sólo soy un adscripto a la cátedra, aunque sea unos años mayor que ella–, adjunta al titular, quien fue y es profesor de todos. Quiero decir que el titular fue profesor del que suscribe, de la adjunta y de los compañeros de carrera de cursos superiores de los alumnos actuales. El catedrático es un excelente profesor que, con sus palabras tranquilas, con sus ejemplos claros, con sus chistes moderados y no tanto pero correctamente dichos, con su manifiesta inteligencia, conocimientos y oratoria seduce a su alumnado, al menos a los actuales alumnos y a mí, que compartimos abiertamente nuestra admiración por el ‘común profesor’. No sé si lo mismo siente la adjunta, porque es una mujer rara y evidente a la vez, no sé si para los alumnos –chicos aún– pero sí para mí. Cuarentón largo y especializado en escrutar humanos, a partir de lo propio, naturalmente.

A la adjunta me parece que no la quiere nadie. El catedrático dice a los alumnos y al que suscribe: –Bueno, la adjunta es así, ya saben cómo es ella. Vamos a solucionarlo así... –y los alumnos manifiestan casi a gritos que ella no les gusta: –Es pituca, engreída, sobradora, no sabe explicar, lee todo. Para eso, en vez de dictarnos que nos dé una fotocopia, etc. – y me lo dicen a mí, acercándose confiadamente, como, con distancia, hacen con el catedrático.

Y me dicen: – ¡Ufa! ¡Esa es insoportable, es un aburrimiento total!

Y los martes faltan muchos a clase, y los jueves, cuando a la clase la da el catedrático, se vuelve a llenar.

Hoy es martes, así que faltaron muchos. Creyeron que la clase estaría a cargo de la adjunta, como estaba previsto y hablado con ellos, pero una reunión de cátedra cambió los planes y yo fui elegido para resumir lo visto la clase anterior y realizar un práctico sobre la misma teoría.

Apenas llegué y di una clase perfecta. Fui desgranando todos los temas del día, tanto teóricos como prácticos, interactuando a su debido tiempo con el alumnado, en un discurso de una clase lúcida, serena y simpática.

De vez en cuando invité a participar a la adjunta con señales de complicidad docente, por supuesto no ocultada al estudiantado, como abriendo un espacio amable de participación. Pero ella siempre se abstuvo. Y yo pensaba que los chicos se preguntarían: –¿Qué le pasa a ésta?– o, peor: –Detesta al adscripto– como me han dicho ellos que ella manifiesta. No participó ni una vez. Hasta tanto llegó que, a las once en punto –recién entonces prestamos, clase y yo, atención a la hora–, me dijo (como otras veces) que ella se tenía que ir y que yo cuidara de la llave del aula. –Sí, sí– le contesté, deseando sinceramente que por esta salida intempestiva de ella no se me entorpeciera la clase, a último momento. Y mientras ella salía, yo continué con lo que estaba diciendo, con la mejor seducción que pude. Y los alumnos ni se movieron de sus posturas de oyentes. Y ya habían pasado las once –estábamos desde las nueve– entonces le puse un broche de oro y con naturalidad se dio el fin de la clase. Algunos se me acercaron para informarse, mientras yo salía. Me fui al bar de la misma facultad, pedí un mate cocido y esperé mi turno para que me llegara el diario. Lo leí, pagué y, cuando ya estaba por subir al ómnibus un grupito de mis alumnos me gritó “¡Chau, profel!” de una manera que, al margen de ser septiembre, me hizo sentir muy primaveral.

---



\*\*\*

*“La fe la crea tanto la esperanza como la desesperanza”.*

---

\*\*\*

### **Un suceso en el metro**

Salí toda sudada de la discoteca, sudadas las medias e incómoda la mini, bajo la mirada de los frescos madrugadores. Con mi novio en la disco nos dimos una hermosa y memorable paliza. Y estoy toda sudada, caliente y semidesnuda. Suerte que ya entramos al metro. Laura también va como yo –mismo estado físico mental– con su hombrecito. Muy macho parece. Está rebueno. ¡Si no fuéramos los cuatro amigos desde hace tanto! Voy recachonda y en el vagón me sientan entre los dos. El novio de mi amiga, este Carlitos, evidentemente me está tocando con su codo mi brazo. Y me gusta ¿Será desgraciado? Si se lo comento a mi novio se matan, después de tantos años... Ahora ya me apoya olímpicamente, como si nada, todo su brazo sobre el mío, refregándose sus sudores y escalofríos con los míos. ¡Pero si me estoy mojando! Me está mirando fijamente, ahora también lo hace Laura y su Carlos. Nos miramos todos con caras tristes de resignaciones y cariños, pero ninguno habla. Todos serios. En cierta manera no sé por qué lo siento muy bien así, como también en su tristeza todos. Llegamos a donde primero tiene que bajar el novio de mi amiga. Se levanta, nos mira serio y con cariño a todos por igual. Nosotros igual con él. Llega hasta la puerta y, al abrirse, se da vuelta y me llama levemente con la cabeza. Desconcertada miro a mi novio que me sonrío triste y asiente la indicación del novio de Laura, que no hablaba, pobrecita, lagrimeaba. Me levanté, les di un beso a mi novio primero y luego a Laura y en seguida salí del vagón de la mano del novio de

mi amiga. Saludamos a través de las puertas ya cerradas con los brazos a Laura y a mi novio, a los del vagón, ellos nos saludaron igual. Y me abracé a ti hasta ahora que, Dios mediante, pongo término por poco tiempo a mi querida Literatura.

\*\*\*

### *Saturday, summer*

Uno se pasa la vida intentando no estar o no sentirse solo. Hoy, por ejemplo, es un hermoso día de verano que parece primaveral: todo sol, corre un aire que lo hace perfecto para que miles de hermosísimas chicas casi desnudas, con carne y piel jóvenes, firmes, torneadas, bronceadas, y con un vello que las termina de perfeccionar; unos cabellos sin teñir, negros, castaños o rubios brillantes, suaves, largos o cortos y unos rostros que ofenden por su lujuria hayan decidido, todas ellas, mostrarse en el balneario municipal. Seguramente ya estarán, entre música y cervezas, bronceándose al sol y a la mirada de tantos.

Yo me desperté solo y sin saber qué hacer este sábado. No tenía a quien llamar.

Terminé a la mañana algunos detalles aún pendientes de la semana y, casi al mediodía, regresé a casa, ya bastante preocupado. Podía pasar una tarde de mierda, dependía de mí.

Me metí en casa no sabiendo si me quedaría allí toda la tarde, quizá medio borracho, o saldría a ver gente y paisajes. Si me quedaba en casa dormiría, pensando que, tal vez, por la noche me encontraría descansado para salir ¿pero con quién? Me empecé a malhumorar. Yo

ya conocía este derrotero. Me sobrepasa: fui hasta la heladera y saqué unas achuras que sobraron de mi almuerzo de ayer, con Gogui, esta mina que, a medias, tengo.

Pensé si sacar vino o *Coca light*. Me decidí nomás por el vino, pero haciéndose así más segura la idea de que no me quedaría allí, dormido por estar semiborracho.

Al contrario: no tomé mucho. Tomé lo necesario, entre comidas, para sentirme relajadamente satisfecho como para llegar medio mareado a tomar el ómnibus que me lleve, medio dormido, hasta la playa, donde primero pediré un café a la sombra (desde donde controlaré el espectáculo) para luego seguir viendo mareantes chicas, bronceándonos al sol.

\*\*\*

*“Lo importante es vivir, no sobrevivir”*. Refrán popular

\*\*\*

## **Genialidades**

Dentro del ordenamiento jurídico

un genio

navega libre

de ataduras familiares,

dependencias pseudoafectivas,

opiniones sociales,

sin buscar aprobaciones

ni desaprobaciones,

sin sostener a nadie

y sin nadie que lo sostenga,

ni lo autorice,

ni desautorice,

hasta morir, único.

Por lo demás,

solo y acompañado

como todos y cualquiera.

Un genio.

\*\*\*

## **La herencia de papá**

Sus destinos eran odiosos.

Borman siempre había tenido más cara de asesino que Grunch, quien se quedó helado cuando aquél, también como un témpano (pero diferente: en Borman el hielo parecía ganado por tumultuosas sangres calientes), negó repartirse la fortuna entre los dos, tal como éste propusiera. A un movimiento de la mano de Grunch insinuando la mitad del porcentaje, Borman le replicó con un ostentoso, inmutable negar con el dedo índice, sin palabras, mirando de reojo al extranjero muerto que yacía grotescamente, medio en el suelo, medio en el sofá, aún aferrando la maleta con cientos de millones que, en un equívoco menos explicable que conjetural (quizá incluso, de advertirse, no digno de mencionar) le entregara un presunto banquero a toda prisa, en la Gran Vía, minutos antes.

El extranjero, al percatarse del contenido de la valija, se había vuelto veloz y en extremo agitado a la casa que, desde dos meses atrás, para aligerar gastos y cuando aún los dos le eran desconocidos, había decidido compartir con Borman y Grunch. Con su soledad de inmigrante entró, explicó lo ocurrido y, quizás por la emoción, murió.

Inmediatamente, Borman le sumó al índice negador dos dedos más y, dejando ahora la mano quieta, dijo: –Será entre tres, no dos.

Grunch se sintió desconcertado. No experimentó el menor deseo de arrojarse sobre su revólver –sobre la mesa, muy cerca– y emprenderse a tiros con el reconocidamente más rápido Borman quien, por su parte, acarició con sobrada elocuencia el refregado cuero de la cartuchera de su negra y acerada *Parabellum*.

– Tú, yo... y la hija de este desdichado, la que vive en su tierra, dijo Borman.

– ¿Sin importarnos siquiera no conocerla?– ensayó, incrédulo, el otro.

– ‘Querido Grunchy’, intenta ser comprensivo– manoseando el cuero, sintiéndose fugaz como un ‘padrino’ de la mafia sobando a su gato (quizá a una mujer) continuó: –Difícil es negar que, si no le damos *su parte* –cabeceó señalando al extranjero– éste nos las jura desde donde esté, nos mandará todos los diablos a nosotros. El dinero se nos volverá infernal. O sea, coño, que no lo pienso repetir: su hija, tú y yo... o su hija y yo.

Grunch –exagerando una mueca de odio que más intentaba disimular su falta de entendimiento– miró desafiante a Borman, gruñó y aceptó, quedándose pensativo.

Por la escasa conciencia de Grunch desfilaron posibilidades. Entrevió, entre otros, un argumento en el cual Borman no era realmente más delincuente que él, sino lo contrario. Se disculpó entonces aparatadamente pero, por su interior –por sus entrañas– corrió hacia Borman mucha ira, sin salir.

Sus destinos eran odiosos. Una vez más se contuvo. Fueron hasta Correos, donde él mismo tuvo que hacer el giro a la hija del forastero, bajo la atenta y socarrona mirada de Borman: acariciando su arma por encima del gabán, como quien se palmea satisfecho el estómago, luego de comer.

Una vez hecho –ya irreversible, ‘irrecuperable’– el envío, notó con rudimentario asombro que no odiaba a nadie, al menos por el momento. Borman le sonrió.

Y en el Café Lyon, en la misma mesa de al lado de la ventana, donde tantas veces, entre escrito y escrito, el extranjero pensara a su hija, entre risotadas, bebieron.

La hija del exilado nunca les conoció. El giro fue, simplemente, el último giro de papá.

*Café Lyon, Madrid en 1989.*

\*\*\*

*“A la patria no se la quiere porque es grande sino porque es nuestra”. L. A. Séneca*

\*\*\*

### La culpa fue de Telecom

Ayer nomás

yo estaba por teléfono con mi hija departiendo

cuando, altiva y sinuosa

–acorde con la graciosa princesa que sos–

entraste a la cabina de al lado

mientras me mirabas decididamente.

¡Ay! ¡Un leve cristal nos separaba!:

si no hubiera sido ajeno

y siendo éste un caso de urgencia extrema

por alcanzarte con mi pecho lo rompía.

Refrenando mis instintos aparentemente humanos

bajé los ojos –entiéndeme que, además, estaba mi hija de por medio–.

“Mirame, mi futura reinita”– pensé pero sin decírselo a mi prole–

“mirame todo lo que quieras: estás en tu derecho...

...mirá bien a quien te espera a la salida”.

Ya en la calle no fue fácil juntar tanto coraje

y es que no soy precisamente un pirata ducho en abordajes,

pero así como te alejabas se alejaba de mi cuerpo su alma

y esa es la peor ocurrencia para cualquier escritor:

probé ofrecerte mi libro. Balbuceé “¿Te lo dedico...?”

“Como vos quieras” –te oí filarmónica–

“...no suelo hablar con desconocidos...

si con vos lo hago es porque me inspirás confianza”

Entonces, yo te quise acunar, yo te quise besar.

Besar y besar, quererte y demostrar tu sagacidad.

Porque yo también me he equivocado algunas veces ¿sabés?

Sufrí esas veces lo que jamás te dejaría sufrir a vos.

¡Qué linda estuviste! No sólo ‘linda’ como todos te dirán, no:

qué linda que sos en mi recuerdo de vos. ¡Gracias!

Tantas veces gracias como tantas veces quieras cubrirte de amor.

Atolondrado... ¡soy un atolondrado! sí, ya lo sé.

Pero... ¡qué más lindo que mi atolondramiento por vos!

Yo, que no espero nada... que no sea también de tu deseo.

Porque si llego a esperarte muero de tanta alegría dejada

por mis labios en tus mejillas... en mis dos besos, a lo español.

Los poetas, niña –ése soy yo– aman a criaturas claras como vos,

tierna, simpática y sensible: ‘en un minuto te adoro para siempre’

aunque otro no me deje mirarte en los ojos

más que de reojo, tu puro pudor,

como ayer miramos los dos.



¡Gracias! una vez más, déjame agregar, amor.

Pero entonces el cielo literalmente cayó,

se estremecieron tus hermosas piernas cuando trémula me suplicaste

“¡No, no nos amemos, no! que mi novio me mata...”

“¡Ah, cruel pelmazo que martirizas ángeles! ¡Te parta un rayo!” pensé de él, reconozco que algo ofuscado, ya que agregué:

“En ese caso, a mí ‘alguien’ –no precisamente mi hija– también me mata”.

Y te lo dije muy jugado, como con vos corresponde.

Pero, como el caballero que instruyeron mis padres, obedecí y me marché escondiéndote dos lágrimas: una por vos: la que saboreé tan dulce,

otra por mí, amarga, porque a veces es muy amarga la sensatez.

Me marché sin volver la cabeza, para no perderla y correr

a abrazarme a tus piernas y compartir con vos tan sabrosos terrores.

Desde hoy entonces tengo así, de mi vida su resto, para ir olvidándote,

igual que desde ayer tenés todo tu tiempo para disponer de mí:

si un día, si un aciago día que ¡Oh, paradoja! nunca te deseo,

desamparada andás, sin rumbo y desdichada.

No te me prohíbas, por favor ¡No te lo prohíbas!

Descreé que el momento ‘fue’, cuando, en realidad, lo dejamos suspendido.

No te creas regalada, buscame en tus brazos como a un regalo navideño:

yo te abrazaré lo necesario, nunca más, pero tampoco menos.

No te quites de tu vida, de su ración buena,

como yo no me privo de la mía al escribir tu 'efecto' sobre mi vida.

Es que lo humano somos nosotros –vos y yo, mujer–

y no la foto fija del novio fastidioso

al que se acusa tan pronto como surge la confianza

con el desconocido... de la cabina de al lado

('desconocidos' que, entonces, no somos tanto)

mientras la foto te da la lata telefónica.

¿O no?: ¡Decímelo vos, ingeniera de destinos! ¿De uno mismo no depende?

¿O acaso no es el más necio el que se niega sus propias verdades?

¡Y esto fue todo! sólo porque así me lo has, mi señora, ordenado:

no te me agobies mi dulce Dulcinea.

¡Pero yo a solas me resisto! y me quejo y te sueño,

y mal me lamo porque en tu ausencia... mis sueños son pesadillescos.

¡Pero a nadie se lo digo! Sufro como en un tango,

como un buen 'macho argentino', para inmortalizarte esa sonrisa

que te conocí toda ternura y con la que quiero conservarte.

Oíme:

malhumorado como un crío revolcado en la pobreza

en la carencia a que me obligás yo igual así te adoro,

ensoñado con el día en que en tus hechos yo quepa,  
porque lo que es en tus sesos... me honra y enorgullece  
saberme igual de bello que vos en los míos:  
¡en los míos tan deshechos sin química como la tuya!

Pero... ¡Despreocupate, amada hermosa! si es que puedes despreciar  
tus más lindas emociones, tus más caras ilusiones  
y reducir todo lo nuestro a una 'nada' futura...  
¡No, por favor, no lo hagas! ¡Detené esa villanía!  
No destruyas lo que nosotros, con los ojos, dos palabras y dos besos  
en cinco minutos construimos lo que tu novio no pudo  
en tantos siglos... tan celoso... tan tedioso... ¡Y mejor me callo!

Así estoy, pues, así me tenés, como aquellos caballeros lanza en ristre  
en la sombra y en lontananza velando tu hermosa estampa,  
y es que no puedo olvidar que hasta Shakespeare imaginó  
italiana a su Julieta. Y a vos, tanita, yo... yo...  
¡Yo espero tu señal! Te basta con dejar caer un segundo tus párpados,  
que yo veré cómo se apagan todas las estrellas y el sol. Y yo...  
¡Yo volveré a ver cuando de nuevo me miren tus ojazos!  
veré a través de las galaxias toda la infinita luz celestial...

¿Acaso te late fuertemente tu escondido corazón? ¡Tranquila, muchacha!:  
necesariamente Dios va a disponer que me vuelvas a ver

(Él existe y es más bueno cuanto más buenamente existamos vos y yo)

Alma y vida poné para entonces en el descuido de susurrarme que conmigo

vibrás como yo con vos... y como diablillos olvidémonos un ratito de Dios:

como dos ruines mercenarios de inmediato en besos cobrémonos

cada verso... ¡Las alegrías que nos regalaremos los dos!

Ay, mi amada... ¡Qué cursi parece el amor!

pero sólo es cursi quien nunca lo vivió.

Y ya está bien: sólo por respeto a los demás... tan ausentes, además.

\*\*\*

*“Para nuestra desgracia, a diferencia de los animales irracionales, la libertad no es andar sin rumbo fijo por cualquier lugar. Es proponerse un lugar y alcanzarlo pese a los obstáculos y gracias a la ayuda de las normas humanas”.* Desconocido

\*\*\*

“Vive este día como si fuera el mejor de tu vida, jamás como el último”. H. de Z.

\*\*\*

Una línea indefinida,

horizonte circunvalar,

en el corazón,

una herida interior.

*“No te tomes la vida en serio que nadie sale vivo de ella”*. Anónimo

*“No conozco ni una sola canción de memoria. Detesto memorizar porque me dedico a pensar”*. H. de Z.

*“Puedo resistir a todo, menos a la tentación”*. O. Wilde

*“Mis escritos no son para cualquiera. Quiero decir que ellos están al alcance de todos, excepto de los intelectuales vigentes hoy. Y no sé si eso es peor o mejor para mi vida, ya que en literatura sólo me interesa la posteridad, cuando más extensa, mejor”*. H. de Z.

\*\*\*

### **Sobre la cultura**

La creación artística es un atributo del ser humano. Por lo tanto, no es propiedad de ninguna ‘élite de especialistas’ en particular, sino que es la libre expresión de la sensibilidad de los pueblos y de las comunidades donde se produce.

Entre los aspectos más relevantes que caracterizan al hecho cultural, se halla la capacidad para preguntar(se), la curiosidad, el deseo de buscar y encontrar respuestas, la capacidad de encontrar forma y orden en los fenómenos, la capacidad y la experiencia de volver a pensar, reestructurar y encontrar nuevas relaciones. También, la cultura, como producto de la inteligencia, comparte con ésta la cualidad de responder a situaciones nuevas y desconocidas.

Una de las definiciones de cultura más extendida es la de Ceertz:

“...una norma de significados transmitidos históricamente, personificados en símbolos. Un sistema de concepciones heredadas, expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento de la vida y sus actitudes con respecto a ésta”.

Podemos agregar que, en una sociedad –cualquiera sea ésta–, su cultura, y en particular sus artes, reflejan notable y significativamente el desarrollo alcanzado por sus integrantes, en los diferentes aspectos de la personalidad: emocional, afectivo, intelectual, físico, perceptivo, estético y de integración social.

Considerando así la cultura, y para evitar marginaciones y coadyuvar al desarrollo de las personas y del medio donde cohabitan, la función del estado debe consistir, principalmente, en facilitar e impulsar una postura activa de cada individuo.

En esta línea, entonces, lo que da sentido y contenido útil a cualquier propuesta cultural es el éxito de esa propuesta, entendiendo como éxito el bien social. Ahora bien ¿cuál es el bien social? En la actualidad se ha llegado a decir que la gente ha perdido la

esperanza –el deseo– del bienestar. ¿Ha perdido acaso la esperanza del ‘mejor-estar’ (al menos) que le salvaguarde mínimamente su dignidad y el deseo de vivir en libertad?

Creo firmemente que no. Por esto, la ‘política cultural’ no debe pretender ser una meta sino un inicio, abierto, flexible y atento a los deseos y a las necesidades ciudadanas.

Siendo la democracia el gobierno del, por y para el pueblo, es lógico pensar que un pueblo sabrá votar mejor, sabrá elegir mejor a sus representantes, siempre que entendamos a la cultura no sólo como el conocimiento de historia y matemática, por ejemplo, sino también como el ejercicio del pensamiento, la capacidad de éste para discernir y elegir. Una sociedad educada es más responsable, se expresa con buenos modales, ensucia menos, respeta las leyes y las normas, no es xenófoba ni sexista, cuando su cultura no es pura erudición sino civilización nacida de la reflexión cotidiana y permanente.

Una tentación política, proveniente quizás de la temporalidad de los cargos, es la de realizar actos solemnes y aislados, porque, dichos actos, se apuntan de inmediato en el *curriculum* del político. Crear estructuras quizás es menos ‘rentable’ (ya que incluso su ‘rentabilidad’ la puede disfrutar un sucesor político), pero es indudable que la ciudadanía, así como necesita de espacios y estructuras para atender sus necesidades básicas –vivienda, educación, salud, justicia, deportes– también necesita espacios, estructuras base, donde poder desarrollar libremente sus otros aspectos culturales.

Es una sensación extendida en la ciudadanía que las actividades artísticas son ‘usadas’ por la política, que los intelectuales y los artesanos son llamados por los políticos a la hora de las elecciones; que, en definitiva, esas actividades no tienen importancia en sí mismas sino sólo para otros fines. En este sentido, se puede entender que un político no se interese íntimamente por la música o por cualquier otra manifestación cultural pero es su responsabilidad reconocer la importancia de la cultura en la cohesión social y es su

deber, entonces, apoyarla, como a cualquier otro emprendimiento primordial. Y lo debe hacer alentando la personalidad dentro de la diversidad, es decir, sin favorecer nunca personalismos.

Sin duda, va siendo oportuno que la ciudadanía conteste en las urnas a una dicotomía, entre el discurso y los actos de gobierno, que producen vergüenza ajena, antes que esta vergüenza ya no sea trasladable, antes que sea directamente propia de una ciudadanía que no merece otros administradores.

Rosario, marzo de 1999.

\*\*\*

*“Yo creo que el vacío existe, entre otras cosas, para que se pueda saltar a él”.* H. de Z.

“Puedo imaginarme sin leer, pero dudo que pudiera vivir sin escribir”. H. de Z.

\*\*\*

## **Felicidad**

*a Katherine Mansfield*

Me despierto sin el despertador, desayuno, me baño tranquilamente, como siempre: primero con agua caliente y mucho jabón, mucho vapor; y luego con agua fría, tanta, tan fresca, que



cuando termino presuroso por secarme briosamente, con la toalla, ya de frío se está desempañando el espejo.

Antes de ducharme, me había cepillado suave pero a conciencia los dientes, las encías, e incluso la lengua y los labios. Súper limpito, tan a gusto.

Me peino parsimoniosamente, al principio con el peine de gruesos y romos dientes de madera, luego sigo con los dedos, mesándome serenamente los cabellos grises que voy teniendo, siempre abundantes, suaves y largos. Una delicia.

Luego, antes de retirarme del baño noto que quizás estén por insinuárseme unas arrugas a los costados de los ojos. Entonces, antes de ir a ponerme crema para el cuerpo en el dormitorio, tomo una crema especial para contornos de ojos –que alguna de mis chicas dejó al pasar–y, con rápidos golpecitos, me unto la piel, alrededor de mis ojos, que se aprueban en el espejo. Al terminar, me veo del todo bello.

En el dormitorio me vuelvo a explayar. Desnudo, encremo las partes de mi piel más secas, y las otras también, hasta sentirme de nuevo terso, como a los veinte.

Corresponde luego elegir ropas, desde calzoncillos hasta anteojos, pasando por el cinturón, para semejante ocasión, con gran parte de mi familia, madre, hermano menor (el mayor se me murió, como papá), hermana mayor (la menor vive afuera), mi cuñada y parte de mis sobrinos, tan lindos. Estoy satisfecho, ya me puedo morir pero antes tengo que ir al asado familiar.

Bueno, ya vestido me vuelvo a mirar en el espejo y termino aprobándome globalmente con sobrada satisfacción.

Dejo la casa con las ventanas semiabiertas para que se ventile, sin pensar que me van a asaltar justamente a mí; nadie tiene por qué: no tengo, en realidad, ni dinero ni maldad. Igual me cuida, no se vayan a creer. Mientras espero que mi hermana con su coche me pase a

buscar admiro el hermoso día y miro las chicas pasar. ¡Qué fantásticas! Cuando llega mi hermana en su autito rojo, mis sobrinas emergen de él para darme besos acompañados de enormes sonrisas que me animan a subirme al coche, darle besos a mi hermana y partir todos raudos para pasar a buscar por último a nuestra querida madre, camino al nuevo chalet de mi hermano. Llegando al departamento materno, mamá ya está saludando, también con una sentida sonrisa, benévola, tierna, maternal. Sube al auto, entre nuestras ayudas y, ya amontonaditos, hablando de todo un poco seguimos igualmente raudos, camino a lo de mi hermano. Mi hermano, desde la parrilla nos saluda con la mano, y después de darle besos a todos, llegamos hasta él, y hacemos lo mismo. Todos besos, tan lindo.

Cuando la carne ya está lista, mi hermano la lleva, al mismo tiempo que nos llama, a la mesa. Y por primera vez se hace silencio, todos estamos comiendo. Y mamá vuelve a decir: – ¡Qué silencio!, se nota que había hambre...– y todos sonreímos mientras comemos.

Luego, la inmortal sobremesa, al menos, para mí. Mi sobrina de cuatro años, no me para de hablar, mientras su padre, mi tan querido hermano, juega con una especie de ‘cubo mágico’. Mi sobrina me habla sin parar, cambia de temas enhebrando uno con otro con una habilidad que desconozco. – ¿Consultaste con el pediatra?– le pregunto cuando mi sobrina me parece distraída, y mi hermano me contesta con una carcajada: –Se nota – me dice – que hace mucho no estás con chicos. Y yo le asiento tanto hacia afuera como hacia adentro, y recuerdo –y mi hermano se da cuenta– a mi hija que tengo tan lejos siempre, esta vez ella en Europa y yo, en Argentina. Antes había sido al revés, aunque siempre nos hemos querido tanto.

Mis padrinos tan pero tan queridos, han venido un ratito traídos por su hijo, mi primo. Yo los quiero mucho, pero hoy no es el día mío para ellos, sino para los más míos, aunque ellos sean lo más mío. Yo los miro y sin decir nada con ellos solo dejo pasar este día, que es

de todos, no sólo nuestro, como en sus almuerzos, o en sus cenas, tan encantadoras, inolvidables, como ésta, con mi hermano, pero tan distintas. Tan rica es la vida.

Mi sobrina me fascina. La tengo sobre mis rodillas y me mira y habla sin cesar. Tiene unos enormes ojos. Y gesticula. Y le veo esos bracitos, piernitas y cachetes y me la quiero comer a besos, pero me reprimo, para que no salga huyendo y yo me la pierda. La dejo y me compenetro con ella aún más. Mi hermano, al lado, sigue jugando en silencio. ¿Me estará escuchando? Yo me enternezco definitivamente. Le hablo a mi sobrina con diminutivos y ella me pregunta: – ¿Por qué me hablas a mí vos así? – y su padre larga una carcajada. Yo la miro, escondiendo mi ofendimiento, y le contesto: –Y... ¡Porque sos chiquitita! – y me agunto una vez más apretujarla contra mí, esta vez de desesperación. Todo pasa así, bien. Cae la tarde y yo me tengo que ir. Mi hermano y mi sobrina (mis otros sobrinos son otras historias, muy especiales, también, adorables, ya van a ver, algún día, si Dios quiere) me llevaron a la parada donde yo tomaría el bus. Apenas estábamos llegando a ella cuando mi hermano divisó el ómnibus viniendo. – ¡Dame un beso! – le dije a mi hermano. Nos lo dimos. –Dame un beso– le dije muy dulce a mi sobrina. Y, rápida (porque venía el autobús) me plantó uno de esos besotes de niños.

Bajé lo más correctamente que me permitía mi estado emocional e hice señas al chofer del colectivo. Subí. Más inseguro que otras veces, metí la tarjeta en la máquina controladora y busqué un asiento apropiado no sabiendo bien para qué. Me apoltroné para recorrer el largo camino de vuelta a mi casa, pensando en la hermosa tarde que había vivido.

\*\*\*

## **Mi patria**

*A la traicionada*

A mi me duele  
esta necesidad argentina  
de doblegar  
a sus gobiernos democráticos.

\*\*\*

## **Lo bello como instinto**

*mi aporte a la Antropología*

Darwin dijo que, en la selección de las especies, tanto machos como hembras se buscan entre sí, para procrear, siempre y cuando sean sanos y fuertes, mejorando así, instintivamente, a su especie. Llevado al plano humano, en alguna medida por lo menos entonces se podría decir que hombres y mujeres también se buscan siempre y cuando sean sanos y fuertes, alegando, en esta especie, que el otro es bello, física y/o intelectualmente. Por lo tanto nos podríamos

atrever a proponer que la belleza, el concepto de lo bello, tiene también un componente instintivo, no sólo racional (y siempre, en hombres y bestias, emocional).

Cuando Pascal escribió “Lo bello es lo que gusta desinteresadamente” quizá no se daba cuenta que ese interés que le provocaba la belleza desinteresadamente, sin saber por qué, era justamente su instinto. También, cuando a su vez Stendhal intenta definir lo bello y dice: “lo bello promete felicidad”, sin poder explicar cómo y de qué tipo de felicidad se trata, quizá tampoco tuvo en cuenta su instinto, el que de forma inconsciente lo hacía ver en las cosas bellas la posibilidad de ‘mejorar’.

\*\*\*

### **Las edades y el sexo**

No es novedad que señores, ya entrados en años, se arrimen a jóvenes señoritas. Y viceversa: que jovencitas se arrimen a maduritos. La diferencia de edad no es novedad, aunque lo parezca. Recuerdo a uno de mis tíos bisabuelos –mejor dicho, recuerdo lo que de él me decían en casa– que se casó pasados los treinta con mi tía bisabuela, cuando ella no tenía todavía catorce y a quien, para llevar a la cama, tenía que ir a buscar al jardín y arrancársela a las otras niñas. Y con la muñeca en la mano –escena literal– se la llevaba al dormitorio, sin violencia, por supuesto, quiero creer según me han contado. Vaya uno a saber. Pero todo legal, eso sí, como ahora. Quizás más que ahora cuando tanto esposo con bodas de plata abandona a su ya plateada esposa por otra nueva, de la edad de sus hijos o incluso de la edad de sus nietos. No es igual. Las intenciones no son las mismas. ¡Qué novedad! dirían mis tíos bisabuelos y dirán los tan actuales señores y sus jovencitas compañías.

¿Y por qué no es igual? ¿Qué no es igual?

En quizás menor cantidad, tampoco es novedad que señoras, ya bien maduritas, larguen legítimos esposos en pos de jóvenes efebos que pasan a officiar, si no de nuevos cónyuges, sí de pareja oficial. Tampoco es novedad. Ni lo era en tiempos de mis tíos bisabuelos. Mucho más a escondidas: escondidamente a todas voces, incluso a todas luces: ‘¡Qué novedad!’ Entonces ¿cuál es la novedad? ¿Hay novedad? Incluso ¿hay novedad en las formas? Y no me refiero a las superfluas formas temporales de vestuarios y salones, sino a las últimas formas, a la cabal forma del sentido de las cosas.

Como que nada cambia en la condición humana. ¡Qué novedad! le diría mi tía bisabuela a la jovencita de hoy. Mientras el señor casi anciano actual se mira cómplice con mi viejo tío bisabuelo. Poniendo todos –únicamente por necesidad del fotógrafo– cara de yo no fui.

\*\*\*

### **Odio de madre**

La encontró boqueando como un pez fuera del agua. Tirada en el suelo de la cocina con unas gotas de sangre en la frente, quizá por golpearse contra la mesada al caer.

Un alejamiento frío y caluroso le invadió al mismo tiempo. Dudó en acercarse, tuvo ese miedo original ante la presencia de la agonía, se detuvo un instante ante el majestuoso advenimiento de la muerte.

Amagó acercarse, luego a correr a la calle a pedir auxilio. Se quedó paralizado, con la boca semiabierta mirando esa otra boca que palpitaba, quiso descifrarla ¿estaría murmurando algo?

¡Simplemente se está ahogando! Horrorizado, aún pudo pensar que, ahogándose igualmente algo estaría pensando ¿qué? Se precipitó hacia ella, pero antes de llegar a tocarla en esas circunstancias, empezó a llorar. Pero sólo por unos segundos. Miró hacia la puerta de calle y hacia el teléfono, dudando.

Se relajó, algo pesimista le decía que ya ninguna acción llegaría a tiempo. Se avergonzó al pensar que, en realidad tal vez quería sólo para él sus últimos instantes. Apartó sus ojos de esa boca que paulatinamente se iba moviendo menos y observó todo ese cuerpo tan amado. Estaba hermosa, aún así estaba hermosa, con esos pechos buenos escapándosele por el escote y entre los breteles del camisón. Ese camisón que él conocía tan bien, tan familiar, sobre la cama, sobre la silla, colgado en la cuerda del patio, secándose al sol. Observó que lo tenía enrollado sobre la cintura, como si se le hubiera subido por arrastrarse en el piso hacia los pies. Como retrocediendo, pensó, del golpe que se había dado al caer contra el borde de la mesada, o retrocediendo simplemente de la muerte, ésa que, no dudó, le estaba llegando en ese momento, momento con el que él tantas veces había fantaseado, supuesto, interrogado sobre fecha y lugar. Ahora lo estaba viviendo. Así iba a ser, como estaba siendo. Igualmente estaba hermosa, todo ese cuerpo extendido sobre los azulejos, bella, con sus piernas torneadas, sus muslos fuertes, sus nalgas también descubiertas por la bombacha enrollada. Estaba espectacularmente bella. Al fin se acercó con rapidez hasta estar muy junto a ella, arrodillado, inclinado sobre ella. Escuchó su aliento entrecortado y tenue. Recién entonces, muy suavemente le acarició un brazo y la llamó, sabiendo que era inútil pero no queriendo dejar de hacerlo aunque fuera por última vez, en vida. Le acarició la cara. Se impresionó y recomenzó a llorar, cayendo sobre ella, abrazándola. Supo, sin verle a la cara, que se le escapaba su calor, que su carne y su piel perdían tensión, que dejaba de respirar. Tanta laxitud lo sobrecogió. Se apartó. Se quedó sentado a su lado acariciándole con suavidad una mano.

Quedó vacío, desconcertado y desolado. Lloraba intermitente, esporádicamente. Por fin, la levantó y la llevó, no sin esfuerzo, hasta la cama de ella, de la cual apartó su propio pijama haciéndole lugar. La dejó ahí y por última vez se acostó a su lado, llorando y temblando.

Luego, desagotado, se levantó como mareado y telefoneó a un amigo, que a su vez dio el aviso general, incluida a la policía, que llegó con bastante celeridad, odiosa celeridad y que tocó insistentemente el timbre:

– ¿Quién es?

– Policía.

– Pasen...

– Se nos ha comunicado de un deceso ¿es aquí?

– Sí.

– ¿Qué es usted del occiso?

– Su hijo, es mi madre.

Uno de los policías se dirigió al dormitorio y, el otro, miró con profesionalismo pero también con un aire desdeñoso el aspecto del joven. Luego de los trámites de rigor, se fueron, al mismo tiempo que llegaban familiares y amigos.

El entierro fue como todos los entierros. Al regresar a su casa el joven despidió al amigo que lo había llevado. Se quedó solo, atónito. Mudo. Ahora sí estaba solo. Recorrió toda la casa, cada lugar que le traía un recuerdo aún presente. Sintió como la exasperación le iba a sobrepasar. Resolvió salir. Se desnudó, se bañó, se puso el perfume de su madre y, cuando iba a ponerse los pantalones como un autómata programado, resueltamente, se vistió con ropas de su madre. Una vez listo, maquillado y peinado como mujer, salió a la calle y la caminó en cualquier sentido durante horas y horas.



Sabía que no iba a volver. Tarde o temprano –él no consideraba ya más el factor tiempo– en un suburbio de malevaje lo abordó una patota de borrachos, drogadictos quizás, que riendo se lo llevaron a un descampado, con una triste choza en el centro. Allí, lo violaron entre risas de todos y el dolor premeditado de él, al mejor estilo mártir que enervó más aún a los ya de por sí energúmenos atacantes. Lo empezaron a acogotar con las manos y aún pudo mientras boqueaba como un pez fuera del agua recordar a su madre con amor antes y justo al morir.

\*\*\*

*“El miedo llamó a la puerta. Abrió la confianza. Y no había nadie”.* Proverbio chino

*“Es muy gracioso. Aunque a continuación no luzca así. No logro mi cometido”.* H. de Z.

\*\*\*

## **Democracia real**

*a mis alumnos de 5º ATT del Superior de Comercio*

La gente  
cuando se vuelve dirigente  
deja de ser gente,  
por lo que depende  
del control de la gente  
para obligarles  
a seguir siendo gente,  
siempre y cuando le asista  
a la gente  
autoridad moral  
suficiente.

\*\*\*

## **Memorias del escritor que fue masajista para comer**

*(fragmentos)*

La fama de mi arte masajístico ha traspasado las fronteras de mi familia y amigas, y ellos mismos me animan, ante la estrechez económica del escritor –la mía– a que encare esta aptitud natural ‘profesionalmente’, cosa que me gustaría probar, pero ante la que también tengo reparos que, escribiéndolos, espero dilucidar (...).

Históricamente mi fama se precipitó por dos vertientes. Primero: mi reacción instintiva, ante cualquier mujer, de masajearla y hacerla elongar, sentarse o caminar derecha –pero no rígida–, reacción que, como es natural, siempre intento reprimir, llegando a lo sumo a recomendarle, muy de paso, que haga gimnasia o, si estoy muy lanzado, que tenga más o mejor sexo. Y segundo: que se ha ido sabiendo que masajeo muy bien, en familia, en pareja y –lo que ahora importa– ‘profesionalmente’.

Cada uno tiene sus maneras para cuidar y atacar a su propio cuerpo. Esta vez me refiero a una forma que tengo para sentirme mejor, que *grossisimo modo* podría denominarse ‘masajes’ (...).

Nunca he estudiado sobre la materia, ni me he hecho masajear más que por mis parejas y sólo a ellas y a otras mujeres, que sin serlo se dejaron, yo he masajeadado más algún pariente, hombre o mujer muy cercano (madre, hermanos/as, sobrinos/as). Es decir, nunca lo he vivido ni académica ni ‘profesionalmente’.

Mi caso podría ser uno más porque ¿quién no se masajea o se deja hacerlo, quién no ha masajeadado a otro? La mayoría de la gente se sabe automasajear, elongar, tonificar muscularmente, relajar, concentrar, tranquilizar, vigorizar, alegrar, con sólo hacer ejercicios por una parte instintivos y por otra aprendidos, ya sea sólo, en familia, con la pareja, o con otros; por lo que estos ejercicios suelen realizarse mezclados con el cariño familiar, o directamente con el sexo, o cualquier otra cosa que se quiera pero que de inmediato los diferencia de lo que corrientemente es aceptado como ‘honestos masajes profesionales y

terapéuticos’, que apuntan, en principio, a exclusivos objetivos y puntos musculares, circulatorios, posturales, científicamente determinados.

Mis masajes familiares y eróticos están también científicamente comprobados como benéficos, al menos por efecto secundario: uno hace satisfactoriamente el amor –sexual o familiar– y, es lógico, se siente mucho mejor.

Fundamentalmente mi fama creció porque puedo aplicar mi capacidad sólo profesionalmente, es decir, sin ponerme mimoso y pesado como me suele pasar con mi familia, y sin tampoco querer llevármela a la cama si la masajeadora es sólo una amiga, mía o de mi familia o amigos.

En definitiva: aunque cualquiera sabe que la duda la tendrá de por vida, yo, con la experiencia que ya voy acumulando, estimo que soy capaz de auto controlarme y masajear ‘profesionalmente’, es decir, no mezclando la necesidad de dar y de recibir ‘cariño’ ni sexo.

Supongo que yo empecé a acariciarme y masajearme en la cuna y que ya no paré más, colaborando en el aprendizaje el despertar sexual y los deportes: el rugby especialmente, del que salía muy satisfecho y molido a palos; es decir, con imperiosa necesidad de automasajearme y de, con mi novia, dar y recibir muchos más.

Aunque en los ‘baños’ del Jockey Club había (y creo que sigue habiendo) masajistas (todos hombres: en los baños del Club no se admiten mujeres) a mi jamás se me ocurrió pedirles que me masajearan, por dos razones: porque me da asco que me toquetee un hombre y porque me parece que, existiendo hombres y mujeres siempre deseosos de acercarse, es un desperdicio que no lo hagan a través de esta excusa perfecta.

Para dejar tranquila a la sociedad bien pensante: mi método ciertamente equidista entre los masajes hogareños y los sexuales, y casi tiene nulo basamento científico. ‘Equidistar’ significa que no se complementan con los mimos familiares ni con ninguna acción sexual: si

llegara a esos extremos me estaría saliendo de este método y me estaría introduciendo en otros fines: peligro que acecha en este caso como en cualquier otra circunstancia social de la vida.

Ahí reside mi enunciado miedo: por ejemplo, erotizarme con la mejor amiga de mi mujer o de mi mejor amigo, o –¡Válgame Dios!– con mis adorados sobrinos o hermanos, o con mi misma madre: ¡Qué desastre!

Me tranquilizo por sentir la causa de ese miedo, en forma cabal, *contra natura* cultural en el caso de mi familia y, en el caso de la mejor amiga, como riesgo común a toda actividad en relación.

Ya a mi edad, cuarenta y ocho, prefiero mantenerme dentro de la hoja de preceptos clásicamente sanos.

Bien, salvados mi honor y las chances a favor de mis detractores me adentraré de lleno en la explicación de mi sensacional método. Pase, señorita, por favor. (...) Lo último fue una broma, para empezar a olvidarnos de detractores y de cualquier otra forma negativa, que de eso (también) trata, en forma esencial, mi método –más que de masajes–de recomposición física y anímica.

Hubo en mi ciudad natal un gran humorista llamado Alberto Olmedo que en un *sketch* televisivo –muy gracioso si sólo se veía el programa de vez en cuando– aparecía vestido de gurú oriental o brujo brasileño (o de ambos a la vez) esperando ansioso la llegada de Javier Portales –otro cómico–, a quien le preguntaba, secándose una supuesta baba que le caía de las comisuras de la boca, si había traído a la nena (a la hija), una jovencita pulposa, hermosa y aparentemente *naif*, con la que Olmedo empezaba expulsándole la energía negativa, pasándole las manos de arriba a abajo, cerca de todo el cuerpo, y con la que terminaba, cuando el padre se distraía, yéndose a un dormitorio detrás del telón: yo no conozco nada de yoga ni de

macumbas, por lo que me avergüenza reconocer que allí encontré semejanzas con lo que yo hago.

Pocas veces en mi vida (¿o ninguna?) empecé haciéndole a una chica masajes consensuados como exclusivamente terapéuticos y terminé haciendo el amor.

Conmigo mismo todo comienza cuando me siento dolorido, rígido, contracturado, torcido, nervioso, descentrado, desorientado, más o menos. Estoy en mi cama, por ejemplo, o sentado desde hace horas frente a la agenda pensando cómo resolver problemas cotidianos y de fondo también: de terror. Entonces me digo que no puedo seguir así, y empiezo moviendo los brazos sobre los hombros, circular y arbitrariamente; también la cabeza, de un lado a otro, pero no bruscamente, todo lo contrario, con mucha precaución: no vaya a hacer un mal movimiento, encima. Ya algo vigorizado y motivado, puesto en un movimiento menos salido de los músculos que de un impulso mental muy vital, me flexiono y toco la punta de mis dos pies, o de uno, según esté yo colocado, para no resentirme, intento tocarlas no sólo una vez, sino que lo hago o lo intento una primera vez, y luego me echo nuevamente hacia atrás, pero no tan acostado ya como estaba antes de comenzar, y vuelvo bastante vigorosamente a intentar o a tocarme los dedos de los pies, hasta que lo consigo, con mis dos piernas, mis brazos y mi tronco, elongadamente. Entonces salto de la cama y hago, sosteniéndome de la pared, unas diez o veinte flexiones de piernas, pero totales, es decir, me levanto sobre la punta de los dedos de mis pies y me estiro todo lo posible hacia arriba, para luego flexionarme hasta tocar casi mi culo –con perdón–el suelo. Luego respiro, sacudo brazos y piernas y me tiro de bruces como los milicos sobre el suelo y hago diez o quince flexiones de brazos sin hacer trampa, sin dejar apoyado el estómago en el suelo, por ejemplo, no, todo derecho el cuerpo, y mis brazos levantándolo lo que pueden.

Acto seguido me pongo de pie, separo mis piernas y, como en las películas sobre la Segunda Guerra Mundial, hago flexiones alternadas de brazos hacia cada pierna. También, sin agacharme, doy codazos para uno y otro lado, elongando la cintura. Por último doy unos saltos sacudiendo brazos, piernas y huevos y me voy a duchar. Un placer total. Pero todo esto es mejor después de que, minuciosamente, me haya auto masajado: palabras mayores siguientes (...).

Auto masajearse no es, en este caso, masturbarse. En otros, anteriores o posteriores sí, pero no en éste, nunca. Porque, al igual que en masajes hechos a terceros, si así fuera o tan sólo así se sugiriera, la acción terapéutica del masaje se desvirtuaría, ya no pudiendo asegurar que su éxito (no el de la masturbación) se produzca o no.

Eso implica que el automasaje o el masaje a terceros, cuando más terapéutico, menos sensual, porque lo sensual despierta expectación que no permite real relajación (...).

Ahora bien, lo que rápidamente he llamado ‘masaje’ no es sólo eso, sino también tocación (¿digitopuntura?), localización, y consiguiente reacción digital instintiva, de zonas que despiden repulsivos calores o fríos –como la cavidad de la nuca y ciertos gélidos pies–, y que rápidamente ‘entregan’ al paciente (otro o uno mismo).

Ya este tantear todo el cuerpo produce, si es bajo cierta concentración mental, bajo cierta comunicación mutua, el comienzo de la recuperación del orden energético físico y mental (...).

Que una vez recuperado el espíritu de libertad se incurra en el acto sexual no significa que mi método tenga que ser preparatorio o insinuante de dicho acto: como hemos dicho, si así fuera, serviría muy bien a otros fines pero no al profesionalmente fin aquí propuesto (...).

Es por eso que no me molesta aplicar mi método en público: porque los testigos me garantizan un tope extra para cualquier ‘tentación’.

Como los masajes y tocamientos digitales incluyen pechos (no pezones), ingles (pubis sólo por arriba, apretando o no), glúteos (ano no) todo debe ser, digamos, muy profesional, para que en ningún momento aparezca la idea sexual, aunque ésta esté latente, la profesionalidad constante va haciendo desaparecer, ya que el buen resultado de mi método consiste en dejar ‘mansa’ a la paciente, incluso sin momentáneo deseo sexual (...).

Mientras que el profesional masajea sobre la contractura y sobre aquellos puntos lejanos que irradian directamente sobre ella, con mi método la contractura se diluye primero por relajación general y después por relajación focal (...).

Mi experiencia con mis parejas me indica que, después de una buena aplicación de mi método, debo recién entonces comenzar a erotizarnos, porque el método las deja totalmente relajadas, sin ansiedades (...).

Con las mujeres que he fingido aplicar mi método con el fin de tener sexo, he comprobado, luego de conseguido el acto sexual, que no quedan tan relajadas, felices y entregadas como quedan aquellas a las que, antes de hacerles el amor, les he aplicado, muy profesional y desinteresadamente, este método.

\*\*\*

*“Yo contradigo como jamás se ha contradicho y a pesar de ello, soy la antítesis de un espíritu que dice no”. Nietzsche*

Lo encontré al costado de la vida.

En una esquina interminable



\*\*\*

**Las próximas muertes***a mis seres queridos*

¿Qué rama  
de las que sostienen mi nido  
quebrará casi sin ruido  
quizá un amanecer  
en un eclipse de mañana?  
¿Qué sustento habré perdido  
entre tantos no superados  
sumará mi extravío  
una voz, una mano, menos?  
¿Qué presencia se hará vieja  
y ausencia nueva, en un instante?  
¿Qué callado llanto  
ante los presentes  
ocultaré a gritos?  
¿A quién buscaré en vano  
y encontraré dentro mío,  
como a tantos

y tan pocos, tan amados?  
¿Quién se atreverá  
a decirme adiós,  
a buscarme en el nido  
mío y destruido  
para decirme fui yo?  
¿Qué tiempo poco  
tengo para decirle  
cuánto le ama mi necesidad  
si el próximo soy yo?

\*\*\*

*“Un momento, no vaya tan rápido, que yo he vendido mi conciencia pero no mi  
entendimiento”. J. Benavente: Los intereses creados*

\*\*\*

### **Pepa, sus novios y yo**

La chica estaba hablando por teléfono, desde una cabina en la vía pública, con su exnovio. Había pasado –digamos– accidentalmente varias noches conmigo, ya que por haberse peleado con su actual novio se sentía mal y vino a mi departamento. Somos vecinos; la conozco desde

que ella era una chiquilina que había llegado a la ciudad para estudiar en la universidad. Es decir, cuando tenía diecisiete o dieciocho añitos y yo ya andaba por la cuarentena.

Luego, dentro de mi departamento, llorando y pidiéndome disculpas, se instaló en el borde de mi cama. Vivo en un pequeño monoambiente, al que le he dejado la cama matrimonial que compré con mi última pareja. También ella era jovencita, por lo que se hizo amiga de Pepa, la misma que, con diecinueve añitos y con novio se escapaba al parque, para manosearse y besarse conmigo, cuarentón y viviendo en pareja. A la tercera vez, arrepintiéndose me dijo que no lo quería seguir haciendo porque ella quiere a su novio y si él se enterara y la dejara ella se moriría. Pero el que se podía morir era yo, el cuarentón, porque el novio de Pepa era alumno de la escuela de oficiales de policía, es decir, alguien con un arma, y muchos compañeros dispuestos a no dejársela usar con tal que pudieran usar las suyas, en perfecta solidaridad corporativa.

Se sentó en el borde de la cama, con ese casi *baby doll* y, para mostrarme énfasis en su lamento lloraba y tenía un pañuelo en una mano. Para aproximarse a mí, expresándome su dolor, se agachaba mostrando abiertamente sus hermosísimos pechos, grandes y jóvenes.

Yo enseguida comprendí que esa chica venía por más.

Me di cuenta porque se me empezó a parar el pito. Y yo no soy un sátiro: a mí se me para el pito sólo cuando me han dado claras señas –aunque sean siempre absolutamente inesperadas– de que están deseando justamente eso, que se me pare, y que se me pare para bien, porque si no, no.

La tenía, sabía que la tenía, pero también sabía que no me debía abalanzar, porque ella sentiría lo mismo que yo, que en vez de un hombre que le hacía el amor había un viejo sobreexcitado.

Pero tampoco demorarse mucho perdido en laberintos dialécticos que ella no entendía ni quería, en ese momento, comprender.

Ni mucho menos. O nada más: ella había llegado a mi departamento para satisfacer necesidades juveniles muy personales, no para atender inexplicables asuntos adultos.

La escuché sin decir nada, yo hacía las cosas de la casa. Más que hacerme el desinteresado me hice pasar por el ‘superado’:

– Pepa ¿no querés un vino? Es lo único que tengo...

– No—me dijo con cierto asco. Y yo supuse que lo decía porque me imaginaba un viejo solitario que le daba al tinto:

– ¿Querés un ‘Bacardi’?— Una vez, ella me había dicho que, para olvidar uno de sus amoríos juveniles, se iría al pueblo a beber con las amigas un par de ‘Bacardi’.

– Eso sí ¿tenés?— me preguntó desafiante, secando sus lágrimas, mirándome y estrujando el pañuelito, esta vez con ambas manos, sobre sus desnudas rodillas.

– No, no tengo, ya te lo dije. Pero si querés lo voy a comprar... — Y antes de que contestara nada, agregué: —¿Sabés donde te pueden vender eso?— y concluí: —Hacé lo que quieras, pero no te mates, esperame. Voy hasta el shop de la estación de servicio y vuelvo— y antes de que Pepa pudiera reaccionar yo salí del departamento rumbo al shop, sabiendo que, mientras tanto, Pepa tomaría definitiva confianza del lugar y de su situación. Lo preferí así. Y no me salió mal. Cuando regresé con el ‘Bacardi’, Pepa estaba relajadamente recostada en mi cama, con cara falsamente muy triste. Yo le preparé un ‘Bacardi’ con limón que lo que menos tenía era limón: era un vaso enorme casi lleno de puro aguardiente. No me proponía que Pepa se lo bebiera todo de golpe y que arruinara esos momentos. Sólo me proponía que no le faltara el alcohol requerido, en ningún momento, cuando quisiera. Es que yo estaba dispuesto a darle todo.

Le alcancé el vaso y diciéndome ‘gracias’ bebió sólo un sorbito.

Yo seguí haciendo las cosas de la casa sin hablar y, cuando me volví a fijar en el vaso vi que lo tenía por la mitad por lo que la otra mitad se la había bebido mientras yo no la miraba. Entendí su angustia y, para ponerme en igualdad de condiciones, me bajé medio vaso de ese aguardiente. Acto seguido, antes de quedarme, borracho, por allí, fui y me senté en la cama, junto a Pepa y le acaricié despreocupadamente la espalda y, sin darle tiempo a reaccionar, le metí la mano por debajo del camisón, dejándole toda la bombacha a la vista, pero como no importando semejante detalle, le acaricié fuerte y cariñosamente toda la espalda, en directo, sin camisón mediante. Tenía el cuerpo muy caliente, aunque aún no transpirado, muy caliente. Y al pasarle yo la mano se transpiró, y bebió dos o tres sorbos más de ‘Bacardi’, antes de darse vuelta como para querer hablar, pero sin llegar a decir nada, logrando, al haberse girado, ofrecer a mi mano su sexo y sus senos, a los cuales empecé a acariciar sin tampoco llegar a darle tiempo para responder. Le metí las manos encima y entre sus preciosos senos y bajé ambas manos y luego, hasta su sexo, por dentro de la bombacha y la empecé a masturbar cuando ya la encontré empapada. Mientras la besaba mucho.

Y así terminamos haciendo el amor, aquella primera vez.

Pepa puso las monedas, discó, esperó y, al atender su exnovio, parece que se dijeron:

- Soy Pepa, te llamo porque me enteré que me estabas buscando...
- ¿Es verdad que estás saliendo con un tipo de la facultad?
- ¿Y vos como sabés eso?
- Así que es cierto...
- Sí ¿Acaso vos y yo no rompimos? ¿Es que no puedo...?
- ¿Y se lo has presentado a tus padres?

– Claro, ¿cómo no lo voy a presentar? ¿Acaso vos no podés tener ahora otra novia y presentársela a los tuyos?

– ¡Te voy a matar!– y cortó.

Pepa luego también cortó e instintivamente miró a su alrededor para controlar la posible aproximación, con la intención prometida, de su exnovio.

Nunca llegué a enterarme de qué tipo de problema había tenido Pepa con el novio que en esos momentos tenía y del que me venía a lloriquear con otros fines, pero me enteré especialmente porque cuando el cadete de policía mató a ese pobre estudiante que sólo había acompañado a Pepa a conocer su familia y enterando a todo el pueblo. Otras emociones me embargaron, especialmente desde el día que Pepa retornó a la cama conmigo, sin dejar de hacerlo hasta ahora que estoy escribiendo estos párrafos y ella dándome besos en pleno estómago. Me tranquiliza pensar que el policía puede haber, respecto de Pepa, saciado sus ansias de sangre.

\*\*\*

*“El aburrimiento es la enfermedad de las personas felices”*. Abel Dufresne

\*\*\*

## **Las mujeres de mi vida**

Por mi vida pasan mujeres de continuo. Sus estadías en mí pueden ser más o menos emocionantes, pero indefectiblemente todas pasan, es decir, se van, sin dejar casi nada. O nada, muchas veces, tantas, que ya no me acuerdo.

Cada una llega despertando mi interés, mi curiosidad. –A ver qué pasa con ésta– ya digo yo. Porque antes me lo tomaba más a la tremenda, a cada una la consideraba la última, la definitiva, por lo que la separación era dolorosísima, era el abismo. Hasta que me acostumbré a que, en realidad, después de cada una no estaba el abismo sino otra, la siguiente, sobre la que me estaba yo precipitando, incluso antes de que su antecesora ya se me hubiera pasado.

Yo no creo que quiera una mujer para que me acompañe el resto de mi vida. Siento que es una inversión muy grande, definitiva, en donde uno se juega todo a un sólo número de identidad. Es, sin duda, según mi experiencia infantil y juvenil, una apuesta muy peligrosa, para mí, emocionalmente aberrante. No, por favor, no más pérdidas y abandonos esenciales, trivialicemos el asunto, multipliquemos los casos hasta minimizar sus importancias.

Por favor, que ya he intentado desear la mujer y los niños para toda la vida en lugar de la inconstante vida que llevo; y la disociación entre ese deseo y la realidad que vivo me torturó y culpó hasta el límite de mi fuerza vital.

No debo confundirme, en realidad yo quiero una mujer que me divierta, que me mantenga entretenido, hasta que me cansa y me busco otra. A veces paso un tiempo solo, y me siento aburrido, incompleto aunque en paz. Esa es la verdad.

Lo que pasa es que uno tiene miedos, presentes y futuros que, aunque los pueda relativizar, siguen estando ahí, inquietando más aún mi vida, una vida de por sí ya inquieta. Miedos presentes, de que hablen mal de uno, que me llamen mujeriego, cosa que hacen desde hace rato sin que afecte mi viril y legítimo comportamiento. Y miedos futuros, que sea cierto eso de que hay que sembrar para cosechar, en mi caso. Sembrar desde ahora todos los días la

misma compañía para cosecharla en mis últimas horas de vida. Eso si traicioneramente no se me muere ella antes y, en vez de cuidarme y enterrarme a mí, tengo que hacerlo yo con ella. Para luego terminar solo de todas formas. ¡Qué horror! Todo mi período de vida sexual más activa invertido en una sola mujer que, a mi hora más crucial, ya no está. Tal vez consuele pensar que uno se va a reunir con ella. Sí, sí... pero, ¿quién me acompaña entonces hasta que mi electroencefalograma dé plano? Puedo contestarme ‘la de turno’, si es que en esos cruciales momentos pinta alguna.

Releyendo, primero sufriendo y luego apenado, veo que estoy desenfocado, confundido sobre cómo son las cosas para el común de la gente. No sé por qué, no sé dónde, pero escucho aturdido cómo todos dicen: – ¡No es así, no es así!

Ante esto, antes, aturdido nuevamente, culposo, me volvía a proponer la normalidad, la pareja estable, los hijos, la casa, el parrillero, el perro y las vacaciones anuales. ¡Qué sublime! Pero, en los hechos, seguía haciendo todo lo contrario, muchas mujeres, distintos hábitats. Se volvían a enfrentar mis antojadizos hechos con los mandatos, familiares y sociales, y yo sufría de nuevo. Ahora entiendo que lo hacía como un maricón, que lo hago como un maricón cada vez que me vuelve a pasar, porque uno nunca se cura, sólo puedo lograr espaciar los ciclos, y limar, volver más romas, las puntas deprimentes, depresivas. Mi fondo ya no lo cambio, sólo cambio las formas de consideración que me formulo sobre mí y los demás, eso es lo único que puedo hacer, pero es suficiente, más aún, es lo indicado.

\*\*\*

**“El pie de la novela”**



*“El ‘otro yo’ en notas al pie: a cada párrafo de media hoja (por ejemplo, más o menos) una nota al pie dice lo que piensa en realidad el personaje que se está expresando en ése párrafo.*

*Las notas al pie, leídas de corrido son otra novela (o cuento) que se puede leer independientemente de la primera”.* H de Z

\*\*\*

### **El gobierno del mundo futuro**

Nuestro mundo ya debería tener un gobierno unificado, no digo las Naciones Unidas, porque el gobierno central que aquí se propone tendría atribuciones similares a las que tiene el gobierno nacional con respecto a los gobiernos provinciales argentinos. En el caso que proponemos, el gobierno nacional se correspondería con un gobierno central del mundo, mientras, los estados soberanos de la Tierra (USA, Rusia, Bulgaria, Argentina, etc.) serían las provincias de este Estados Unidos del Planeta (EUP). En este deseable caso, el presidente del planeta Tierra sería elegido por toda la humanidad, por sus representantes que, dicho sea de paso, ya estarían organizados en estructuras partidarias, en todos los países (porque en este cambio no cambiarían todas las estructuras pero sí sus objetivos). El Congreso planetario tendría una o dos cámaras, según determinen los constitucionalistas más bienintencionados, conformadas por diputados y senadores de cada país y/o región del mundo. El mundo tendría

partidos políticos mundiales además de los regionales y los locales. Las plataformas electorales de los partidos mundiales deberían reflejar la postura del estado (México, por ejemplo) ante situaciones mundiales, como ser el mantenimiento de la paz en todo el mundo, el cuidado del medioambiente, la ayuda a cierta zona planetaria, etc.

Lo anterior enfoca el aspecto administrativo, para demostrar su factibilidad. Pero ahora, lo principal: sus metas, sus objetivos, su misión ¿cuáles serían para iniciarse? Bien preguntado. El primer objetivo o meta –o como deba llamarse a lo más importante– es la Vitacracia. Así como podría haber dicho la tiranía, o la democracia, digo Vitacracia.

En este Estados Unidos del Planeta la vitacracia sería absolutamente prioritaria. Es decir, el gobierno de la vida, cuya defensa es el primer objetivo. Otros objetivos serían los enunciados en las Declaraciones del Hombre, de la Mujer y del Niño. Como sea, las siguientes disquisiciones después de la defensa de la vida se darán dentro de esta primera condición, el gobierno vitacrático, el gobierno de la vida (en su mejor acepción).

\*\*\*

*“El poder necesariamente es una demostración de arbitrariedad”.* (Yo)

\*\*\*

## Día del padre

Me gusta estar con los viejos. Quizás porque mi vieja, que ya es vieja, no quiere estar conmigo. Por no molestar vive sola, muy independientemente. Quizás porque no tengo a mi padre, que murió joven y hoy sería viejo, sería mi viejo viejo. Me gusta ir a los bares frecuentados por viejos que llegan arropados, con bufandas protegiéndoles el pecho delicado y con sombreros. Y que se sientan sorteando las dificultades de sus propios músculos y huesos. Y que se piden un cortadito con un bizcochito, o un fernet. Y que se calzan sus también viejos anteojos y leen sin prisa ni mucha atención, por más que no levanten los ojos de él, el diario del día. Y quizás fuman un cigarrillo. Y luego se quedan sin hacer nada que no sea pensar, como si no lo estuvieran haciendo. Y cuando van a pagar, de las manos se les caen las monedas al suelo, y no parecen enterarse, y yo les aviso de la posible pérdida, con una sonrisa, que me devuelven diciéndome que se habían percatado, que aún escuchan, señalándome un oído. Y se sienten acompañados y queridos. Como yo, que aunque tenga recién 46 años y una mujer joven esperándome en casa, estoy solo, como ellos, no tan solos con estos detalles solidarios, más importantes que otros mucho más ‘importantes’ de mi vida diaria, mucho menos importantes. Me gusta estar con los viejos. Cuando paso frente a un geriátrico, donde los veo adocenados detrás de la ventana, con una manta sobre las piernas, tomando mate cocido, más de una vez pienso en entrar y charlar con ellos. En contarles mi vida aventurera y escuchar, la que haya sido de ellos. Pero aún no lo he hecho, porque tengo siempre urgencias que me imposibilitan lo importante. Aún tengo urgencias por mirar a las adolescentes, por mirar a las jovencitas, por trabajar en la construcción de mi futuro, en la construcción de mi trascendencia. Y mañana –yo pienso– cuando sea ‘un trasto viejo’, ¿habrá algún joven, algún maduro como el que soy ahora, que escriba o piense de mí, como yo ahora

de ellos, sin acercarme una palabra cálida porque la vida es lo que nos pasa (como dijo Lennon) mientras estamos haciendo otros planes? Qué solos estamos.

\*\*\*

### Pureza

*A mi abuelo Tato*

El que sólo es  
y no es nada más  
el que es como fue  
y fue como es.  
El que es el que será  
y será como fue.  
El que es amor  
y no es nada más.

\*\*\*

## Cuestión de Conciencia

Volviendo a casa vi, en una tienda humilde del barrio, adherido al cristal de la vidriera, un póster con la impuesta y conocida imagen de Cristo, tenía una leyenda debajo que rezaba: “No dejes de hacer el bien, que yo te recompensaré”. Y pensé cómo tienen engañada a la gente, a quienes les piden ser aún más buenos, sacrificados y pobres porque así se ganarán el cielo, mientras sus dirigentes, en este caso, religiosos, son, en general, más malos, cómodos y ricos. Está probado.

Entonces me imaginé, con el vano intento de ser equilibrado, de ser más justo con los dirigentes, el mismo póster pero presidiendo en lo alto del recinto los quehaceres del Senado. Y no me pareció apropiado, al contrario: lo encontré hasta ofensivo, para Cristo, naturalmente. También está probado.

Probé entonces –producto de mi seguramente demasiado grande campo ideológico– imaginar el mismo marco del póster, el mismo soporte, pero con otra imagen en su interior. Y, también con una leyenda distinta, acorde con la nueva imagen.

Por leyenda imaginé la siguiente (para ostentarse como emblema del Senado, venerada por los senadores desde abajo, desde los fondos del sagrado recinto de la República): “No dejes de hacer el Mal, que yo te recompensaré”. Acompañando a la imagen de Cristo que no pude suplantarlo mentalmente a tiempo me pareció tan disparatado que me propuse abandonar el análisis. Con resultado negativo, mi subconsciente palpitaba.

Cuando con mi llave abrí la puerta de mi oficina y apareció ante mí panorámicamente todo mi despacho imaginé de nuevo el póster con la leyenda “No dejes de hacer el Mal, que yo te recompensaré”. Contemplé mi oficina y el hall donde me encontraba, de arriba a abajo y pude ir determinando que la imagen que correspondía a esa leyenda era la del mismísimo

Diablo, que se me fue haciendo cada vez más espantoso. Hasta que lo vi, con su correspondiente leyenda, presidiendo ya no solamente mi oficina sino también el hall, todo el edificio, todo el Senado de la Nación... La esfinge del Diablo y envolventes llamas entre las que se leía: “Haz el Mal, que yo te recompensaré”.

Allí, sin haber llegado a entrar a mi despacho, al volver a cerrarlo con llave, antes de salir del edificio del Senado de la Nación, fue cuando ya había decidido renunciar a mi banca.

\*\*\*

### **El reloj de Tato**

Has vuelto a andar  
tu péndulo va y viene  
ya no vuelvo a estar solo.  
Has vuelto a casa  
de regreso con vos  
ahora es hogar.  
Dentro de mí  
oigo tu andar  
y cada una de todas  
tus campanadas, sin escuchar.  
Me acompañas de nuevo,

199

abuelo, guía rítmica

y serena

vas y vienes, permanente.

Me acompaña de nuevo

abuelo,

guía rítmica y serena

vas y vienes, permanente.

\*\*\*

### **La Policía de hoy**

El móvil se detuvo y no apagó las luces porque venía con las luces apagadas, o rotas.

El hombre, con su larga y densa historia, se sintió observado y reaccionó con los nervios encrespados, sospechosamente para los dos policías, que bajaron del coche y lo marcaron de reojo, sin hablarse, entendiéndose tácitamente. Entonces, el hombre se sintió perdido y tambaleó, y esto último fue definitivo. Los policías se le acercaron. El hombre se detuvo a esperarlos, dando así claras muestras de que entendía que era sospechoso, y de que debería atender los requerimientos que le harían, en aras de la seguridad ciudadana, las fuerzas del orden, cosa que inmediatamente aconteció:

– Documentos, por favor.

– Sí, cómo no.

El hombre se sintió avergonzado. ¡Le estaban pidiendo los documentos en medio de la calle, como si fuera un delincuente! –¿Lo soy? –pensó– Y no, la verdad es que no soy un delincuente... –pero no pudo seguir.

– Vacíese los bolsillos sobre el capó, por favor.

– ¿Qué me vacíe los bolsillos sobre el capó? ¿Por qué?

– Simple rutina, pero, si prefiere, puede acompañarnos a la seccional y hacerlo allá.

– Bueno, mejor, pero ¿por qué?

– Simple rutina, suba al móvil, por favor.

El hombre subió sin decir nada. En la comisaría lo atendió un oficial joven, reservado y seco, pero aparentemente cortés.

– Por favor, caballero, si es tan amable de poner todas sus pertenencias sobre esta mesa.

El hombre vació sus bolsillos: pañuelos de papel, plata, cigarrillos, un encendedor, un frasquito de plástico negro característico de los rollos de fotos de 35 mm, una caja de fósforos, un pastillero, una billetera con la cédula federal, tarjetas de la obra social y de un servicio de emergencia privado, fotos familiares, teléfonos, papelitos con anotaciones, y un carné de conducir su nombre.

– ¿Qué tiene el pastillero?– el oficial abrió y observó diversas cápsulas y comprimidos.

– Unas son para la presión y las palpitations, otras para el intestino. Tuve úlcera. Otras para los nervios y otra es paracetamol (como la aspirina, pero no daña tanto el estómago) – el hombre se sentía humillado. Tenía totalmente revuelto el estómago y sufría de ráfagas de vértigo.

– ¿Y por qué toma todo esto?– lo azuzó el oficial.



– Porque lo tengo recetado así.

El oficial hizo gestos manifestando que dejaba eso pendiente y pasó a la caja de fósforos y al encendedor.

– ¿Por qué lleva un encendedor y una caja de fósforos?– el hombre sintió que se descomponía, pero, mirando a los ojos del oficial, sólo se encogió de hombros.

– ¿Usa siempre los dos?

– No– el hombre se abstuvo de agregar ‘sólo de vez en cuando’, sin haberle faltado ganas. Y sintió que ya estaba jugado.

– Mire, oficial, ¿por qué no revisa lo que tenga que revisar?– y miró todas sus pertenencias.

El oficial directamente tomó la caja de fósforos y la abrió, mostrando, en su interior, en vez de fósforos, marihuana.

– Voy a tener que dejarlo demorado, para averiguación de sus antecedentes, y con comunicación a la brigada antinarcóticos y al juzgado correspondiente.

– Pero si hace todo eso– le dijo el hombre –usted me arruina la vida...yo soy docente, casado, con tres hijos, doy clases en la facultad. Si usted hace público esto a mí me despiden. Allí casi no gano nada, pero tengo obra social, que, como usted ha podido comprobar, uso. Yo no soy un traficante. A ‘eso’ yo me lo meto en mi cuerpo sin molestar a los demás. Estoy integrado a la sociedad, publico en los diarios, soy conocido como persona de bien, y creo que lo soy. Ahora bien, si con lo que le digo usted no me puede comprender, o busca solucionarlo de otra manera, yo le puedo decir que, aunque me gustaría que fuera más, yo le puedo ofrecer, ya que sólo tengo esta plata (el hombre señaló los siete pesos que había sacado de su bolsillo), mi reloj, por ejemplo...

El hombre estaba extenuado, no podía mantener ilación en sus palabras, y se le enrojecieron de pronto los ojos. El oficial le dijo:

– Bueno, a ver si se tranquiliza un poco. Recoja sus pertenencias.

El hombre, sin hablar, lo hizo.

– Bueno, ahora, vaya. ¡Acompañen al señor a la salida!

El hombre se sorprendió y emocionó aún más.

– Gracias –dijo entre llantos– usted no sabe cuánto representa para mí su actitud, con relación a una vieja idea que tenía yo de la policía argentina. Si alguna vez puedo serle útil, cuente conmigo.

– ¡A sus órdenes!– se despidió el oficial.

El hombre llegó a su casa, sacó la cajita (hasta se la habían dejado) se fumó un *joint* y, ya colocado, le sonrió a la vida y a ese policía, el que por un día le redimía toda la vieja y maldita policía argentina.

\*\*\*

### **El bello sexo**

Es lo más bello  
cuando ellas dicen sí,  
y uno las desnuda,  
y las encuentra tibias,  
de carnes romas y blandas,  
que bien calzan contra uno.

Es lo más bello  
lamerle los pezones,  
hacérselo despacio  
y sentir cómo acarician  
sus piernas con las de uno  
mientras gimen de gusto.

Es lo más bello  
cuando ellas se dejan,  
abren las piernas,  
abrazadas al cuello  
y cuando uno las penetra  
suspiran largamente.

Es lo más bello  
tenerlas enhebradas,  
mirándoles las caras:  
cuando uno acelera  
se ayudan con las manos  
a abrirse más de piernas.

Es lo más bello  
sentirlas al fin hirviendo,  
pedir a los gritos

que uno les acabe,  
más adentro mejor  
más adentro todavía,  
muriendo encima de ellas.

Es lo más bello  
amarlas sin piedad.

### **El tío** (aguafuerte familiar)

*a Joaquín de Zuasnabar*

El tío, que se sentía iracundo pero en el fondo bonachón, al ver la guitarra en el cuarto de su sobrino, en casa de su hermano, se preguntó:

– ¿Pero ésta no es mi guitarra, la que me trajeron los Reyes magos a mí? Ya sé cómo llegó hasta aquí: mi hija, a quien yo sí le había dejado en su casa (ella toca, yo no, y es mi hija). Sería imbécil que la guitarra la tuviera yo. Antes de emigrar a España se la había dejado a mamá porque sabía que yo no tenía lugar para guardársela en mi monoambiente, y mamá se la dio a mi sobrino, quien con sus 16 años en la actualidad es un idóneo poseedor. Todo hecho bien, pero obviándome en absoluto, como si no importara que la guitarra fuera mía, o de mi hija, cuando yo me muera. Yo sé que me tratan distinto, o no –yo percibo distinto– quizá ellos no hacen diferencias, quizá yo tergiverso porque me traiciona la mente, nunca el corazón.

Y espiando a los suyos agregó: – Yo les daría hasta la ropa que tengo puesta para que ustedes me dieran un poco de cariño y de confianza. Pero no lo hago porque voy a mostrarme

cuan loco me creo y porque tengo una hija que es la que me tiene que heredar, porque yo le tengo que dejar algo material, porque todo mi amor lo tendrá siempre, aunque yo esté muerto.

Y cerrando los ojos continuó: – Yo amo a mis sobrinos, son divinos, pero antes, en el orden sucesivo, está mi hija. Además puedo agregar, que en el orden lógico, antes todavía estoy yo, quien, aunque sea tan despreciable como creo, todavía estoy, que yo sepa, desgraciadamente ¿desgraciadamente? ¡Qué va!, afortunadamente vivo, por lo que tengo derecho aún a mis propiedades legalmente poseídas.

– ¡Sobrino!

– Quéééé...

– Vení acá.

– ¿Qué pasa?

– ¿Vos querés usar ésta guitarra?

– Sí.

– Bueno, mirá, esta despegada la caja, Si la seguís usando así se va a destrozarse.

¿La haces arreglar vos o la hago arreglar yo?

– Vos

– Bueno, me la llevo, la arreglo y te la traigo.

– Listo

El tío levantó la guitarra y se encaminó hacia la calle ante la mirada de toda la familia.

Su hermano se le quejó: – ¡Por qué te la llevás!

Y el tío le respondió: –Porque está rota, la hago arreglar y la traigo de nuevo, ya hablé con tu hijo.

Nadie objetó, pero el tío pensó: –Me miran con desconfianza, se creen que no voy a cumplir, no valgo nada para ellos. Subió al auto de su primo y se marcharon, él abrazado a su

tía madrina, que sin mediar palabras lo consolaba. Durante el trayecto, el tío rumiaba, sin que le ardieran las orejas, imaginaba los comentarios suscitados tras su partida: “¡Qué tipo éste tío! ¿no? ¡es más raro! ¡Es tan susceptible! Está enfermo. Es medio peligrosito... ¿Qué le habrá picado con la guitarra? Che: ¿no la traerá? Si dijo que la traería, la trae, es lo único que sabe hacer bien: cumplir con formalidad”.

Y, ya dejando de pensar en eso, el tío incluyó, entre lágrimas: – Espero no morirme sin antes haberle llevado la guitarra.

\*\*\*

### **Rufianismo y nacionalismo**

He vuelto a mis andanzas pero en otro contexto. De regreso en una Argentina más reblandecida que nunca antes en mi memoria (no necesariamente, estoy seguro en la suya) me comporto como un sultán, a la Argentina, claro está, es decir, sultán cafisho, sultán que, además de tener más de una mujer, las vive, querido mío, las vi-ve. Así de Argentino. Y no se vayan a creer que estas vivencias son sólo económicas. ¡Qué va! Lejos de tu elemental cafishaje, el mío se nutre no sólo de tan ciertos dineros que (también) me prodigan mis, sobre todo, tan hermanas argentinas calentonas (conmigo, gracias a Dios) ¡Qué va! Les digo yo, trotamundo conocedor, mi cafishaje va más allá de lo que sus escasos dinerillos, locamente rociados sobre mí (incluso a expensas de sus amorosos hijos, todos) ¡Qué va! Mi cafishaje le chupa más que la simple plata, le chupa propiamente la sangre, el espíritu, las ganas, sus ansias, y les completa el todo de ellas, con este hombre dentro de sus entrañas y sus sesos. Un

amigo, vale decir, un cafísho que no lo es. Esas son las argentinas de 2002. Y este es un argentino que, criado *all over the world*, ha vuelto a rendirse a los pies de su patria: las mujeres argentinas.

\*\*\*

### Versión

*a Dios, personalmente*

*En las extrañas fauces del olvido,  
aquellas partes del espíritu  
cayeron al abismo  
donde sufren los caídos.*

La hombría y la fuga,  
virtudes primeras,  
la paciencia y condescendencia  
todas perdidas:  
al abismo caídas.

Y el final logrado  
–autocontrol–  
timonel compasivo

\*\*\*

### **Toma de decisión mundial**

Estados Unidos ataca a Irak poco antes de estar autorizado a hacerlo por la comunidad internacional organizada, las Naciones Unidas. No es lógico suponer que EEUU no evaluó todas las alternativas y por algo, o por muchas cosas, decidió hacerlo así, ilegalmente. Por algo prefirió dejar de intentar convencer –comprar– a sus aliados de la OTAN –Alemania y Francia– y a los miembros que le faltaban del Consejo de seguridad de la ONU, que tarde o temprano le hubieran terminado por apoyar (“Poderoso caballero es don Dinero”). En los cálculos del gobierno de los Estados Unidos todo debe haber sido debidamente considerado. Aunque posible, es menos justo suponer lo contrario. Por más loco que sea Bush –peor que Hitler, escuché– está rodeado por una considerable cantidad de tipos que piensan igual que él, desde el Pentágono hasta el Congreso. Nadie es tan importante sin el apoyo de las debidas corporaciones. Casi descartado, entonces, que Bush haya tenido una mala noche con su mujer y se descargó tirándole sus misiles a Irak. A Hitler también lo apoyó más de media Alemania y gran parte del resto del mundo. Del resto que importaba, claro está, no negritos, moros o sudacas.

Yo creo que un eje de nuestras conjeturas lo podríamos hacer pasar por el análisis de la necesidad de comenzar una guerra aún no legitimizada y otro eje, por el análisis de los porcentajes mundiales de apoyo y oposición a la guerra, recabados de los resultados de las



próximas elecciones entre dirigentes mundiales pacifistas –sentido lato o vitacrático<sup>1</sup>– y belicistas. Respecto al eje de comenzar una guerra ilegal, se puede comparar con algo así como la necesidad que tuvo la Thatcher de hundirnos el Belgrano fuera del área que tenía prohibida. Algo así como la arbitrariedad del imperialista, del patrón. Sin arbitrariedad el poder no se manifiesta, no se demuestra. Y, variando sobre el mismo tema, los políticos norteamericanos son tan corruptos como los nuestros, pero, como es lógico –por una simple cuestión de posiciones– con diferentes niveles de importancia. Ellos también se roban todo, pero de todo el mundo. Y a lo robado en gran medida lo invierten en Estados Unidos, por lo que también su población se beneficia abundantemente. Y los sigue votando, o al menos sigue votando a la vieja manera de hacer política... norteamericana. O los seguía votando hasta el despertar de la inseguridad el 11 de septiembre, hasta este Bush. (Nota al margen: Nuestros dirigentes nos roban todo, no nos dejan nada y también –a nuestra vieja manera de hacer política– los seguimos votando; pero este ya es otro tema: “¿Qué es ser argentino?”, sobre el que reflexionamos en otros escritos, a veces, humorísticos).

Es estúpido e históricamente cierto. Es humano. El poderoso quiere ser aún más poderoso, si es necesario demostrando cuán poderoso es, liquidándose a sí mismo, todopoderoso. En este caso norteamericano al clásico error es humano lo podemos extender a error también es grupal. Pero nosotros no perdamos nuestras utopías. Si sobrevivimos a este Bush, Estados Unidos deberá ir eligiendo dirigentes menos belicosos debido a que estos provocan la ira de grupos (incluso países) de la Humanidad Sobrante Universal que salen a volar torres llenas de yanquis, ciudadanos llenos de derechos (y esto, *mister*, ya es intolerable). Si sobrevivimos, las Naciones Unidas deberían sancionar leyes para evitar patoterismos de parte de cualquiera, incluido el más poderoso de turno. Eso ya sería una luz

---

1 De “Vitacracia”, novela filosófica del autor que obtuvo en 1995 la ayuda a la Creación Literaria –modalidad Ensayo- del Centro de las Letras Española del Ministerio de Cultura (España)

vitacrática. Luego, la consciente presión –elecciones y toda otra manifestación legítima– de todas las gentes del mundo debería obligar al cumplimiento de esas normas, encendiendo esa luz. Si sobrevivimos, ya va siendo hora de que el mundo globalizado priorice absolutamente el cumplimiento, antes de cualquier otra cuestión, del primer principio vitacrático: “el respeto de la vida en su mejor representación”, que implica, ante todo, el concreto respeto a las distintas y complementarias Declaraciones Universales de los Derechos Humanos (del Hombre, de la Mujer, del Niño). No vislumbro que hayamos ni habremos de cambiar nuestra condición, a menos de proezas genéticas. Solo que hoy día tenemos infinitas capacidades tanto para aniquilarnos como para mejorararnos. Es lo mismo de siempre, una toma colectiva de decisión que cada tanto la Humanidad consensúa. Pero con la no desestimable diferencia que, desde hace un tiempo, una mala decisión nos puede llevar –a diferencia de antes, que no éramos tan capaces– al exterminio de nuestra civilización, si no, de toda nuestra desopilante especie humana.

\*\*\*

### **Cardiopatía**

¿Qué importancia tiene  
la velocidad  
después de haber vivido  
a toda velocidad?  
Tiene mucha,  
gracias a Dios,

211

quien me dio

coraje sin par.

Y con senda cobardía forjaron

un Zuasnabar sin igual.

¡Chau, argentino errante,

chau, chau, campeón!

hoy al fin te diagnosticaron

una real dolencia

en el corazón.

¡Una real dolencia

y cuánto placer!

Hasta que me vaya estoy.

\*\*\*

## **Humanidad**

*A Gabi Moutain*

Puedo imaginar mi cadáver

y también mi Más Allá

desde la absoluta nada

al lleno hasta la bandera.

¡Qué desolador es mi cadáver!

Qué silencio en el frío mármol de la nada,

qué amable transcurre el cielo...

No puedo imaginar mi Infierno.

En el limbo de la Vida

me dan pena mis congéneres

y entenderme uno más

me conmueve.

\*\*\*

### **La concepción**

Nosotros engendramos

el vástago que es

la limpieza en los rasgos

y los rasgos en su lugar.

Fue de ojos aborígenas

titilante cielo por demás.

Y su boca cual hombre

de sí misma carnosa.

En pómulos acerados

hijos marrón sol.

Y toda cabellera

213

larga, sedosas lianas,  
por las que trepo  
desde ínfimos pies  
largos muslos vírgenes  
hasta el centro de la jungla.  
Penetro y me extendo  
recorro su colina vientre  
me poso en su valle vientre  
–Tibio– pienso, y tiemblo.  
Asciendo hasta las cúspides  
hago cima con mis besos,  
me dejo caer por la garganta  
entre lianas sudorosas  
apoyo mi alma contra la suya  
y engendramos al hijo.

\*\*\*

### **Mi sexto sentido (el absoluto)**

Leo el color  
veo el argumento  
toco su espíritu  
disgusto su forma

Horacio de Zuasnabar

desoigo su aroma

y me sumerjo profundo

en su único sentido.

\*\*\*

### Un siglo borgeano

El Borges que yo conocí era muy a menudo, y por más que le duela a muchos –no a mí–, una persona marcadamente soez. Además de hipócrita y sarcástico. Muy odioso cuando se proponía en serio. Era soberbio, petulante y engreído. Borges despreciaba virtudes ajenas por más que él mismo dejara apreciar, con meridiana claridad que él, de alguna forma rotunda, era fundamentalmente infeliz. Pero esa infelicidad no era permanente en Jorge Luis, quien fue también un *bon vivant* envanecido con los honores y auxiliado por sus musas inspiradoras –cual fuera a caer daba igual–, protectoras y coelaboradoras (cómplices o inocentes) de su discurso paratextual, vale decir, de esa parafernalia de hechos de su vida extraliteraria que envolvió a su letra impresa. De esa vida, del conocimiento público de esa parte de su vida, Borges quiso e hizo trascender a la ‘horda de salvajes’ (son sus palabras) que estaban después de él en el orden humano. Porque Jorge Luis, en el fondo, no era tan tímido como sugería, sino cobarde, artero e intrigante ¡y tantas cosas más!

Sus conocimientos sobre los hechos de la actualidad no eran tan escasos ni tan poco elaborados como nuestro lejano ‘filósofo’ daba a entender en sus entrevistas. En estos momentos estaba haciendo enorme eclosión todo el surrealismo aprehendido de sus

traicionados maestros, plagiados con desdén. Porque Borges literalmente se desternillaba de risa –por fuera era bastante evidente, pero más por dentro– de todo, de él mismo, con énfasis inusual. Era un desgraciado en el sentido estricto del término. Pero supo controlarse y conducirse desde muy joven, desde apenas después de que su estómago mental digirió la, para él, maldad del mundo, eterna y circundante. Se asentó en esas elucubraciones que necesitó forjar para creer en ellas y así escapar –de alguna manera– a sus congénitos complejos para escapar de ese inaudito –era Borges– sentimiento de inferioridad ante los demás. Todos los demás. Incluso al más desgraciado, Borges lo encontraba, para creativamente torturarse, mil veces más agraciado que él, no más fuera por algo trivial. Se torturaba para experimentar el universo de sensaciones que ansiaba describir. Y, con el mismo propósito, se apañaba para procurarse los placeres que lo transportasen, según terciara, hacia el Nirvana, el Cielo o la Nada, con tal de poder luego plasmarlos, o mandarlo a hacer, introduciendo cambios de época, algún conocimiento erudito, –necesariamente superficial, él lo sabía antes que nadie– y demás artes y oficios propios de un excelentísimo trabajo de taller. Reescritura, impresionantes sustantivos, sinónimos y giros gramaticales que dejaran sin aliento por su misma construcción. No por la estricta idea en cuestión, que Borges reconocía ya dicha, sino para deslumbrar en su nueva enunciación, con su ‘borgeana’ construcción. Borges nunca develó su natural estilo propio. No. El nos legó el estilo que minucioso construyó en esa retirada hacia adelante que adoptó para encarar su vida y a los otros. –“No me *pasarán* nunca... ¡y estoy armado!”– lo escucho aún en una densa tarde lluviosa de invierno, en calle Maipú. Borges tenía un estilo corriente de verbalización y escritura de sus ideas, en sus momentos más prácticos, en los aspectos graves, cuando le corría premura. De cualquier manera, no me anima la descalificación. No quiero más que manifestar que Borges no era el extraterrestre que a toda la horda de salvajes le hizo creer, en tanto aplaudó su intención.

Borges detestaba la posibilidad de ser –como lo son la mayoría de los escritores argentinos– un campechano periodista de sucesos, infulado de literato. Sabía que el Parnaso no permite repeticiones.

Yo intento mantener viva su grandeza. De lo contrario, de triunfar en la descalificación, me encontraría abocado a una lucha desigual, contra un inferior.

Borges era muy inteligente. Como él sentenciara, ‘demasiado’ inteligente (grado que juzgaba negativo). Estaba de continuo censurándose las pesadillas que se autoinfligía como las verdaderas orgías –mentales y algo más– que se brindaba.

Borges era muy cruel. A mí, una vez, me ‘sirvió’ una jugada salvaje de la que tampoco haré mención. Era despiadado. Despreciaba al ser humano, pero, entre su miedo a ser descubierto, a que le reconocieran su ‘bajeza’ –por cierto, justificada– y su sentimiento de culpa (y por ende, en su certero imaginario, que se rieran de él), hizo en vida lo imposible por exaltar la condición humana, en sus virtudes como en sus fechorías, dándonos así la idea de su humanidad. De la que él quiso que nosotros conociéramos. No de ésa que yo lo acusé tantas veces, riéndonos juntos.

No sé si se me habrá entendido que, entre amigos, Borges era otro, y no el *Otro* que ofrece en sus textos. No. Al igual que lo que él nos ofrece en su obra es lo que decidió más conveniente para que nosotros leyéramos, en su calculadísima vida pública Borges fue construyendo su mito personal con tan paciente premeditación como la que tuvo para diseñar sus textos, en dos construcciones insuperables, por subjetividad. Pura construcción. En cierta medida, su Babel.

Durante una de sus *miscé en scene*, en el Jockey Club, Borges me susurró que él por supuesto descreía de poder alcanzar a Dios y que su *metier* era “sólo por hacer algo mientras tanto”. Nada más que ese ‘por hacer algo’ –en el caso de Borges– era inconmensurable. Bien



le fastidiaba la vanidad, lo vano, de la vida. En especial la de él. Por eso ‘debía’ hacer algo muy serio, muy sesudo, muy sin lugares comunes, para que esa futilidad no se notase ante los otros, ya que ante él mismo –y ante mí– no la ocultaba.

En su terror por ser desenmascarado, Borges apeló a todas sus armas, que no eran muchas, pero sí eficaces.

Su aspecto político merece algunas aclaraciones. Borges fue conservador, *facho* si lo desean. Pero eso es de la época en la que mucha gente argentina y decente lo era. No lo era con la connotación que *facho* tiene hoy. Sino en la de ‘niño bien’ y ‘gorila’ antiperonista, nomás –simulaba estupefacción ante el hecho de que Perón y Evita se incluyeran al lado de Dios en los textos escolares, antes que él–. Borges comprendió, llegado el momento, que su clase estaba perdiendo reputación y que era menester mimetizarse entre los nuevos progresistas o quedarse en el tiempo. Optó instintivamente por lo último, porque entendió que así aumentaría su fama al ser –al seguir siendo– ‘excepcional’. Mucho acertó con esta impostura. Con expectante angustia, con dolor, eligió no caer en el anónimo saco de premios Nobel para entrar en la selecta élite de ‘injustamente’ excluidos. Se desesperó un poco, sí. Se rectificó sin convicción o demasiado tarde. No podía con su genio. Como fuera, guardo pruebas de que no se situó del lado de los militares, a quienes debidamente despreciaba. Pero por quienes tuvo que demostrar cierta consideración ya que le urgía para sus fines recordar a su abuelo militar. Pero los despreciaba. Abominaba de los fascistas, nazis y comunistas, por simple norma general. Aunque los exaltaba, sutil o groseramente. Porque Borges buscaba ser identificado con lo grandioso, con todo lo que ha marcado inolvidablemente a la humanidad, no importando su signo.

Borges no desdeñaba en absoluto las democracias. No era tonto. Pero casi no podía permitirse tal insinuación, porque sabía que estúpidamente ya no sería identificado con

perfiles grandiosos sino con la ‘mediocridad’ democrática. En lo más profundo, Borges, era *machadianamente* bueno. Se lo imponía, más que su ética, su íntima estética, la que mostraba sin tapujos, aunque muchos no se la percibieran. Al respecto, subsisten discusiones entre miembros de la horda de salvajes. Ergo, Borges feliz. Borges vive, en su, claro está, efímera eternidad.

No quiero ahora hablar de las virtudes que Borges tuvo juntamente con las miserias que resalto. Aquí figuran tan solo unas pocas de ambas. Y no porque se deba hablar bien de los muertos, ya que ahora Borges permitiría que hablaran mal de él, con tal de seguir dando de qué hablar. En realidad, Borges estaba avisado y consentía este escrito. Incluso, lo tenía previsto. Era su tema predilecto figurarse el futuro con su presencia no física. Sabía que, cuanto más se prolongara en el tiempo, más trascendería a ‘clásico’. Sin desvariar, mientras yo le leía este mismo borrador, y asintiendo a mis acusaciones menos impasible que ilusionado, murmuraba que su máxima eternidad era la limitada existencia de sus escritos o, mejor aún –se corrigió–, la creencia de su existencia, en la memoria de la horda.

El admiraba a Cervantes y a Dante, más porque sus nombres aún se pronunciasen que porque sus obras se siguieran leyendo. Tanto como admiraba la Biblia o el Corán por persistir desde sus anónimos orígenes, con independencia de sus autores. Es decir, admiraba todos los nombres sagrados que albergaba la ilusión de engrosar con el suyo. Esa fue la lucha *post-mortem* que previó Borges. Y no me avergüenza reconocermelo como uno de su tropa, en semejante contienda. Muy por el contrario, es un alto honor y un profundo placer.

Sin embargo, Jorge Luis prefería inclinarse a pensar que no podría sentir ya muerto los resultados de sus viejos preparativos para hacer de él parte de la eternidad. Optó por la convicción de que no podría ver su eternidad. Como fuera, tenía decidido que cualquier

eternidad es finita. Por lo que no dudaba de su propia desaparición, tarde o temprano, como personaje y como literatura.

Muchos defectos de Borges pueden ser vistos como virtudes. La obstinación, principalmente. Pese a su aire distraído, era un tipo obstinado y meticuloso hasta la desesperación. Así como tantas veces era entrañablemente encantador, otras veces fue insoportable. Esto él lo notaba y le dolía pero igualmente se aferró a este rigor de tal suerte que no pudo soltarlo nunca más. Ante los medios de comunicación se mostraba dubitativo, cuando en realidad su balbuceo era un respiro para no expresarse en forma corriente, una pose para darse tiempo —o para acortarlo sí así era más efectivo— ante cada uno de sus ‘exabruptos’, sus famosas *boutades*.

Aunque persona buena, Borges no fue un gran tipo. Creo que nadie tiene dudas al respecto. Fue más bien un ‘gran’ hombre dedicado exclusivamente a atender su ego. Y quien, en su casa, siempre fue consentido en su propósito. A Leonor no le gustó nada que yo bromeara ante ellos dos, diciendo que Jorge resumía de la mejor manera aquello que las madres suelen decir a sus hijos, respecto de que no se crean que el eje del mundo pasa por sus traseros. Pero tampoco esto es, por necesidad, malo o bueno. Simplemente Borges fue así. No fue un Hitler ni un Jesús. Fue y ‘es’ Borges. Como Smith es Smith. La diferencia estriba en qué aspectos fue conocido Smith y en cuáles Borges. El primero, siendo *just* Smith, es el producto público de una humana sumatoria de errores y aciertos que habrá dado por resultado un hombre ‘promedio’, mediocre. No fue el caso de Jorge Luis. Cuando referí que en *All that jazz* el protagonista, cada mañana, frente al espejo, hacía castañuelas con los dedos de sus dos manos y, acto seguido, se decía “Comienza el espectáculo”, Borges se sonrió de manera muy sugestiva, muy familiar. Yo lo abracé suavemente y cambié de tema. En vida, Borges fraguó continuamente su imagen con la pretensión de que esto ayudase como ‘apoyo’ literario, para

cumplir con su risueño objetivo de vivir después de la muerte. Pero todo fue sólo para tenerse ocupado mientras viviera, ya que, desde joven, le espantó el suicidio. Sabía que su ‘propósito’ era demasiado grande en relación a lo que podía controlar pero también sabía que era lo suficientemente fascinante como para mantenerlo deslumbrado, ciego, toda la vida. Por otra parte, tempranamente le había encontrado la vuelta a su existencia, es decir, su falta de vuelta. Naces y al cabo mueres. ¿Y después? Esperanza sólo por acto de fe. Un imposible para el buen Borges. Un absurdo. Borges era ciertamente limitado.

Yo sé que con estas afirmaciones voy a ponerme en contra a escritores, críticos y jurados. Como los cabecillas de una horda de salvajes tratarán de acallarme desdeñando este escrito. Escatimándose a los demás, ocultándolo. Aunque sin quemarlo, intentarán, sí, quemarme vivo a mí. Como salvajes que sienten que un profano le está grabando *graffitis* en su tótem, me despellejarán guardándose como trofeo mi estilográfica. Pero no reaccionará de igual manera la misma masa de salvajes, simplemente porque ya lo tengo comprobado. Estoy al habla con ellos. Soy uno de ellos. Me mandaron a hacer esto. Así como los ranqueles de San Luis, entre sus propios lamentos, mataban a sus esposas e hijas para ahuyentar los malos espíritus, la hasta ahora silenciosa muchedumbre me encomendó la heroica tarea de matar al Padre. –Hay que desmitificar a Borges– me dijeron al calor de las llamas de un brasero, a la intemperie, bajo el rigor del viento, fuera de los templos donde los jueces, alegando venerar a Jorge, se veneran a sí mismos. –Hay que matarlo–me azuzaron–porque nos ha tenido largo tiempo paralizados: nosotros también queremos nuestra cuota de inmortalidad.

Con una mueca de reconocimiento, acepté la faena. Y aquí me tienen.

Mi amigo no dejó todo dicho ni mucho menos. Y no porque haya mucho que decir sino porque hay tantas maneras de decirlo como almas en la horda. Fueron sus artificios. Estos, los míos. Surcados por su arado, cómo no, pero la semilla y la cosecha son mías.

La última vez que Borges y yo coincidimos, en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, en el bello barrio de Moncloa, le dije al despedirnos: –Adiós, Borges– y le estreché esa mano que siempre adelantaba tan característicamente a cualquier lado, buscando a su interlocutor en una exagerada pose de ciego. – ¡Adiós...! ¡Adiós...!– exclamó con esa impostura ya asumida con naturalidad. Murmuré no recuerdo qué. Quizás simplemente carraspeé en forma significativa y Borges me acompañó con otra murmuración. Apretamos un poco más nuestras manos y tironeamos cada uno hacia sí al otro, como quienes quieren llegar a abrazarse pero no llegan a hacerlo. Él partía hacia Ginebra y yo quedaba en Madrid. No lo vi más, aunque nos mantuvimos en contacto.

Ciertamente que nuestra amistad me ha perfilado una personalidad que, como cualquiera, debe hacerse cargo de sus hechos, tanto íntimos como públicos: yo no emito juicios de valor sobre lo moralmente aceptado o no. Borges también sabía que a la moral se la podía ‘escribir’ de cualquier manera, que era un ‘clásico’ abierto a cualquier construcción e interpretación. ¿Cuál fue entonces la moral de Borges? Ni él lo sabía, todo era un juego: el de la gallina ciega. Ese aspecto, Borges lo dejó librado al azar. A ese azar que tanto mencionó por ser una de sus más recurrentes obsesiones. Pero tampoco se dejó llevar y fue un inmoral. Borges se reía mucho imaginándose como cualquier otro que no fuera su atrincherado Borges mismo. Es decir, era un hombre común y silvestre. Pero él ‘debía’ ser *El Aleph*, a través del que se podría ver *todo* al mismo tiempo. Si alguien se concentra tanto en un objetivo es probable que lo alcance. Nos tenía que dejar dentro de un laberinto del que no pudiéramos escapar. En todo caso, él y sus escritos serían Ariadna y su hilo. Pero se resistía a esta última posibilidad: no le seducía ayudarnos a encontrar la salida, la libertad, porque no confiaba en la simple gratitud humana como garantía de su sobrevivencia. A él también le habían tendido

cerca otras ‘tramperas’ y sabía que no hacía daño dejándonos cerca su laberinto, al que sólo entraríamos por voluntad propia.

A Borges le hubiera gustado mucho tener hijos de carne y huesos, ausencia que solventó con ironía no exenta de dolor. –Si tuviera un hijo –me comentó jocoso– sería demasiado humano: imagínate ciego, cambiando pañales. A veces Borges parecía actuar o pensar muy tontamente, cosa que él ratificaba y demostraba con razonamientos profundamente literarios, pero no del todo creíbles. Existían los razonamientos generalmente aceptados: las cosas eran así, lo sabía pero todo debía llevar su impronta. “¡Yo te conozco bien! ¡Yo te conozco bien!” era para Borges una frase muy graciosa y terrible. En la intimidad Borges fue más patético que gracioso.

Borges se ocupó de pregonar que leía mucho, aspecto que también puedo matizar. Primero con algo evidente, su desgraciada y progresiva ceguera. Tardíamente le leían –yo le he leído en calle Maipú– pero no todo el día, ni mucho menos. Y segundo, porque Borges nunca aclaró que no se deleitaba demasiado leyendo a sus autores preferidos. Cuando Borges veneró a otros escritores lo hizo para venerarse a sí mismo. Los otros eran elegidos para ser interesadamente incluidos u omitidos en sus textos y declaraciones. Debía conocer a su contrincante –el celoso Parnaso– no sólo para igualarle o superarle, sino también para poder compararse, saber en qué y cómo ganaba. Sufría la perfección ajena y, con ese dolor, alimentó su ambición. La ‘biografía’ de Carriego, tan antigua, ya entonces le dejó en claro que debía cuidarse mucho en dejar tan al descubierto cuán sin cuidado le tenían los otros. También en la intimidad, Borges se comparaba con los demás (fue aquí menos envidioso que comparativo). Se analizó hasta con el personal de servicio, y no necesariamente en forma despectiva para alguna de las partes. Sólo ‘analítica’, intentando la amoralidad. Claro, sin conseguirla. Esto lo

llevó a estar siempre atento para no cotejarse en público. Si él tanto se comparaba en casa fue justamente para que nadie pudiera luego hacerlo, y menos con su venia o inducción.

Por último, debo aceptar que posiblemente a mí me está pasando lo mismo que a Borges con Carriego: al querer pintar a otro no he hecho más que pintarme a mí mismo. A la idea, al menos, que tengo exclusivamente yo sobre mi querido amigo. En cualquier caso, no soy el único que, con tanto amor, está queriendo matar al Padre y sus mandatos.

La ventaja que tengo sobre vos, *Georgie*, es que ya no me podés retrucar. Eso mismo que le dijiste a Chesterton.

\*\*\*

### *Very important persons*

Ofende y da vergüenza escuchar a una clara señora de la exclase media preguntar “Cuánto sale papas fritas con huevos”, dudar cuando le dicen “Dos pesos”, repreguntar si “Trae dos huevos”, escuchar que no, pensarlo nuevamente y encargárselas, resignada, “Con un vaso de agua”. En el granero del mundo (el mozo le prometió preguntar al dueño si podrían ser dos: la solidaridad que aún queda por cultura, pero que ya se encargará también de hacer desaparecer.

Se me acerca una harapienta, casi una descastada de la India pero aquí, en Rosario, y me dice: –Disculpe, Señor ¿me permite que le haga una pregunta? –. Contesto afirmativamente.

– ¿Usted sabe, y me podría indicar por dónde pasa, el ómnibus 140, con dirección al barrio Las Flores?

El contraste es tremendo: sin mirarla, sólo escuchándole podría pensarse que me habla casi una intelectual de alta educación. Mirándola antes que pronuncie palabra, tan sucia, casi descalza, podría pensarse que ni hablar sabría. Semejante en *Vip*’s: se acercan grupos de

personas, esta vez bastante prolijamente vestidos, y con modales delicados, primero sacan una bandeja del cubo de la basura, para luego acomodar casi artísticamente, como haría un burgués cualquiera, los deshechos sobre ella, se retiran hasta el cercano césped y se ponen a comer casi distinguidamente. Es espantosa la imagen de tanta dignidad con tanta hambre, entre la riqueza prepotente de la zona y sus lugareños de aires suficientes, y modales groseros. Una señora del picnic, minuciosamente, saca el centro de una presa de pollo, para asegurarse de que esté limpia y se la da en la boca a su niño, que tiene las manos sucias. Se la da tocando la comida con dos dedos, con las puntas, nada más. Esto ha conseguido el neoliberalismo en un país rico y culto. Los hijos de los hijos del picnic ya serán hechos y derechos salvajes latinoamericanos, de una república bananera más, con tres y cinco hoteles cinco estrellas y *shopping centers*, en barrios amurallados. Fuera, la jungla, la Humanidad sobrante. Si lo vieran San Martín, Moreno, Yrigoyen y Evita se vuelven a morir, entre espantosas convulsiones de dolor.

\*\*\*

### **A Virginia**

*(poesía no tan en clave)*

Para el día más desesperanzado  
 que el futuro me tenga preparado  
 siempre te reencuentro a mi lado,  
 sin dudar ya de tus impulsos.

Tú me entiendes:



fue tan poco nuestro tiempo

y tan grande es mi amor.

Para que lo sepas,

quien tan pronto engendraste

mi ser te fuiste.

Te añoro cada tanto

con independencia de mis otras

circunstancias tan sin ti.

Y hasta ahora,

lloro tu ausencia.

A las dos de la madrugada, Virginia:

me sonrío y te amo.

Me haces amable aquel inolvidable Londres,

y a tu nona y a su bisnieto ya extinguidos.

\*\*\*

Yo siempre he postulado que, además de mi hija, la literatura y las mujeres son las siguientes primeras razones de mi vida, pero no sé si siempre, o alguna vez, tuve en claro sus porqué, excepto con mi hija, como es natural. ¿Por qué cada vez que me siento solo –ya no digo abandonado– deseo de inmediato refugiarme en la escritura o salir con desespero a buscar quien reemplace a la que me ha abandonado, ya sea para siempre como por unos minutos?

\*\*\*

**Piedra angular**

¿Es una recta la vida?

¿O es un círculo?

En el mejor caso

su mitad

ya la tengo recorrida.

¿Cómo fue el camino?

¿Cuán feliz viví?

¿Cuán amargo?

En esta inaugural porción,

lo que seguramente no tuve

fueron descansos.

¿Tengo por delante tanto

como dejo atrás?

¿Cuándo detendré

mi extravagante transitar?

De cualquier manera tendré menos sexo.

¿De verdad?

Quién sabe de... ancianos y jovencitas:

puedo morir de puro placer

¿por qué no?

aunque muera todo rancio, digo yo.

¿Cómo será?

\*\*\*

### **Crisis**

Culto lesionado,  
desde mi vulnerabilidad  
en morada torpe,  
vituperado morir  
es la violación pura  
de esta masculinidad.  
Castidad  
de la vetusta hombría,  
indicio aguerrido  
del bardo vaticinio:  
soy vástago del miedo  
y vago en la valentía.  
Sin envoltura estable  
que importe el mérito,

intrépido amparo

contra el espanto,

no tengo modestia

para este morir.

¿Me llamas cobarde?

¿Me llamas desmayo?

Me da vértigo tu tarea;

la impiedad rompe el artificio,

anula tu recorrido en mí.

Soy el pávido acomplejado

que tú tientas.

Llévame a tu sino

obrador de mi obediencia.

No soportes

no soportes el sordo sortilegio,

sin medida expele

a este solemne desdichado.

\*\*\*

### **El demandante imaginario**

Soy en mis pensamientos

puede al abismo

que salva tu compañía.

¡Vuelve, desamorada, vuelve!

tus pasos al recorrido

de mis dedos en tu cuerpo.

Soy las cenizas

que tu fuego

tan de prisa

olvida.

¡Vuelve, cruel, vuelve!:

laborioso cuerpo,

recreame el mío.

Cuando estás...

es cuándo más vivo para morir.

¡Vuelve, ingrata, vuelve!:

acaba tu faena.

\*\*\*

### **La cuestión de mi existencia**

Yo escribo

para completar lo que me falta,  
aunque no me falte más que en sueños  
que despierto tengo.

Escribo,  
para conquistar morenas  
que me distraigan  
de las rubias.

Escribo para que todas me lleven juntas,  
y por separado,  
a donde yo quiero  
llevarlas a ellas,  
en mis sueños  
despierto.

Escribo para que ellas  
se pierdan en mis letras,  
y confundan mi escritura  
con otros atributos,  
y desesperen por leerlo todo.

Escribo, incluso,  
para encontrar villanos  
que me den trabajo  
cerca de sus mujeres,  
giles que después invitan

231

refrescos a sus desposadas,

tras mi labor encarnizada.

\*\*\*

### **Compartimos un abismo**

Es normal la avaricia

de mis manos embravecidas,

cuando recorren el mundo

de tus sentidos desnudos.

La requisición

no se apacigua,

no se calma

no sosiega,

no termina.

Corremos al infinito:

nuestros cuerpos caen al vacío

que el otro encuentra.

**Chaplin**

He mirado mis arrugadas manos  
cuando se acercaban a las tuyas, infantiles,  
e intenté retroceder en vano.

Me he mirado en el espejo,  
a tus espaldas,  
y al lado de tu recto dorso  
no acompañan mis viejos ojos.

De pie, entonces,  
dispuse fuga  
a mis ya delgadas piernas  
que las tuyas  
el salto acompañaron.

El balbuceo de mis raídos labios  
no pudo con los tuyos  
carnosos de insinuaciones.

Me hiciste tuyo  
antes de ser mía,  
que la boca callo  
de tanto placer.

Y sensual reliquia guardo  
para atravesar el cielo:  
esta mano  
aún a mi lado,



acariciando arrugas

joven y atrevida

me reclama.

\*\*\*

### **Lo público y lo privado**

Los oscuros designios  
de lo intrépido cotidiano:  
tus pechos contra mi abdomen,  
tus labios en mi espalda,  
el recorrido  
de la saliva y el sudor,  
la sal y las caricias  
y otras contorsiones.

Tu pelvis contra la mía  
hasta el placer gemido  
que llega a los otros:  
nuestro sexo  
urbanamente compartido.

El silencio después,

234

que escucha sentimientos,  
pendiente de un tenue hilo  
que se rompe el día,  
que estalla la nada.

De todo aquello quedan rastros  
que borran otros,  
con los mismos ritos  
  
que contemplan vecinos  
como los nuestros,  
y la humanidad curiosa  
de sus propios quehaceres.

\*\*\*

### **Dulce salitre**

La calle está dura,  
y entonces,  
más que nunca,  
el sauce como ninguno  
es llorón  
en tu ausencia.

La calle es un hueco,  
es un abismo,  
es cemento  
podrido.

La calle está dura,  
y la casa no me contiene,  
es gris,  
es húmeda.

Eterna es  
esa necesidad de manos  
que tocaban el abismo  
entre las cosas que fueron  
y las que serían  
con tu presencia.

Lo de la calle ya es duro,  
intramuros,  
más todavía.

Y grita el silencio.

Más duro el silencio  
que despertaron tus pasos

236  
al irte.

¡Ay, amor!

recorre el camino

de regreso al infierno

de los besos que fueron

impetuosos amores

entre ángeles inocentes.

¡Ay, amor!

desanda el sendero

de tu adiós perpetuo.

No puedo,

no puedo con la calle,

ni con el portal semiabierto

de tu inmortal imagen,

cuando exhalaste el último

de aquellos orgasmos,

mientras un brindis

cerraba los días

de nuestro encuentro.

La calle está dura,

pero no tanto

como la ausencia

de la tibia almohada

que eran tus pechos

cuando cada tanto

caía en ellos.

### **La parábola**

He sido fuente

donde irresponsables

arrojaban sus 'Te amo'

como centavos al agua.

Tantos ecos iguales

me durmieron el alma:

cuando me tiraste la tuya,

en un solo ofrecimiento,

moneda de oro,

tu vida entera,

rodó por el fondo,

bajo mi agua estancada.

Te moviste en lo profundo,

mordiéndome el alma,

que haciéndose ola

derramó mi vida,

y ese verano

el musgo echó flores,

que cubrieron de olvido

la que otrora fuera

tan pública fuente.

### **No me gustan las despedidas**

Uno sale de nuevo

en busca de sonrisas

y la muerte lo detiene.

Entonces ya no comprende

lo fútil, lo vano:

lo entierran calavera

querido y odiado.

\*\*\*

### **Nuestra fatalidad**

Me esperas esta noche amurallada y sé

que desde el crucero de nuestras vidas tirarás

mi alma a los hielos

de las aguas que no bebes por pura vanidad.

Y no habrá caso.

Del frío fuego emergeré,

subiendo hasta el mástil

de tu bandera contra mí,  
para caer y en llamas  
devorarte una vez más.

*En calle Maipú, el 21, enero de 2001*

*a María Paula Alzugaray*

Olvido grisáceo tus manos acunan.  
Me miras más allá de mí.  
Atrás, por la espalda  
Traicionas maldiciones salvadas  
En tu puñal mi sangre azul.

*En Mitre, 20 de febrero de 2010*

\*\*\*

### **Sobre el origen de esa preñez que os estáis sintiendo**

Empecé siendo nada  
o alma ajena reencarnada en mí.  
Luego entonces no empecé.

Empecé siendo semen

alma por reencarnar.

Empecé siendo óvulo

alma por reencarnar.

Empecé siendo dos

que tampoco es lo que soy.

Empecé entonces luego.

Empecé cuando se fundieron

estrictamente entre los dos...

¡Sin todo lo demás que soy yo!

Entonces empecé

cuando lo fui todo,

empecé recién entonces

al nacer dentro de ustedes.

\*\*\*

**Una última cuestión** (*antes de descansar en paz*)

¿Cuál es,

entonces,

de todas las preguntas

la única respuesta?

¿Cuál es?



\*\*\*

### **Variaciones sobre un mismo tema**

Todavía es demasiado,

la cama yace fría.

Todavía es demasiado,

el cabello respirado.

Todavía el desierto

toda la vida.

Demasiado todavía,

tarde y no amanece.

\*\*\*

### **Cartas al Director**

Siempre se escucha que “la tarea de escribir es una tarea muy solitaria” pero eso no es cierto. Seguramente lo dicen quienes se aburren al escribir. Aquellos que escriben por motivos diferentes a la vocación misteriosa de la literatura. Aquellos, quizás, que desean ser escritores, los que han elegido ser escritores, han decidido, se han impuesto, ser escritores por motivos distintos a los que tienen los que realmente han nacido para ser escritores, aquellos que combaten la o las soledades escribiendo. Porque al escribir uno jamás está solo, todo lo

contrario. Está más acompañado que nunca. Y está perfeccionadamente acompañado. Quiero decir que uno puede ser un tirano o un esclavo de sus compañías. Pueden, sus compañías ser todo lo que, generalmente para bien, no son sus compañías reales, cotidianas, tan poca cosa ante las tan dantescas, o tan románticamente impensables de sus imaginarios escritos. El que dice que la escritura es una tarea muy solitaria o no se expresa bien o escribe por obligación. Es decir, en cualquiera de los dos casos, no es un escritor.

Claro, todo sea dicho desde mi humilde punto de vista. El que considera que pierde tiempo cuando no escribe porque se aburre si no lo hace. Y, si no lo hace, es porque se divierte observando y viviendo experiencias que, sobre todo, espera tener el momento de llevarlas al papel.

\*\*\*

### **Por esta mañana**

*Mencionemos a Vreni*

Tengo desde siempre la impresión de que, cada mañana, el despertador suena diferente, o quizá sea que mis sueños suenan distinto a la hora del despertador. Tal vez la falta de rutina, la no costumbre de la monotonía a la hora fija.

Hoy hace una semana que comencé mi trabajo cotidiano. Me he dado vuelta en la cama minutos antes que nos aturdiera la campanilla. Que me aturdiera y me enervara. Y en la vuelta

he dejado caer mi brazo sobre tu espalda. Y el otro brazo ha apretado nuestra almohada contra mi cabeza. He enterrado mi cara entre tu cuerpo y el colchón y sus sábanas. He respirado tibio y perfumado. Todo entre esos sueños ya livianos en que sueño que el despertador ya llama. Y llama. Y me retuerzo quejumbroso. Me estiro, abro los ojos y miro el cielorraso, los cierro, los aprieto tratando de retener la idea (al menos) del sueño recién interrumpido. Y, como de costumbre, esos sueños tan vívidos y tan palpitantemente presentes son un perfecto naufragio entre ideas nuevas. Me vienen a la mente la oficina, el director, la secretaria, cada obrero y cada empleado. Paso lista y una temerosa revista. Recuerdo el día anterior y las tareas que me esperan hoy, temerariamente. Mental y maquinalmente reafirmo que cualquier pesadilla nocturna es infinitamente más tolerable que la de las ocho en adelante.

Me digo mi sistemático ‘no’ y contra vos me acurruco buscando que seas quien tome la iniciativa. Que te levantes mimándome un poco con tu cuerpo y otro poco con tus susurros. Que te vayas hasta la cocina por dos tazas de café, humeantes, tuyas, mientras que yo me revuelvo todo a mis anchas en nuestra cama, me cubro íntegro con la manta e intento la ilusión de estar durmiendo nuevamente.

Y así, compartimos ya desde hace una semana la misma manera de abrirle los ojos a cada día.

Te llamo quedamente, pero mi sensación es que atrueno la paz que se restableció cuando dejó, a su vez, de atronar el despertador. Te llamo molesto, aunque sin fastidio. Más bien te llamo para que me socorras, para que me ayudes a dejar la cama. Vos, como siempre, responsable de mis deberes. Toda amor. Responsable hasta de mis derechos. Responsable de mí, tu marido, inútil, excepto para vos.

Pienso que estás dormida, desmayada, muerta. Pienso que estás jugando conmigo a hacerte la dormida, la desmayada, la muerta. Pienso a mi manera, en aluvión, infinitas,

inexplicables, indecibles fantasías en un instante. Y voy de la alegría a la pena, del amor al resquemor, de la ternura hasta un mentiroso rechazo. De este a aquel infinito. De la moderación al exabrupto, de la paz a la angustia. De la risa al llanto.

Decís que ese soy yo, la inestabilidad que amás, mi sensibilidad extenuante. El desconcierto que para mí te mantiene en vilo, para vos te mantiene en vida.

De reojo, con verídico desasosiego miro el reloj, que se está tragando los minutos. Si no te despierto, aunque exasperado vea que se hace tarde, no iré al trabajo. No sé en qué medida sabes que yo vivo esperándote: cuando vos te hayas ido a tu taller te esperaré. Y si, como tantas veces, mis solos pensamientos me agobian, inventaré algo para hacer. Hasta que regreses. Luego, me bastará estar contigo.

Escucho cómo los niños bajan ruidosamente las escaleras. Te observo para ver si, por fin, algo te desvela. Estás de espaldas y tu pelo rubio hecho un hermoso remolino sobre tu cara, casi zambullida en el colchón. Por encima de tu camisión celeste te beso suavemente la espalda. Y te llamo. Pero no me contestás y sonrío pero con algo de angustia, porque cuando dormís no puedo dejar de sentir que me abandonás un poco.

Entonces, sin ruidos ni muchos movimientos, me levanto. He decidido que por esta vez, por esta mañana, procuraré darte –aunque trivial– alguna pequeña satisfacción.

Ya sé que me amás tal cual soy, tan poco vital, tan apesadumbrado por y de la vida misma, tan triste a menudo y, a veces, como para que tomemos conciencia de lo feliz que podría ser, tan eufórico, tan enamorado de vos, tan enamorado del amor (Cuando lees, entre mis escritos, que el viento de la razón sinrazón me está gastando la roca de mi alma y que voy siendo arena dispersa, me besás y me decís que me amás. Que me amás. Me amás.)

Hoy seré yo quien prepare el café. Hoy seré yo quien se siente a tu lado con ambas tazas, y hoy, de alguna manera, por pequeño que sea, seré un poco vos misma. Así, cuando

despiertes, te verás en mí casi como ante un espejo. Así lo intentaré. Y verás que no sólo en el taller podés esculpir algo bello. Tendrás, sin más ambición que por un día, una de tus mejores esculturas, vivificada, complaciendo a su buen hacedor.

La cocina está en el orden desordenado conforme a nuestra forma de ser. Queda café de ayer, pero siempre nos ha gustado cómo invade toda la casa el aroma del café recién hecho. Preparo dos tazas con el mayor esmero y también, dos tostadas con mermelada. Lo llevo todo hasta tu mesa de luz y me siento a tu lado.

Quiero despertarte con mi mejor manera. Con mis dedos sigo suavemente el contorno de tu espalda, casi sin tocarte. Te beso y te nombro en la nuca. Te acaricio primero el cabello y luego la cabeza. Te aparto el pelo de la cara: estás pálida y veo que tenés morados los ojos. Me inclino sobre vos y apoyo mis labios sobre los tuyos fríos. Respiro quedamente y aspiro de tu boca mi propio aliento tibio. Te susurro de mis cosas y de esta mañana, de mi café. Te hablo como de costumbre porque lo mejor de vos siempre ha sido acompañar mi soledad. También, hoy no iré al trabajo; me basta –como vos decís– de la eternidad, un día contigo.

\*\*\*